

AMERICA

REVISTA DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO:

AMERICA: Don Pedro Moncayo y Espanza y el centenario de "El Quiteño Libre".—
NICOLAS JIMENEZ: José Ortega y Gasset.—
HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE: Sus ojos.—
JORGE CARRERA ANDRADE: Poemas del mal tiempo.—
REMIGIO CRESPO TORAL: Luis Cordero en su centenario.—
MANUEL MARIA SANCHEZ: Al Crucifijo de su mesa.—
AUGUSTO ARIAS: Un libro de Gonzalo Escudero.—
GONZALO ESCUDERO: Poemas.—
ATANASIO VITERI: Gonzalo Escudero en "Hélices de humacán y de sol".—
MAX JIMENEZ: Poemas.—
LUIS BOSSANO: Un centenario del filósofo Montaigne.—
ANTONIO MONTALVO: Poemas.—
JESUS LEA NAVAS: La poesía ecuatoriana.—
MANUEL MORENO MOYA: La casa paterna.—
FERNANDO CONTRERAS: Dos Miróclefas.—
OSCAR ESPIN REYES: Dos capítulos de Historia nacional ecuatoriana.—
ANTONIO MONTALVO: Notas Bibliográficas.—
NOTAS de la Redacción.

VOL. VIII

AÑO VIII

N.º 32

Imprenta Nacional.—Quito.

AMERICA

Publicación del GRUPO AMERICA

Encargados de la Dirección:

Antonio Montalvo

Augusto Arias

Alfredo Martínez

Dirección postal:

GRUPO AMERICA,

Castilla 75. Quito, Ecuador. S. A.

A los escritores de lengua española

El GRUPO AMERICA se siente muy honrado y satisfecho al
sus autores y colaboradores de todas sus publicaciones para
dedicarse a la Edición de los **Boletines Hispanoamericanos**,
que tiene en formación en el grupo, en cambio, enviará a
revistas, las obras que le llegaren con el propósito de contri-
buir a la realización de un fin que de confraternidad entre los
pueblos del mundo hispanico.

GRUPO AMERICA

SOCIOS:

Arias Augusto
Arroyo César E. (en Lima)
Albornoz Miguel Angel
Bustamante Hipatia Cárdenas de
Bustamante Guillermo
Barrera Isaac J.
Bossano Luis
Carrión Benjamín (en Méjico)
Escudero Gonzalo (en Washington)
Jaramillo Alvarado Pío
Moncayo Hugo
Martínez Alfredo
Montalvo Antonio
Reyes Oscar Efrén
Sánchez Manuel María
Velasco Ibarra J. M.
Zaldumbide Gonzalo (en Washington)

SOCIOS REPRESENTANTES :

Víctor Hugo Escala, en Venezuela
Hernán Pallares Z., en Inglaterra
Jorge Carrera Andrade, en España

BIBLIOGRAFIA TITULAR

La Dirección de esta revista agradece a los autores o editores que se han servido enviar las siguientes publicaciones:

NACIONALES

GONZALO ESCUDERO: Hélices de huracán y de sol. Poemas.— Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. Madrid.

REMIGIO ROMERO Y CORDERO: Condóricamente. Poemas.— Biblioteca Ecuatoriana. Directores: Alfonso y José Rumazo González. Volumen V.— Quito.

ALFREDO PEREZ GUERRERO: Etimología de la Lengua Castellana. Texto para colegios de segunda enseñanza e institutos normales.— Editorial Gutenberg. Quito, 1933.

EDUARDO SAMANIEGO Y ALVAREZ: La voz interior.— Editorial Artes Gráficas. Quito.

NICOLAS G. MARTINEZ: Exploraciones en los Andes Ecuatorianos. El Tungurahua.— Imprenta Nacional. Quito.

LUIS BOSSANO: Por la raza.— Imprenta Nacional. Quito.

RAFAEL A. SALVADOR: Eutanasia. Drama en dos actos y un cuadro.— Ambato.

JORGE FERNANDEZ: Antonio ha sido una hipóbole. Prólogo de Benjamín Carrión. Carátula de Gonzalo E. Bueno.— Editorial Elan. Quito.

JAIME SANCHEZ ANDRADE: Cartas profanas.— Editorial "La Industria". Quito.

HISPANOAMERICANAS

FERNANDO GONZALEZ: Don Mirócleles.— Editorial "Le Livre Libre". 12, rue Sernandoni. Paris.

ALFREDO COLMO: La revolución en la América Latina.— 2a. edición. M. Gleizer, Editor. Buenos Aires. 1933.

ARTURO MEJIA NIETO: El perfil americano. (Ensayo de interpretación de la realidad americana). Librería Anaconda. Buenos Aires. 1933.

- CARLOS DEAMBROSIO MARTINS:** La poesía de Armando Godoy. Con una introducción de Jean Royere: El musicismo en la Sorbona.— Editorial Iberia. Madrid.
- CARLOS OBLIGADO:** Los poemas de Edgar Poe. Traducción, prólogo y notas.— Vial y Zona. Buenos Aires.
- ENRIQUE ESPINOZA:** Trinchera.— Babel. Biblioteca argentina de buenas ediciones literarias. Buenos Aires.
- JOSE A. HERNANDEZ:** Tren. Poemas.— Editorial F. E. Hidalgo. Lima.
- HECTOR MININNI:** Poemas de los caminos.— Editorial "La Facultad". Montevideo.
- MARUJA VIDAL FERNANDEZ:** ¡Amor, amor!— Casa Jacobo Penser, Ltda. Buenos Aires.
- FERMIN REQUENA:** Horas fugaces. Versos.— Prólogo de Eduardo de Ory.— Dirección del autor: Melilla.
- SECRETARIA DE GUERRA Y MARINA:** Génesis de la Escuela Superior de Guerra.— Popotla, D. F., Méjico.

ENVIO DEL Sr. CARLOS SARMIENTO FERRE

- FUERZAS ARMADAS DE CHILE.** Album Histórico. Santiago.
- ALBUM HISTORICO DE LA POLICIA DE CHILE.**— Santiago. Chile.
- ISAAC ARCE R.:** Narraciones históricas de Antofagasta.— Antofagasta. Chile.
- MAGDALENA PETIT:** La Quintrala. Novela.— Colección de autores Chilenos.
- ERNESTO MONTENEGRO:** Cuentos de mi tío Ventura.
- MANUEL J. ORTIZ:** Pueblo chico.
- DAVID ROJAS GONZALEZ:** "Jai-nen". (Novela chilena).
- SALVADOR REYES:** Lo que el tiempo deja. Cuentos.
- ANIBAL ECHEVERRIA Y REYES:** Vocabulario de el Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel Cervantes y Saavedra.
- DEL MISMO AUTOR:** Voces usadas en la Industria salitrera.
- A. RENDIC I y H. ERAZO A.:** Libro libre.
- MANUEL ASTICA FUENTES:** Timor.
- MANUEL ROJAS:** Lanchas en la bahía.
- A. MAURET CAAMAÑO:** La sombra de Psiquis.

CRISOL

Revista de crítica, publicada por
el Bloque de Obreros Intelectuales
de México

Jefe de Redacción:
M. D. Martínez Rendón

Administrador:
A. Martínez de Aguilar

Suscripción anual, 2 dólares

México, D. F.—Apartado N° 1979

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Publicada por la Unión Ibero-
Americana

Suscripción anual, en España y
América:
15 pesetas

Dirección postal:
Calle del Duque de Medinaceli, 8
Madrid, España

ORTO

Revista de difusión cultural

Director fundador:

Juan F. Sardiol

Suscripción anual, \$ 3,50

Manzanillo, Cuba

LETRAS

Revista de Arte y Ciencia

Director:

Arturo CAMBOURS OCAMPO

Suscripción: 6 números, \$ 6,00.

Callao 86. Buenos Aires, Argentina

ATENEA

Revista mensual de Ciencias,
Letras y Artes

Publicada por la Universidad
de Concepción

Comisión directora:

**Enrique Molina. — Luis D. Cruz
Ocampo**

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante en Santiago:

Domingo Melfi

SUSCRIPCIÓN ANUAL: 4 dólares
Santiago, Chile. Mutual de la
Armada y Ejército, 2° piso, N° 8.

CLARIDAD

Revista de Arte, Crítica y Letras
Tribuna del pensamiento
Izquierdista

Director:

Antonio Zamora

Dirección postal:
Casilla de Correo 736
Buenos Aires, Argentina

DON PEDRO MONCAYO Y ESPARZA Y EL CENTENARIO DE "EL QUITENO LIBRE"

AMERICA en el primer centenario de la aparición de *El Quiteño Libre* ofrece sus páginas como un homenaje votivo, en memoria del ilustre don Pedro Moncayo y Esparza, uno de los notables hijos del Continente, austero, erudito y viril fundador del Liberalismo en su Patria y constructor de ella cuando el nuevo estado confundía aún su savia nacional con extranjeras y lamentables influencias.

Fue don Pedro «el Grande del Liberalismo ecuatoriano»; y como el altísimo pensador uruguayo, don José Enrique Rodó, lo diría justicieramente: «uno de los más puros e ilustres ciudadanos con que aquella (la nuestra) democracia podía entonces enorgullecerse. Era él, don Pedro Moncayo, de vida austera y preclaros talentos; noble personificación del liberalismo civil, cuyo espíritu había difundido desde la prensa y la tribuna, y en cuyo servicio padeció más tarde, persecuciones y destierros que le llevaron a concluir en Chile, pobre y estoico, su inmaculada ancianidad».

Este ilustre ibarreño, cultivando su extraordinario talento, lo empleó en realizar fecundos actos de civismo y de puritana rectitud, que lo llevaron al más alto sitio de veneración pública a que podía aspirar en ese entonces, pues aun cuando despreció reiteradamente los reclamos que en su beneficio le hicieron los eternos explotadores de su larga cam-



PEDRO MONCAYO Y ESPARZA

Nació en Ibarra, el 30 de Junio de 1807 y murió en Valparaíso, el 27 de Febrero de 1888, después de sembrar la simiente del liberalismo, que mas tarde debía florecer con la pujanza y majestad del astro que rasga las tinieblas para dar en su luz, vida y grandeza. Sus virtudes singulares y su vasta cultura le han colocado entre los hombres que prestigian al continente americano.

pañía ideológica, fué el último girondino; el *Viejo Chiguagua* que mantuvo la tea liberal enhiesta y brillante, a pesar de los que soplaron sobre ella, con una salvaje constancia.

La pluma capitana de Espejo había quedado abandonada, y nadie la había recogido, por temor a compartir su sacrificio, más que por anemia de conocimientos. don Pedro Moncayo fue su digno heredero, y lo fue universalmente: la persecución, el destierro, la ingratitude, lo acosaron sin rendirlo. Más vibrante que el indio inmenso de la América, su nombre ha sido también, norte irremediable para las jaurías esquilianas del odio y la envidia partidaristas. Pero a pesar de ellas, cuando el ciudadano verifica su balance interno para prender el aceite que se debe por deuda sagrada a los penates de la patria, la hornacina solitaria en que vigila don Pedro, recobra su esplendor e irradia.

«Filósofo, historiador, periodista, filántropo, gran patriota» fue el redactor de *El Quiteño Libre*. Sobre todo, patriota, como rectificación elocuente de ese sentimiento que degenera en populachera arremetida y empleo de él para cauterizar los errores inherentes a una patria inexperta y prepararla a un porvenir vigoroso. Patriota, para no contaminarse con las penetrantes insidias lugareñas y flotar sobre ellas por anulación de tan menguados escollos, ante el peso de la filosofía. Patriota, para ser veraz en el planteamiento de nuestros derechos amazónicos, tan evidentes como arteramente negados, e infatigable en su grito de paz, es decir, de justicia,—en todo el mundo. Patriota, hasta lastimar sus afectos cuando alguna desviación de la espartana línea inicial sospechaba en sus más caros amigos, como en el caso de Rocafuerte, o en el de García Moreno.

Su vida, que un Plutarco americano tendría que colocar entre las también ejemplares, es la marcha ascendente hacia la más completa purificación de un hombre que pudiendo haber recogido todos los sensuales frutos que brinda a la ambición el rendimiento de los pueblos, se contentó con ser el parasemo de los principios y el ejemplo inmaculado del civismo, proscrito de las bacanales sangrientas de la política.

Sus contemporáneos lo llamaron *El Incorruptible*. También lo conocieron con el nombre de *El Viejo Chiguagua*. Hubo biógrafo que, en vida misma de García Moreno, lo signó felizmente de *El Ultimo Girondino*. . . . ¿Con don Pedro, se acababan las esperanzas del país, para mejorar la sangre cívica de que tan necesitado se encuentra? ¿Marcaba el ilustre historiador, una época casi mitológica para las constantes verificaciones de hombres, que hacen las generaciones? ¿Era el roble milenario que había tomado su vitalidad de la entraña misma de la tierra americana, y nada podía corromper ni abatir?

Que los pueblos respondan a estas interrogaciones y que en homenaje a ciudadano tan pleclaro, las juventudes del Ecuador lean en el libro abierto de la vida de don Pedro Moncayo y Esparza, para fortificarse en el presente y mirar sin temor el futuro.

AMERICA

JOSE ORTEGA Y GASSET

NICOLAS JIMENEZ

—A propósito de su último libro «Goethe desde dentro»—

El que haya seguido, con toda constancia, la fecunda labor literaria de Ortega y Gasset y haya leído cuanto ha dado a luz en los veinte y más años que lleva de escribir para el público, si vuelve a recorrer la primera de sus obras observará, con admiración, que es uno de los poquísimos escritores, que han permanecido fieles al programa intelectual que se trazaran al principiar su carrera literaria, de tal manera que esta no es más que una prolongación y desenvolvimiento consciente del propósito inicial que les movió a tomar la pluma.

Las *Meditaciones del Quijote* son el primero de los libros que ha publicado, si hemos de atenernos al orden bibliográfico en que son citadas siempre sus obras. En las primeras páginas de ese libro se leen las siguientes frases que son, como acabamos de llamarles, el programa intelectual que se trazara: «Se busca en ellos (en los *Ensayos*) lo siguiente: dado un hecho—un hombre, un libro, un cuadro, un paisaje, un error, un dolor—llevarlo por el camino más corto a la plenitud de su significado. Colocar las materias de todo orden, que la vida en su resaca perenne, arroja a nuestros pies como restos inhábiles de un naufragio, en postura tal que dé en ellos el sol innumerables reverberaciones». Y un poco más abajo añade poéticamente estas otras palabras: «Es frecuente en los cuadros de Rembrandt que un humilde lienzo blanco o gris, un grosero utensilio de menaje se halle envuelto en una atmósfera lumínica e irradiante que otros pintores vierten sólo en torno a las testas de los santos. Y es como si nos dijera en delicada amonestación: Santificadas sean las cosas! Amadlas! Cada cosa es un hada que reviste de miseria y vulgaridad sus tesoros interiores....»

Ortega y Gasset, en efecto, ha amado las cosas de este vasto universo. Si, según sus palabras, un hada ha revestido con la tú-

nica de miseria y vulgaridad lo que las cosas tienen dentro de sí, como un tesoro lleno de encantos o sea, su propia esencia, él es un mago que sabe pronunciar las palabras misteriosas con que, según los cuentos árabes, se abría la ruda corteza de un árbol encantado y por esa puerta podía entrar el feliz mortal a hacerse dueño de las riquezas en el interior escondidas.

Ha sabido y sabe aprovecharse de todo en su vasta obra literaria y filosófica. Para él todo es un hecho, una cosa, que encierra en sí un tesoro interior. En política, un pueblo entero, con su vida invertebrada; en arte, la tendencia deshumanizadora de las obras representativas de esta época; en filosofía, la «captación» de las esencias de las cosas, mediante el nuevo sistema de la fenomenología; en las costumbres, la agitación social de las masas, la misión aún no revelada en toda su plenitud de los centros superiores de enseñanza; en crítica, sobre todo en la crítica, la intuición de cuanto hay de bello en las diferentes obras de arte, ya que según su sentencia, la belleza es un espejo que se ha roto en mil pedazos y cada fragmento reproduce un aspecto trunco y mutilado de ella.

Esta propiedad de sus trabajos filosóficos y literarios, este afán de colocar los objetos, aún los más sencillos y al parecer vulgares, en posición tal que sobre ellos refleje plenamente el sol de la inteligencia y los ilumine rodeándoles de una aureola brillante que los embellezca, que los aclare, que les dé la transparencia de un cristal para que, a través de su realidad concreta exterior, se vea lo que pudiera llamarse su alma—el alma de las cosas!—está plenamente justificado y explicado como un rasgo de la escuela filosófica a la que se ha afiliado: el idealismo crítico.

Ortega y Gasset se educó en Alemania, siguió los cursos de filosofía en la Universidad de Marburgo, en la que predomina como carácter distintivo de la enseñanza que allí se da, el idealismo ligeramente templado con la parte inevitable de realidad que impone el pasmoso progreso de las ciencias. De regreso a su patria, se ha ocupado en difundir la cultura filosófica de Alemania en la juventud española, no sólo desde su cátedra de metafísica en la Universidad Central, donde sucedió a Salmerón, sino también con la edición de las más notables obras de los filósofos alemanes contemporáneos, fiel y cuidadosamente traducidas al español. En esa labor de divulgación no prevalece el aspecto comercial meramente mercantilista de antiguas casas editoriales peninsulares que, en cierta

época desacreditaron el libro español con traducciones infames, en que se echaban a perder las obras originales y su versión al castellano. Preocupado de la difusión de ideas, ha agrupado en torno suyo, a jóvenes escritores, perfectamente enterados de filosofía y conocedores del alemán y del español, de modo que la idea de los filósofos de Alemania es fielmente presentada en nuestro idioma para ser asimilada y repensada por los pueblos peninsulares y americanos. A ese afán divulgador de lo más sólido del pensamiento de nuestro tiempo, pueden atribuirse el remozamiento, la regeneración, la segunda juventud de España en estos años.

Cierto que cuantos se han ocupado de ese maravilloso despertar del pueblo español señalan a «la generación del 98» como a la iniciadora de este resurgimiento; pero, para proceder con precisión, habría que señalar tres etapas principales: la de 1890, en que unos cuantos ingenios agudos, equipados con las armas de la crítica y de la sátira, arremetieron contra la bambolla literaria que se paseaba triunfante por la corte, la Academia y los salones de la aristocracia y de la burguesía y descubrieron toda su desnudez y su miseria ideológica; la de 1898, cuando, preparado así el terreno con esa campaña iconoclasta, el pueblo peninsular ya se dio perfecta cuenta de su degeneración política, literaria y filosófica, y empezó a clamar por nuevos apóstoles e ideales nuevos, sediento de verdad, de realidad, de vida; y la actual, en que el grupo de los divulgadores de lo más fuerte del pensamiento filosófico y contemporáneo, empezó a suministrar oportunamente a esa muchedumbre sedienta el licor confortante y generoso de las nuevas ideas y de las grandes aspiraciones.

Se comprueba así, con el ejemplo de España, que la crítica severa, la crítica negativa, la labor destructora e iconoclasta, no es, como cree el vulgo, producto de envidia ni de otras malas pasiones, sino previsiva labor patriótica, como preparación para la regeneración inevitable y necesaria que viene después del convencimiento de la propia miseria. . . .



Si quisiéramos dar un concepto claro de lo que es el idealismo crítico, despojándolo, para ello, de todo tecnicismo y de todo aparato filosófico de escuela, diríamos que es la investigación y presentación de las esencias y de las propiedades íntimas de las cosas. Claro que así pierde un poco la propiedad de los conceptos, pero se les aclara en beneficio de su comprensión por el mayor número de lectores.

El idealismo no toma como punto de partida el objeto exterior para construir su sistema, sino que parte de la idea misma de los objetos y amolda a estos a la concepción idealista del universo. Es un sistema preconcebido que obra, sin embargo, sobre la realidad exterior y viviente.

La aplicación más comprensible del idealismo se halla en las palabras y en el método que usa Ortega y Gasset en sus ensayos, particularmente en sus *Meditaciones*. Cada cosa, según él, posee un tesoro interior. Su esencia es como la esencia aromática encerrada en un pomo. Hay que penetrar dentro de las cosas para gustar de la esencia de ellas. Esa esencia de las cosas es la idea constitutiva de ellas; la idea que nos formamos de ellas; la fuente de una serie de consideraciones sobre su belleza exterior, sobre sus propiedades principales, sobre las relaciones que las enlazan con las demás cosas, sobre el sitio, la posición, el papel activo que guardan y desempeñan las cosas en el mundo.

Contempladas así, se ofrece a la mente del idealista, un vasto y armonioso mundo, el mundo de las esencias de las cosas, silencioso, misterioso, iluminado a media luz con una semiclaridad de luna, producto en parte del ensueño y en parte de la realidad tosca y aparente.

Si hay poesía que llegue al mismo tiempo al alma y a la inteligencia, es esta que se desprende de la metafísica, de las esencias contempladas en toda su desnudez en las horas de meditación, cuando se entorpecen o se cierran completamente los ojos para ver mejor, para recrear por medio de la representación imaginativa el aspecto exterior del mundo y de los seres en que acaban de apacentarse nuestros sentidos...

En nuestro concepto, la potencia intelectual y la fecunda labor literaria de Ortega y Gasset, consiste en eso: en desentrañar, paciente y metódicamente, el contenido esencial de las cosas y de los objetos; de los seres y de las instituciones más vulgares y pobres en apariencia. En su primer libro —*Meditaciones del Quijote*— está el germen de todos sus libros y la pauta de todos sus ensayos, sin que por esto haya monotonía ni dureza. El sistema, el procedimiento son idénticos; pero las cosas son diferentes y son éstas y no aquellos las que le entregan sus tesoros escondidos.

Eduardo Gómez de Baquero pronunció en Lisboa en 1922 una conferencia, que es una preciosa monografía sobre el ensayo y los ensayistas españoles. En ella está incluido Ortega y Gasset. Por

desgracia se halla colocado en segundo lugar, después de Unamuno que ocupa el primero, y antes de Azorín que es el tercero de la serie. También por desgracia, está considerado sólo como ensayista, si bien pudiéramos sentar la proposición, por nuestra cuenta y riesgo, de que el ensayo más que género literario, debe llamarse y ser considerado como género filosófico por excelencia. El ensayo, en el fondo, es una meditación, una disertación sobre un punto dado con vuelo menor de filosofía. No es un capítulo aislado de ella; es una aplicación de sistemas o proposiciones filosóficas, con método dialéctico a las realidades de la vida, tomadas individualmente.

Unamuno está bien en el sitio en que lo colocó Gómez de Baquero, como el primero de los ensayistas españoles, siempre que a Ortega y Gasset se le saque de ese casillero y se le coloque en el de los filósofos peninsulares. Le falta, es verdad, la elaboración de una obra sistemática en que exponga su doctrina del universo y su procedimiento meditativo al dar solución a todos los enigmas de él. Pero indudablemente es más, mucho más, que un mero ensayista, de obra fragmentaria y dispersa. Y si se quisiera, a la fuerza, considerarle como ensayista, sería de colocarle en el sitio que merece, no debería ir a la zaga de Unamuno, sino a la cabeza de todos. La incompleta apreciación de Gómez de Baquero tiene su disculpa, si se considera el año—hace una década—en que fue pronunciada su conferencia, década precisa en que el vigorosísimo talento de Ortega y Gasset ha adquirido más elevado vuelo y en que, con fecundidad pasmosa, ha publicado más sustanciosos libros, que rebasan los límites y las clasificaciones de un ensayo.

Se halla en la plenitud de la vida—los fructíferos 50 años—en la edad en que el hombre que ha leído y meditado mucho siente que, en sí, espontáneamente, con la fecunda madurez del otoño, brotan frutos en sazón, para ser ofrecidos y paladeados, con deleitoso gusto, y por toda clase de lectores.

En esa edad, el escritor vive de lo que ha acumulado en su vida anterior. Lejos de la primavera y lejos del invierno, siente ese calor agradable del mediodía, cuando el sol alumbra y fecunda en toda la plenitud de su poder vital. Tiene uno de los muchos rasgos que el mundo acaba de admirar en Goethe al resucitar, con motivo de su centenario, la olímpica figura del autor de *Fausto*: su despierta y aguda mirada, codiciadora de belleza, se pasea por el vasto universo y donde quiera que ella se posa ilumina las cosas y los seres, les comunica transparencias de claridad y les arranca el secreto que avaramente guardan para los ojos profanos de los demás mortales.

Quito.

SUS OJOS

HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE

La dulzura exquisita de sus ojos brinda alivio a todas las penas de mi alma y el suave fulgor de su mirada, cual otra estrella de los Reyes Magos, alumbró los senderos de mi vida.

Ojos tristísimos, que siempre parecen en contemplación de lo infinito, llenos de nostalgias de belleza y armonía; pupilas que semejan lámparas votivas, eternamente encendidas ante el altar del amor.

¡Ojos maravillosos, que Dios puso a mi lado para aquietar las tormentas de mi alma tornadiza! Al mirarme en ellos, desaparecen las penas, huyen las decepciones y luce para mí la vida en toda su gracia y alegría. Ojos sabios que al mirarme me besan; ojos que enseñan a perdonar, lunas venecianas de purísimo cristal, en donde no pueden reflejarse sino las cosas buenas; ojos que adoro, compañeros de mi vida, vosotros seréis los faros que yo busque aun en la eternidad; vosotros me daréis la limosna de una lágrima para la última etapa; vosotros seréis las flores que me acompañen en mi eterna soledad.

1933.

POEMAS DEL TIEMPO MANUAL

JORGE CARRERA ANDRADE

III CLASE

En tercera clase
los soldados cortan con sus navajas
rebanadas de tiempo.
Los obreros desenrollan la viruta bicolor de las frutas.
En el pecho de la locomotora
una luna que viaja sin pagar se despierta las noches.

Bodegas de Berlín.
He aquí la cerveza de ojos iluminados.
La plaza de Lutero es mercado de Legumbres.
Se ha hecho una estadística del consumo de pan por las gaviotas.
En la nieve —primera comunión de la tierra—
hombres y mujeres hacen el deporte de invierno.

Catedral de Colonia:
Los esbeltos volúmenes
subiendo de hombro en hombro circundados de azul.
Construcción en negro de la escarcha
con longitud de música!

En la línea Colonia-París
nos salían al paso los campos mozos.
Los sembrados, sin memoria de la guerra,
lucían cabellos de oro.
Los esqueletos más jóvenes tenían ya doce años.

Estaciones belgas con sus relojes para marcar siglos.
Soldaditos azules junto a las fachadas azules.
Bruselas está tras de ese muro.
Dos metros de huerta viajan en carro al mercado.

Las calles de París nos son conocidas
aunque no las hayamos visto nunca.
Arco del Triunfo
parado en cuatro patas con su carga de historia.
Los pájaros de Notre Dame son relieves con alas.
En la ruleta de la Concordia
aposté al cero de la luna mi esperanza.
Un domingo al salir del Louvre
descubrí que el hielo es la estatua del agua.

Silencio remero de los botes pescadores.
En los mariscos del Mediodía hay un sorbo de sol.
Pueblos vascos con su boina de niebla.
Los faroles españoles
se baten a estocadas con las sombras.
Todo es apariencia, signo, tránsito.
El mundo es uno mismo a pesar de sus formas.
La misma soledad hospedada en los huesos
y la misma afirmación proletaria
de los hornillos callejeros para calentar castañas.

EVASION DEL LUNES

Esta es la evasión desde un plato de legumbres
hacia el aire ocioso que descabeza un sueño,
hacia el barril del patio
de donde brota un vinillo tierno convertido en arbusto.

Andalucía es rica en vinos,
carabineros, mariscos y guitarras.
En la piel de toro de la noche
se hinca temblando la banderilla de la copla
y el viento hace faenas de capote.
Los taberneros de Cádiz, Vigo y La Coruña
juegan una baraja sin reyes.
En España han hecho la república las yemas,
los árboles con hojitas tricolores,
los pájaros recién llegados
metidos en abril y en vida nueva.

"A. B. C.", "Le Journal", "Nachtausgabe", "The Times"
nos dan una imagen errada de este mundo,
sin paseos en barca,
sin la pequeña novela de la mecanógrafa,
sin la verdadera fisonomía de las ciudades
llenas de cines, frutas y mujeres,
y sin el drama herrumbroso que esconde la alcachofa
o el sombrerito de una almeja.

LUIS CORDERO EN SU CENTENARIO

REMIGIO CRESPO TORAL

—Discurso pronunciado en el homenaje del 16 de Abril—

Esta espiritual ciudad, con espontaneidad inusitada, ha celebrado las fiestas centenarias del más representativo de los hijos del Azuay. A la cariñosa insinuación de Cuenca, respondió la República.

Esta solemnidad ennoblece a la Nación y honra a Cuenca, porque timbre es de los pueblos la gratitud a quienes dejaron siembra mental y moral para la cosecha en la posteridad. Estos ritos de gloria corresponden al culto de la Patria, a dilatar su nombre en la futura gente. La tradición y el devenir, los dos extremos, son de la misma línea, y la juventud que se juzga independiente en el arranque de su osadía, sabrá—si interroga la conciencia—que su altivez genial procede también de los antepasados: de ellos el jugo nutricio, en sus cenizas la llama del rescoldo, la aurora tal vez remedo del ocaso. Ayer, hoy y mañana son jornadas de un solo espectáculo; y los regocijos públicos de los aniversarios constituyen el renacimiento del alma colectiva, renacimiento para renovación de ella en potencia de perpetuidad.

●

Hermoso el homenaje de un pueblo a un campeón de la paz, a una celebridad sin mancha en las letras, la ciencia, en todos los sectores del progreso. Por lo mismo que la tierra fue estéril y adverso el ambiente, el tributo de admiración, no sólo se dedicó al poeta, al sabio, al patricio republicano, sino al héroe del trabajo y de la civilización que acometió múltiples empresas venciendo la hostilidad del medio y la incompreensión circundante.

Más hermosa la escena de majestad y ternura de los hijos, de los descendientes del patriarca, en este gran festival. De los galardones que conceder puede el Cielo a un nacido, ninguno como el de una descendencia que le merezca, en la que persistan su espíritu, su virtud sentimental, el delicado matiz de arte. Este egregio varón privilegiado fue con larga descendencia, en la que perduran las características de su talento y muchas de sus excelencias morales, con promesa de prolongarse en un como pueblo, un linaje, una *gens*, para incremento de ciudades y culturas, en empuje civilizador hacia horizontes, cuyo flanco de avance abierto queda siempre.

Todos contemplamos con emoción el amoroso rendimiento de los hijos, de los nietos, al padre, al abuelo, y el de los colaterales al jefe de la estirpe, y nobilísimo el culto a la memoria del insigne progenitor. Feliz fortuna la suya, la mayor que lograrse puede, la del patriarcado intelectual, que se dilata en la próxima generación y pasa a otra generación, en no interrumpida corriente, llevando la semilla para depositarla en el limo de las riberas.

Casi siempre la naturaleza se agota en la producción de un ejemplar escogido. Entre nosotros mismos, Olmedo, Rocafuerte, García Moreno, Montalvo, dejaron en pos de sí casi el vacío. La profligación genial, cuán rara en la biología de los hombres superiores. La rareza casi siempre se confunde con la superioridad.

Con espíritu de honda penetración, observó el sabio Ramón y Cajal, que no es lícito hablar sino cuando haya algo nuevo que decir.

Y ¿qué podré agregar a lo que en 1917 me atreví, en el instante de coronar el busto del sapiente poeta y del patriota republicano?

Con todo, pues ha querido el Cielo, dilatando mi jornada, darme ocasión a tributar otra vez en las mismas aras,—perdonad si la repetición traiciona a la originalidad anhelada y las palabras comunes de mercado corriente de las ideas, saltan a la superficie, por mezquindad del fondo.

La historia de los pueblos se reduce a la biografía de sus hombres sobresalientes. Las lejanías del pretérito forman un solo cuadro, donde se destacan sólo las figuras que dan el relieve de la acción; la que—por la magia tradicional, sin solución de continuidad, marcha al porvenir, sin alterarse el curso de los acontecimientos, determinados por los grandes motores humanos: la fuerza, el numen, el genio.

Los milenarios, los centenarios traban la vida de la humanidad, la que por ello, en este fragmento de la eternidad que se llama tiempo, considérase una sola familia, para un largo día, iluminado por los astros del renombre, que continúan enderezando la ruta, con el prestigio de la luz y la atracción de la masa astral. Son las estrellas conductoras que señalan el derrotero. Vanamente ensáyanse nuevas travesías; ellas importan curvas de extravío, que al fin convergen en la línea trazada por la geometría providencial.

Solemnidades como la presente enseñan que la inmortalidad realidad es, que las cenizas guardan la reserva del fuego y el alma imperecedera de la llama y que la resurrección—la de los hombres famosos y de las grandes vidas—se efectúa por el recuerdo, operación milagrosa de la gratitud humana a los máximos representantes del linaje.

Al avanzar en la peregrinación de nuestro pueblo casi infante, considerada la madurez de tantas otras colectividades; los que hemos vivido mucho e intensamente, podemos apreciar la extensión de esfuerzo y labor de los seres providenciales. Y cuando leemos, en las piedras de las tumbas egregias, la cifra de una centuria o más; la visión se contrae al diseño del cuadro, para recomponerlo, en su primero y segundo término, en los detalles, en el juego de luz y sombra; todo ello, a fin de realzar la figura céntrica, del protagonista de la familia nacional o de la regional, en un siglo, en el que un personaje llevó la bandera de la celebridad.

Al inclinarse los humanos hacia las gigantescas liquidaciones del fin, se han venido multiplicando las solemnidades centenarias de los actores de primera fila en el drama de la historia.

En nuestro Ecuador, después del homenaje a los guerreros fincitos, a los mártires—Bolívar, Sucre, Calderón; a los poetas de la epopeya—Olmedo, Bello; a los creadores de nuestra nacionalidad—Rocafuerte, García Moreno; resucitamos sobre la pantalla el retrato de Borrero, y ayer los de Montalvo, de Mera, de Lloa.

Pecan a veces de olvido las naciones. La fama quizás se entrega a las liviandades de la suerte, pasaron silenciosamente las que debieron ser ruidosas conmemoraciones de Espejo, de Mejía, de Solano, de los mártires Villavicencio y Montúfar, de los patricios y maestros republicanos Malo, Moncayo, de los eminentes pontífices Yerovi, Ordóñez, y de Flores el fundador de la República.

Nuestra ciudad que arranca de la prehistoria, de la Tomebauba imperial, no ha rendido hasta hoy acatamiento al hijo máximo de

la antigua fama. Huaynacápac. La musa hispano-republicana infundió, un instante, en esa angusta sombra, el soplo vital; pero después, en la tierra desde donde el poderoso conquistador extendió la gallardía de campañas en paz y guerra, la helada iconoclastia de inconscientes y degenerados, de los mismos que exaltan la grandeza de la india americana, ha visto irreverente, cómo los años han rodado ante esa figura hercúlea, digna de la epopeya, sin un rumor de conmemoración.

Presto vendrá el centenario del suplicio de ¡Atahualpa, personaje de tragedia, que no ha tenido hasta hoy el Esquilo o el Sófocles que diseñen su jornada teatral. ¿Arderá en nuestros pechos el calor del culto a lo grandioso y lo patético?

Ya el alma nacional va impresionándose con delicadezas de sentimiento, para tributar en los viejos altares. El snobismo, la extranjería ficticia van desapareciendo a influjo del entusiasmo doméstico, del patriotismo de verdad con que celebramos las glorias nacionales.

Hoy comparece, en plena juventud de fama, resucitado después de cien años, Luis Cordero, que concentra en el foco de su cerebro y de su actividad, una centuria de la vida de este pueblo, en el que él ejerció maestrazgo de cultura, presidencia literaria y jefatura ciudadana. Modelo de honestidad familiar, de abnegación cívica, de magistratura impecable, su retrato deja la impresión de que se han perdido ya excelsas cualidades, quizá imposibles en la última hora, cuando el escepticismo desolador hiela hasta los huesos y la moral y la política del interés han reducido el civismo a un disfraz de aparato y las relaciones públicas a una mascarada.

En el mediodía de sus años, cuando la energía guardábase entera, debió Cordero regir la República, como sabio ensayista de bien gobernar. Mas una nación desdichadamente jerarquizada como la nuestra, embebida del virus absolutista, en forma de centralismo flotante y malsano, no se permitió sino tarde encumbrar al solio a un ciudadano conocedor a fondo de la teoría de la República, que la juzgaba realizable aún entre gentes bravías, sobre tierra agrietada por el terremoto y bajo un cielo pincelado de relámpagos.

Há más de veinte años desapareció de la escena, al mismo tiempo que don Eloy Alfaro—ejemplo también de fortaleza: las te-

ribles antítesis de los cuadros de la historia: el juicio de Dios y de la posteridad sobre dos personajes del drama político.

Mas la figura de Cordero, limpia del polvo de malos senderos, diáfana por las caricias de luz de lo Alto, sin mancha de sombra ni arruga o cicatriz de extraviadas andanzas, aparece, después de una centuria, con la serenidad de un personaje para la galería de otro Plutarco.

Recojamos, en la vida de este varón esclarecido y en el estudio de sus notas diferenciales, lo que nos ha dejado y debe quedar en el tesoro doméstico, en el nacional, en el de toda la humanidad.

Primeramente se recomienda la multiplicidad de su elaboración, tormento de los mediocres y triunfos de los hombres que representan la sustantividad de la cultura.

Un crítico de arte de mucho talento, Ruskín escribió: «Gran error de las escuelas del Renacimiento considerar la ciencia y el arte como una sola disciplina y creer que pudiesen progresar paralelamente, cuando son tan opuestos, que de cien casos en noventa y nueve, avanzar en la ciencia es retroceder en el arte».

Bien puede aplicarse la sentencia del famoso esteta a las actividades limitadas a la especialidad, que entran casi siempre en los dominios de la posición subalterna. Mas el talento de recia fortaleza posee casi siempre la elasticidad en que cabe el desarrollo de varias y hasta contrarias direcciones del espíritu. En países en que no es dable la especialización por la mezquindad del personal, los directores y maestros del pueblo han de asumir muchos ministerios, y del casillero del cerebro, ocupar todo él, por imperativo de autoidad, compromiso de representación y gentileza teatral. Ciertamente que raras veces se destacan cumbres como Platón, Aurelio, Agustín, Góethe, y en lo reducido del teatro americano, don Andrés Bello. Pero disminuyendo la medida ¡cuántos ejemplares de complejidad intelectual no se observan en todas las naciones! Y ciertamente, ellos son los que dirigen la masa social, ejerciendo el prestigio de múltiples conocimientos y de energía de la acción, traducida aquella en el carácter—eficacia del valor, supremacía que se impone empujando a las multitudes, que sin el carácter de sus dirigentes, se reducirían a la inercia del instinto para la mera conservación, sin un paso de audacia en la intuición del ideal y en la aventura de los descubrimientos del progreso.

Cordero, en su larga existencia, tanto como Mera y algún otro, no se redujo a la orgullosa doctrina solitaria, al derrame de imágenes y primores de dicción no trascendentes al adelanto integral, sin el dinamismo que electrice la conducta. Se constituyó maestro, en virtud de propia inspiración; maduro en la juventud, se rejuveneció viejo, ingirió la rama vital en el tronco agonizante, sembró al voleo en todos los campos, enseñando los diversos ministerios de la educación, infatigable en toda empresa, sin ceñirse a tema ni círculo, amplio, derramado, sin reservar nada de lo sabido y recolectado en andanzas, labores y exploraciones atrevidas.

Tal plenitud de acción, en provecho principalmente del pueblo, ha de conservarse como el legado de oro del inmortal patricio. La pereza que va entibiando el calor vital en estas horas de desaliento, despierte admirando al modelo que se nos fué, y cuya memoria persiste, enseñando a los de hoy, a los de mañana, que cada día tiene un programa para todo hombre y que no se ha de cerrar su última hora sin un saldo en nuestro haber, para llenar el libro de la vida, que será registrado y leído por el gran Juez de los vivos y los muertos.



La cuestión racial, la cuestión de la estirpe vencida, resucitada hoy en la incubación del falso humanitarismo, tuvo en Cordero el intérprete cordial y racional. El, como los misioneros, juzgó que debíamos incorporar nos al espíritu del indio, cultivando su idioma, vaciando en él el agua del Evangelio. No se debe matar los idiomas, pues ellos son el alma de los pueblos, y para conquistarlos espiritualmente, es forzoso hacerlo con el verbo nativo. Sin el don de lenguas, no se habría predicado y extendido la idea cristiana. Cordero, a usanza de los héroes de la Cruz, para enseñar al indio y civilizarle, comenzó por el aprendizaje de su lengua, a fin de civilizarla también, infundiéndole savia del piadoso conquistador. Quizás en los países incásicos, nuestro poeta libertador fue el primero que rimó en lengua aborigen. Cuando Mera practicaba el indianismo literario en castellano, Cordero lo sentía en quichua. Del criollismo del cantor de la *Virgen del Sol* y de todos los que en español intentan literatura india, puede decirse lo que sin apelación escribió el viejo humanista catalán Rubio y Lluch, discípulo selecto del gran Milá: «No encuentro en estas poesías el verdadero carác-

ter indígena . . . Todo cuanto es intraducible o no asimilable se convierte luego en amanerado y convencional . . . En vez de vigorizar la poesía americana . . . se producirá a la larga una poesía falsamente indígena de tercera o cuarta mano, tan insufrible al fin, como las canciones orientales, como el género anacreóntico y otros pseudo-clásicos, como los romances de trovadores y como todas las composiciones híbridas, nacidas de un falso concepto de la poesía».

No se ha de condenar, claro está, el tema indígena que nos solicite con originalidades apremiantes. Pero este arte es para sentir nosotros el alma del indio, a la manera española, nunca para que el indio, encuentre su genialidad en la literatura, que en proceso de sinceridad, no puede ser otra que la azteca, la quichua, la guaraní. No se invierta el procedimiento, y se caminará derechamente.

De la empresa civilizadora de Cordero, se considerará constructora y sinceramente humanitaria la de su renacimiento quichua, de sus yaravíes en el habla sentimental de nuestros mal comprendidos hermanos los indios. Esta empresa la completó con el léxico quichua y la tenaz campaña de incorporación nuestra al alma del indio, a fin de llegar a la unidad familiar y republicana, mediante el agua del bautismo y la savia de una lengua histórica y bella que resiste a morir.

Sobresaliente, en las excelencias de Cordero, su inmutable convicción acerca de la realidad y eficacia de la República, para muchos ensueño, «la quimera», que dijo el desengañado Libertador Bolívar, en la tragedia de Colombia.

Desde el alba de la independencia, en la comarca austral ecuatoriana, por causas económicas y culturales, las costumbres se habían adecuado al régimen de la democracia; y el tránsito de la Colonia a la República no padeció violencia ni tuvo tropiezo.

Un fraile incomparable, republicano hasta el fondo de las entrañas, Solano, el primer periodista aquí, uno de los mayores que precedieron en la educación cívica, enseñó la República y sus doctrinas, en el grado de que su enseñanza puede hoy mismo ser la última palabra de la democracia, organizada sobre el factor electoral.

Ni el militarismo extranjero, ni la inconciencia del pueblo fueron parte a que el eminente periodista dejase un solo día de difundir el amor a la República, hija legítima del Evangelio.

Desde entonces, en nuestra comarca, no se concibió el absurdo de la rivalidad entre la religión y la democracia; rivalidad que la realizaron malévolamente los locos retóricos del 93.

En esta atmósfera tan sana, respiraron los primeros hombres de nuestra ciudadanía: Malo, Cueva, los Borreros, Bravo, Arízaga, Vicente Cuesta.

El problema religioso apenas discutido, no provocaba las disidencias ficticias de más tarde. En país en que todos eran republicanos y católicos, la divergencia se reducía a cuestiones de gobierno y administración, a la mayor o menor franquicia dada al ciudadano y a la realidad de participación de los gobernados en el gobierno.

Cordero recogió la sustancia del programa de sus predecesores, algunos a quienes ayudó en los primeros varoniles empeños del periodismo, de los comicios y de la lucha armada.

En el brillante gobierno de García Moreno, los prohombres de Cuenca disintieron de él, al fin, por culpa de aquellos en parte y también por la del grande hombre del Ecuador. Los motivos de ruptura, por complicados y en veces inexplicables, corresponden a la crítica menuda, inadecuada en la síntesis de un discurso.

Lo que sí conviene aclarar es la ligereza con que se tachó a los periodistas de Cuenca, entonces liberales, como viciados de disidencia religiosa. La integridad de su credo la mantuvieron a prueba, precisamente hasta cuando, muerto el caudillo del partido, lo vendieron muchos de éste, al definirse la apostasía religiosa.

Debe apuntarse también a cargo de los republicanos de Cuenca su errada creencia en una República ideal, llevada siempre con riendas de seda y regido el carro del progreso sin freno en la pendiente. El programa de García Moreno, de perennidad y eficacia—libertad para todo y para todos, menos para el mal y los malhechores—lo entendieron nuestros civilistas como amenaza fulminante e inri patibulario.

La lógica de los sucesos ha demostrado que aquella es la síntesis de un régimen de justicia y de paz, que es la tranquilidad en el orden, y que las condescendencias con el delito, llegan al cabo a la complicidad.

Estas discordias trajeron la ruptura de los elementos de orden que por sí mismos, abriendo portillo en la muralla, dieron entrada al adversario, que crearía, mediante introducción de contagio, la inoportuna, estéril, terrible divergencia religiosa: la del libre examen del siglo XVI, que divide en dos campos la humanidad: el de los rebeldes que desde Satán proclamaron no servir a Dios y la del Príncipe de la Cristiandad que declaró: primero Dios que los hombres.

Perdida la unidad, la desunión trascendería del campo político, al moral, y sería invadida la ciudad espiritual. Estábamos perdidos.

Rota la alianza y deshecha la federación, por intrigas y bizantinismos, las fracciones dispersas no pudieron recobrar la hegemonía, y en una sorpresa, hubo de desaparecer el teatro con los actores.

Mas de aquellas páginas de historia pueden deducirse enseñanzas de honrada política, recogidas en breves episodios, los de los gobiernos de Borrero, Antonio Flores y Luis Cordero. Se realizó la República, sin el predominio de la espada; el comicio libre, igualmente que la prensa; ni oprimidos ni opresores; la idea religiosa altamente respetada; la justicia sobre todos. Se demostró que en este rincón de Colonia, también podía practicarse la República, firmes las garantías, y la elección fundamento de la soberanía, sin presión ni tutela de la autoridad. Cuando se escriba la historia, y la comparación establezca las diferencias, se anotará que en esas breves jornadas de vida cívica, el Ecuador mostró al mundo que se anticipaba en la práctica de la República, que la había realizado sin estrépito, por evolución de la doctrina y merced a su propia virtud.

De aquellos días sin sombra, casi nada queda. El yatagán debía echar por tierra esa como ciudad ideal, y serían calificados de ineptos los Jefes de Estado que supieron comprender la libertad y darla ampliamente a los ciudadanos, sin la amenaza del hierro y la crueldad de los castigos.

Sin condenar, sino por inconveniencia, algunos procederes gubernativos, hemos de descubrirnos con respeto ante Cordero, que sin haber faltado en una sola tilde a su credo político, cuando éste podía no ser ya aplicable se retiró del Poder, dejando la suerte de la Patria al juego de las armas, para que volviese larga y pesadamente la supremacía de ellas.

Esta ciudad ha sido la sede del republicanismo, enseñado desde Solano hasta Cordero; doctrina que se mantiene aún en el corazón y en la mentalidad de los buenos y los mejores, a fin de que esta herencia de nuestros patricios quede como lámpara encendida quizás sobre un sepulcro. Pero también los sepulcros cobran vida, y pudiera ser que nuestra nación vea resucitado el episodio del republicanismo y la democracia cristiana, después de cruentos desencuentros e innarrables dolores. Entonces crecerá el culto al Presidente republicano, mártir de su empresa, depurada por las comprobaciones de la experiencia.

Cordero persiste en otra obra, a la que se adhiere insistentemente nuestra simpatía: la de la cultura literaria y artística.

Por dispersión de los literatos en nuestros países semibárbaros no se ha constituido sino rara vez la república de las letras, roída en ocasiones por rivalidades de celebridad, de escuela o de estrabismo moral. Cordero hizo aquí la fraternidad literaria, se acercó a la juventud—campo del porvenir,—para actuar en ella, dirigirla, respetando su libertad, y estimularla, sin intemperancias, críticas, ni ínfulas de superioridad.

El extenso desarrollo de la literatura en este país, en gran parte procede de Cordero. En la manera, en la clara visión del tema, en la corrección de la factura, predomina la índole del maestro. Verdad que se han trazado sendas de exploración y ensayado ritmos de exquisita musicalidad. Pero el progreso va lentamente y sus últimas evoluciones no significan protesta contra los fundadores de la cultura, sino antes bien, procediendo de su impulso, deben considerarse flor—quizás no la última—de la siembra primera.

En esta conmemoración, los expertos directores de ella, acordaron acertadamente la resurrección del «Liceo del Azuay», como tributo de más valía al poeta y al escritor que puso en aquel Centro la linfa de su entusiasmo y el motor de su voluntad.

Vamos a la reconciliación del pasado, para ir sobre el momento actual hacia el porvenir, congregando a la intelectualidad comarcana, sin exclusión alguna, extendiendo los brazos para interdependencia y amplia comprensión de ideales y campañas de ciencia y arte, que terminarán en un abrazo de intimidad.

Para demostración del adelanto intelectual de la comarca, se realizó, por discreta industria, la exhibición iconográfica de casi todos los valores de la mentalidad regional. En la histórica mansión del maestro, convertida en museo, aparte de sus libros, su estancia favorita, sus preseas—desde el galardón patriótico hasta la áurea diadema, se hizo la presentación—en el cuadro y la escultura—de los antecesores, colegas y discípulos del Mecenaz. Padre y abuelo de las letras azuayas, en torno a él, aparecieron renacidas, con la vitalidad de la gloria, tautas figuras venerables, en las que se deslizó la corriente eléctrica del talento, cuyo foco central fue Cordero para la iluminación que hoy nos congrega.

El programa actual se dirige a la agrupación fraterna de los intelectuales, dispersos hoy sin causa que explique la dispersión. Cuando los diversos intereses se solidarizan para la defensa y el empuje, ¿no hemos de reanudar la liga de arte y ciencia del venerable Liceo? ¿No es verdad que el ruin positivismo va industrializando las altas disciplinas? ¿No es cierto que padecemos también la crisi

de la poesía y la del arte? ¿No saldremos al frente de batalla, en cuerpo unido y electrizados al flotar de las banderas?

No que nuestro empeño satisfaga a nuestros calumniadores, que nos juzgan solamente pájaros líricos. El propósito ha de afirmarse en el de la cultura integral, la que con mayor o menor fortuna hemos procurado y la practicó Cordero y la han practicado intensamente, Matovelle, Vázquez, Cordero Palacios, investigadores y filósofos, lingüistas y estadistas, para quienes la poesía, como para Cordero, no fue sino el vaso de flores de la mañana sobre la austera mesa del sabio. La poesía da a la ciencia el delicado matiz de la gracia, para la que hemos nacido también los hijos de la naturaleza, que tiene de fecunda lo que tiene de hermosa.

Al cerrar las solemnidades de este centenario, entregamos una honrada fama y una herencia genial a los advenideros, con encargo de perdurarla, mientras subsista la Nación, en la que don Luis Cordero fue creador y cultivador del pensamiento, contribuyendo a modelar el alma nacional, abanderado de una noble teoría política y sacrificado a ella, para adelantarse a lograr la justicia del porvenir, que escribirá la verdad histórica cuando haya dejado de gobernar la mentira.

Los años 32 y 33 del siglo pasado, años fueron de elección para nacimiento de hombres eminentes del Ecuador: Montalvo, Mera, Llona, Cordero, Zaldumbide, Espinosa, toda una pléyade de luceros en nuestro cielo. Al conmemorar los trabajos y los días de Cordero, vayan también nuestros homenajes a aquellos ilustres varones, cuyos nombres escritos están en el libro de la gratitud nacional.

Y en la despedida de esta noche, permitid al que os dirige estas palabras finales, otras de intimidad. Altamente honroso me ha sido presidir los multiplicados homenajes al prócer de las letras y de la ciudadanía. También he tomado puesto en esta liturgia solemne, no sólo por imperativo de sangre, sino por el de afinidad, la venerada y querida de Gonzalo Cordero Dávila, a quien no fue dado este regocijo, sino cantar la elegía de su padre, a cuyo séquito de inmortalidad se incorporó ayer, dejando en nosotros la nostalgia incurable de su numen—una de las prolongaciones más vigorosas de la savia del *Adiós* y positivamente la más sentimental: la naturaleza en el alma y el alma en la naturaleza, que forman la sustancia de una estética de unidad, de sinceridad y originalidad.

El aniversario de la muerte del hijo coincide con la apoteosis del padre. Más allá de la tumba, la muerte pierde su dominio y queda solamente la gloria.

Epílogo de este festival popular es nuestro encargo a los contemporáneos, a los venideros, al pueblo, a los hermanos de las demás provincias, a las corporaciones locales, a fin de que cooperen a realizar el monumento que nuestra gratitud debe al personaje eminente que nos representó toda su vida, y que, muerto debe continuar representándonos, en el senado nacional y en el de la humanidad.

Las nuevas generaciones, si quieren conservar la importancia del grupo social, honren a un predecesor cuya obra vive aún y vivirá largamente, por la piedad del cielo y la generosidad de la tierra en que nacimos: la obra proteica del poeta, estadista y sabio, la del propulsor de las letras, la de uno de los libertadores de la raza indígena, la del ensayista de la República cristiana.

Que el olvido no ensombrezca jamás la diafanidad de nuestro cielo. Y sabed, os diré con las palabras de un Presidente argentino (Avellaneda), pronunciadas ante los despojos de un gran hombre de su nación que «los pueblos que olvidan sus tradiciones, pierden la conciencia de sus destinos, y los que se apoyan sobre las tumbas gloriosas, son las que mejor preparan el porvenir».

Cuenca, a 16 de abril de 1933.

AL CRUCIFIJO DE SU MESA

MANUEL MARIA SANCHEZ

En la muerte del gran patricio Honorato Vázquez,
acaecida en Cuenca, el 26 de Enero.

Cristo del holocausto y del tormento,
ya el sabio ni te canta ni te nombra,
y te has quedado solo en su aposento,
donde aun parece disipar la sombra
con la luz de su egregio pensamiento.

Oh! Cristo de su mesa, ya tu hermano
partió, tranquilo, a la región ignota.
La dulce lira del ilustre anciano—
prototipo de hidalgo castellano—
yace a tus plantas, enlutada y rota.

Unió a la ciencia la virtud; fue bueno
con aquella bondad que, como el día,
derrama claridades: su sereno
espíritu selecto se veía
en su apacible rostro nazareno.

Oh! Señor Jesucristo, presidiste,
por largos años, su faena diaria,
junto a su pluma excelsa, y tú le viste,
cuando ante ti elevaba su plegaria,
siempre admirable, resignado y triste.

Tuvo él también calvario de dolores.
El infortunio destrozó su vida,
tronchando, uno tras otro, sus amores;
mas de la sangre de la abierta herida
brotar se vieron milagrosas flores.

Con la conciencia de las almas puras,
clara, como el espejo que refleja
la luminosidad de las alturas,
en silencio sufrió, sin una queja,
sus crueles e inmensas desventuras.

Enclavado en la cruz de su heroísmo,
buscó en su angustia soberano aliento;
se olvidó del dolor y de sí mismo,
para inmolarse a un solo sentimiento:
su grande, su supremo patriotismo.

Coronada de nieve su cabeza
de preclaro varón, como las cumbres,
al verle tan augusto en su tristeza,
se inclinaron ante él las muchedumbres,
en solemne homenaje a su grandeza.

Y, así, llegó a la meta, paso a paso,
tal, como un triunfador, erguido y fuerte,
con la alegría de alcanzar, acaso,
la inefable quietud. Tuvo su muerte
la majestad del sol en el ocaso!

Quito

UN LIBRO DE GONZALO ESCUDERO

AUGUSTO ARIAS

De París nos llega el libro de Gonzalo Escudero: *Hélices de Huracán y de Sol*. Son diez y nueve poemas en los cuales campea la metáfora nueva y la música del verso resuena justa y armoniosamente, aun cuando una de las características del poema de vanguardia sea la de no acabar la estrofa, rítmicamente, como lo querían los clásicos y los románticos, sino la de confiar más bien al ritmo interior el poder musical de la poesía. Título cósmico para el des-parramarse de su verso. Escudero juega magníficamente con las imágenes y en ellas se descubre esa multiplicidad que se atribuye a las de vanguardia. Prolongan la sugerencia del concepto. No se forman, como las de otrora, por símbolos puros, ni dejan, como las de los que fueron llamados simbolistas, una impresión suspensiva que sería completada por la voluntad o la perspicacia del lector. Pero no podrían, tampoco, ser consideradas como metáforas enteras, como las del humanismo de los ciclos clásicos, como aquellas que se identificaban con el ser humano, o trataban, en todo caso, de reflejarlo o evocarlo.

Escudero merecería el nombre de poeta imaginífico. Vive en la imagen, viaja en la imagen. Toda su poesía es un apretado y a la vez elástico tejido de imágenes y todo, objetivaciones o abstracciones, se dan a la transposición propia del gusto de crear. No la tranquila y equidistante comparación del símil, no solamente la gracia coloreada del adjetivo, ni los matices que buscan los epítetos en anhelo perpetuo de clasificar y singularizar. Imagen vibrante, compuesta si se quiere.

La preocupación americanista encuentra campo de amplitud en este libro nuevo *Hélices de Huracán y de Sol* y así, en el poema liminar, se traza con originales toques la figura del hombre de América que nació «de una piedra que rodaba al abismo» y es «un

ventisquero con dos garras de helecho». Ya comienza, desde los primeros versos, a justificarse el título del volumen. Es una dinámica de canto que viaja, se diría, como en hélices bravos de huracán, atemperados por nuestro sol tropical que sirve para el frutecer de los campos y de los hombres. El apunte de la poesía americanista no está en el libro de Escudero en la forma que quisiera el sencillo poeta del nativismo, del indigenismo más bien, para escribir el romance del hombre de la raza incásica, del *runa*, que se destaca en el paisaje propio de su cuadra, en su pajonal, en su sierra, en su páramo. Aquí el hombre de América se muestra más bien, como símbolo de fuerzas americanas, como si sintiese en su complejidad el bullir de resumen y esencia de los poderes de su naturaleza. Aspiración o resultado, lo habíamos dicho en uno de nuestros ensayos, de esa tendencia que se manifiesta en la nueva épica la de buscar la exaltación de la naturaleza, no sólo contemplándola como espectador apasionado, sino incautándose de ella, absorbiéndola.

Ya se apuntó algo de esta tendencia en *Las Parábolas Olímpicas* de Escudero y ella se desariolla y gana mayor campo en el libro que nos da materia para esta breve crónica.

El viaje y la mujer son otros dos motivos que se desenvuelven en la imagen nueva, brillante, que distinguimos en esta poesía. Así en el Peñamar de Piedra, en Barco de Nuez, en Angustia Cósmica, en Exodo, y luego en Los Dólmenes, en Ases, en Cuaresma de Amatistas Temblorosas, Tú, Mujer Deshabitada, Noel, etc.

Hélice de huracán parece marcarse casi siempre sobre el rompiente del mar y en torno del barco que deja estela de recuerdo pero que tiene proa de avance. Hélice de sol en la entelequia de la piedra, en el campo de América no presentado desde luego con la minucia descriptiva y completa del épico antiguo, del paisajista clásico, sino en fragmento rápido, dramático, compendioso, como es la letra moderna, como es la metáfora de hoy, como se anuncian, contemporáneamente, todos los géneros.

Quien no está acostumbrado a un trato verdaderamente frecuente con los libros, puede caer en el error de considerar que un libro de versos carece de unidad, que en él se han dispuesto los poemas de modo dispar y aún cuando se diese el caso de aquella variedad, la misma aparente heterogeneidad de los estados de ánimo, estuviera unificada por la presencia de ese ánimo. Mas, en otros libros de versos esa unidad, de viejo postulado clásico, pero de realidad siempre viva, se muestra de modo más sensible. En el libro de Escudero si hay esa unidad. El poeta canta al hombre de América y luego se sigue a sí mismo, en viajes terrestres y marítimos,

en aviones de contemplación y de vértigo. «Y los poetas muertos no irán a los sarcófagos—de rosas, sino a todas las fauces de los cráteres.—Así América, será una tempestad encendida en la noche—y un resplandor de lianas en el día», exclama, en sostenida figuración de su afán de salvar, por la continuidad perviviente, a los hombres de América. Halla a la mujer, elogiándola en versos elásticos, así como en el poema «Tú», logro de una dispersada y múltiple imagen de las cosas a las cuales estuviera supeditando la mujer «más perfumada que el ámbar de un pebetero—más prohibida que un libro que no se ha escrito nunca—más trémula que el grito musical de un pandero—más borracha de amor que una columna trunca» o en el poema esdrújulo casi romántico intitulado «Dios» o en el nervioso y original juego amoroso de los «Ases».

Entre la multiplicidad grandilocua de una oda novísima, entre la rara nota romántica y el canto de una elegía que no es propiamente la plañidera, el poeta cumple con el acicate del viaje y nos dice algo de un Escorial que lleva dentro con una angustia en piedra viva y «2673 ventanas para ostrangular a la sombra» y al final del libro nos da, con un tono que diríamos casi maeterliniano, la impresión de una agonía, el temblor de llegarse a la muerte, el partir último.

Al disertar acerca de libros y autores, el Doctor Custodio (un simpático poeta cuyos versos son coetáneos de los que irrumpieron en música varia en las páginas adolescentes de «La Idea» dedicó elo oso aparte a Gonzalo Escudero por su último libro, consagrando gigantadas frases de recuerdo a ese grupo de jóvenes, niños más bien que levantaron en «La Idea» bandera de arte nuevo, sin estridencias ni petulancias, en los propios días en los cuales se sentaban en las bancas del Instituto Nacional Mejía y comenzaban a estudiar unos la Gramática y los números y otros los principios de la Retórica y las Humanidades. El doctor Custodio expresó, en frase fácil, que aquellos muchachos tenían la precocidad de Rimbaud y en vez de dedicarse al juego de las bolas y de los trompos jugaban a la literatura y con tal fortuna, añadiremos nosotros, que su entretiem po llegó a convertirse en obra digna de ser atendida y examinada. Esos colegiales fundaron la Sociedad Literaria César Borja, en homenaje al poeta guayaquileño autor de las Flores Tardías y de las impecables traducciones de los simbolistas franceses

denominadas Joyas Ajenas y de esa elegía purísima, mantenida en el tono interrogativo de las piedades, «Piedades, ¿hay humanas piedades en el mundo...?»

Esos estudiantes de caizón corto y lápiz afilado, escribían versos y prosas, comentarios de libros, cuentos y crónicas, en fraterna rivalidad asistían a los concursos literarios y trababan amistad con otros grupos de jóvenes de Cuenca, de Loja, de Guayaquil. De entre ellos, Gonzalo Escudero, uno de los menores, publicó en el año de 1920 un libro de sonetos «Los Poemas de Arte» prologado por su joven amigo y compañero Luis Aníbal Sánchez. Y hay que releer el librito. Sonetos magníficos, perfectos diríamos sin hipérbole y olvidando por el momento todo lo que pudiera ser estimado como una simpatía amistosa.

ARJONTE DE ZANALIN



Gonzalo Escudero cumplió en un día con una de sus bellas aspiraciones: Viajar. He aquí como puso al avión de sus imágenes hélice de huracán marino y de sol de cielos nuevos. En su poema Exodo, aun cuando no haya expresa manifestación, se contiene su cariñosa despedida de la ciudad de Quito: «Ciudad mía, te dejo,— con los brazaletes de luz en tus torres ebrias— en donde se vuelcan tus campanas...» «Ciudad mía crucificada, con los clavos de tus portones— y los ojos de tus mujeres,— sé mía en este amanecer uníuime— con los senos radiantes de tus cúpulas— y las cadenas de tus guitarras».

No hay, de verdad, mayor fortuna expansiva que la de un viaje. Con él pueden vestirse mejor nuestros libros y nos conocen efectivamente, allende los mares. Por otro lado, se dora nuestro zodíaco espiritual, y de visiones nuevas y de experiencias cotidianas, formamos nuestro bagaje de páginas para nosotros y para los nuestros y para los otros.

POEMAS

GONZALO ESCUDERO

—De "Hélices de Huracán y de Sol"—

PLEAMAR DE PIEDRA

Tierra mía, eres lo que yo soy.
Agua, metal y flama.
Lo que yo soy.

Tú me diste los brazos de árbol
para que me acribillen los dardos de los pájaros.

Y pusiste la zarza en llamas,
como una orquesta de oro en la montaña.

Este sol tuyo es una pandereta
para nuestra danza en la luz.

Tierra mía, arremolínate
y alza tus columnas de sílice.

Yo quiero verte herida en el costado
por la lanza vertical de mi grito.

Oyeme,
yo quiero ser la torre sonámbula en tu noche.

He esperado desde mi nacimiento
tu tempestad de acero.

Ciudades náufragas, como naves negras,
en tus trombas de arena.

Las antenas de hierro,
ametralladoras de los ecos.

Huracanes que ladran
como un diluvio de hachas.

El seísmo,
carrusel de la muerte concéntrica.

Yo quiero que tu vientre innumerable
sea como un harmonium que cante.

Tierra, dame tu pleamar
de piedra para mi eternidad.

Tierra mía, y al fin, Tú y Yo,
cifras del logaritmo de Dios.

D I O S

Sobre la noche de ébano, tiendo mis manos bárbaras
para buscar a Dios . . . Y enarbolo en mis mástiles
el silencio. Y conduzco huracanes alígeros.
Y hasta muerdo la fruta de tus dos senos núbiles
para encontrar a Dios en sus pezones túrgidos
maravillosamente convertido en miel límpida.
Y hasta quiero palpar en la caricia tímida
de los niños que penden como manzanas pródigas
del árbol de las madres. Y hasta en la llama pálida
de alcohol de tu mirada muerta. Y hasta en la lámpara
que me hizo conocer tus dos flancos de náyade
aquella noche buena de los primeros pámpanos.
Y hasta en la madrugada de linos arcangélicos
de tu muerte, quisiera buscarle y en el trémolo
de una tarde sin fin con arcoiris diáfanos
y corderos pascuales de hatos inverosímiles
y golondrinas de oro y campanillas de ángelus.
Y hasta en las nubes blandas de un otoño traslúcido
que nos haga llorar sin saber cómo . . .

Céspedes
de berilo impalpable han caído de un álamo.
Mil grillos tintinean unisonos sus crótalos
e ilumina su doble candil una luciérnaga.

Estoy tranquilo. Floto en algodones húmedos,
mientras Dios se desmaya dulcemente en mis párpados . . .

A S E S

Aquí estoy. ¿No me ves? ¿No me oyes? ¿No me dices nada?

¿Por qué encendiste mis alas de vampiro
con los tatuajes ígneos de tus mil cicatrices,
ahorcándome en el húmedo cordel de tu suspiro?

Sobre tu espalda eléctrica eché mis dedos: ¡ases!
Ases de tu sonrisa de azufre y tus descalzos
pies sobre la caldera de la noche. Fugaces
clavos titireteros de tus pezones falsos.

Ases sobre tus muslos sísmicos y tus brazos,
Sobre los infernales cohetes de tu grito.
Ases de tus mordiscos y de tus aletazos.

As del ombligo impar de tu vientre maldito.
Ases de la gardenia que arde en tu boca roja.

Ases sobre el pandero flexible de tus hombros.
Autopsia de tu cuerpo sobre una mesa coja.

Casa de Usher. Pavilo verde sobre los escombros.
Robo, cometa nómada, lobo siniestro, diente

mortal, trece personas en la mesa y tres luces,
partículas volátiles de un espejo nepente,
arañazo de gato y uña de bruceas.

Trece horas del reloj, sexo del tiempo. Muertos
que cabriolan de amor al ritmo de sus zancos,
engastando en los mástiles de los mares desiertos
la banderola de sus doce dientes blancos.

Araña que nos roe romática el costado.
Isidoro Ducasse que apura plomo hirviente.

Coses chasqueantes y ácidas que dispara el ahogado,
petardos de vitriolo en la luz del torrente.

A C I R I M A

**GONZALO ESCUDERO
EN "HELICES DE
HURACAN Y DE SOL"**

ATANASIO VITERI

Gonzalo Escudero se habría constelado con sólo su poema: «Hombre de América». Es un poema de tonos viriles, de grandezas inusitadas. Además tiene fiebre. No se podría tener en las manos este carbón. Para escribirlo era preciso excavar en tierras de América, exhumarle de minas indígenas. Tener este panorama de montañas, este decorado de sol equinoccial; debía nacerse aquí libre y embravecido. Oír resbalar de los glaciares nieve que quema y apoderarse de su pulso. Gonzalo Escudero siente el juego de la sangre secular y su piel, tostada de sol, lleva ungida como el pan. Habla como si los lenguaraces grandilocuos prorrumpieran con delicadeza. Es un frenético delicado. Posee la virtud de unir la expresión vigorosa con levedades aromosas. Sólo él es capaz de ahuecar su mano para recibir el volumen de una catarata.

Su poesía es jubilosa, de intensa alegría de palabras, aunque nos diga «elegías de muerte». Solo en Escudero se comprende que se pueda cincelar las palabras. Es exclusivo en su forma. Su estilo es gigantista. Tiene tristeza este poeta oculta en su algarabía de selva. Viene agitando pañuelos para decir: «apenas una música que suba hasta mis párpados—hasta hacerme llorar». Es la manera de dominar el sentimiento moderno para purificarlo de antiguas exageraciones de culto. Dolor, cósmico dolor, un ventisquero suyo es una lágrima!

He aquí un hombre capaz de construirse una ciudadela en la cavidad de su estructura. No con las columnas de calcio de los huesos, ni la arcada del pecho, sino con su emoción: «Este Escorial que llevo adentro no es mío».

La ciudad es una gran crispatura de casas. Ciudad con cielo

y tierra. El cosmos de arriba lo enverdece, casi le hace campo; y abajo, en el subsuelo, siente la caricia caliente de la tierra, con esa inclinación a poseer, sudando de deseo, con esa identidad de comprender que en el soterramiento está la herida abarquillada del sexo. El poeta huye de la urbe cargada de usinas y de radios, «huye hacia él mismo». Es la caída concéntrica de todas las épocas. Es la gran huida sentimental del narcisismo de ayer, del yoísmo de ahora. Hasta que nos vayamos poblando de colectividad, y que el dolor de los otros sea nuestro dolor.

«Mi tótem es una mujer desnuda». Es su leimotivo gallardo. Por todas las zonas del libro hay la caricia de senos metálicos que se los ductiliza con las manos, hay un perfume sonámbulo, hay carnalidad y una desnudez de vientres africanos. Sus poemas son un racimo gentil de mujeres. Siente angustia y delectación al evocarlas. Y tiene que ser gigante este poseedor para alcanzar a las mujeres inmensas que se alzan frente a su poesía con la curva trémula del vientre como un horizonte, senos tersos y duros como montañas, pezones como soles. «Tú» es el primero de los poemas de este género. Tiene elogio y fiebre contemporáneas. El habla como puede hablar el martillo de un gran artista que esculpe una mujer que va desnudándola del mármol. Habla así, a golpes, derrumbando la carne, que grita el dolor del golpe emocional. Es el poema para la hembra, no para la mujer. Escudero no es femenino. Es sexual. Al escribirlo debía haber sentido temblar su pantera y que se cubría la piel de un magnífico vellón escarlata. Es un masoquista en su verso. La hembra para él es herida, sangre caliente, mordedura. Qué finamente hiere como en las encladas venecianas, el cuchillo tiene que reflejarse en el agua como un remo y el cuerpo de la mujer que dobla como una barca. «Columpio de Eternidad». Es el tema sempiterno de la mujer que se busca, con sudores sexuales, con aromas místicos para enterrarla después. El sexo embadurnado de misticismo, en supremo contacto con la muerte guillotadora de la espera, a la puerta de una noche embrujada con lobos. En un escenario casi poeano hecha dados desapacibles sobre la piel—tapete blanco—de la mujer en «Ases». As primer número, único número, para el poeta que halla el as del sexo tatuado en un temblor de piernas unánimes.—«En donde estoy? En Tí, en Tí pecado trémulo» que haces de las semanas ordinarias un eterno cordón de Semanas Santas; que has dividido los días en días de crucifixión hasta que llegue la pascua del espasmo.

Lo reprochable en Gonzalo Escudero es que no hace otra revolución que la forma de su verso. En el fondo es un conservador,

se diluye para él y se refugia en motivos gastados, que se asemejan a nuevos, por la maestría con que los maneja. Pero es un anticuario sólo en el tema del verso. Pero el poema es el látigo de la hora. Su vida ha sido de agitación, lo mismo que su prosa política. El podría envolver el mundo con el metraje del verso como los meridianos. Donde hay mayor grandeza para su forma es allí, en la desgarradura humilde, en las contorsiones colectivas. No tiene una palabra proletaria. Con su frase oceánica podría madurar el más fastuoso de los poemas revolucionarios que caigan en el mundo como una tempestad. Se exalta para sí gigantemente pero no se inclina al gemido multitudinario. Su revolución, esto que llamo revolución, se humaniza apenas en su poema «Noel». A uno le deja la sensación de presentírle un monstruoso cantor de miserias y un gran rectificador de la obra bíblica. Y teniendo, como tiene, *frase de revolución*.

Escudero ha expresado su dejadez. Ha roturado como con una pica la cobertura de sí mismo, para encontrar su vacuidad, la emoción intensa tan fuerte que llega a desatarse, hasta tocar la nada. La nada concreta, la nada amurallada casi materialmente, la nada acumulada por la introspección, por la multiplicidad de emociones, por las piedras siliares de los libros; la ciencia que es materia, la filosofía que es química y es medicina y el amor que es glándulas conduce a la nada concreta. Es concreta porque la nada se encuentra en el volumen del cuerpo que vive. El poeta se topa consigo mismo como con una mujer y encuentra que ésta—de párpados de oro—está deshabitada.

Mar poemático de Escudero con hombros de acantilados, con senos de algas, con cárdenos pezones de corales. No se parece al mar de Sabat a pesar del profundo oleaje. El sabe aborrascar las olas como cabelleras de líquenes. La mujer en consorcio con los mástiles, con las constelaciones trémulas. Con una barcaza de nuez, él, sólo él, sabe surcar la marina exaltación tumultuosa. Y su tierra, la tierra que se le parece, tiene pleamares. Tierra marina que levanta maremotos huracanados y góndolas de viento donde naufragan las ciudades. En lugar de serpentinas de golondrinas cuelgan de los campanarios amastillados un cordón de gaviotas.

Con una mirada quemada de alcohol de agonía siente el advenimiento del dios panteísta, en los crepúsculos, en los campanarios poblados de sinfonías. Debe estar casi ciego para transpirar a la naturaleza que cruje robles divinos, bosques que son templos. Hay otra infinita divinidad más lírica, donde se siente el misticismo como algo que le raspa y le traspone, es como si se tocara la sangre: la

naturaleza tibia, vigorosamente orgánica. Como siempre curvas de senos martirizados por el que palpa ciego. Mujer que es filón de la naturaleza que vibra.

Sólo como los dólmenes sumergidos en niebla! Cabe mayor soledad? El poeta se estatiza, vendado de algodones húmedos los ojos, para acercarse a los huracanes e incrustarles el grito máximo, el formidable alarido del que está solo ...

«La ciudad Antártica» que con el «Hombre de América» y «Tú» forman las aristas de su superación, nos presenta con absoluto dominio la visión de una ciudad gélida. Escribió en Quito que cae bajo la línea equinoccial pero por ciertos fenómenos físicos es todo lo contrario de una urbe ardiente. Quito neblinoso con el herumbre de una bruma y la encajería de la nieve, cuando comienza a fumar la madrugada.

Hay un poema pequeñito: un túnel de ébano que es la noche, por el que profundizan pasos lentos y miradas ultravioletas de difuntos, hasta que el aletear del gallo margina un sol imperceptible.

Déjale dormir obce del viento, no le traigas su recuerdo lilial a este decorado de álamos húmedos y pinos taciturnos y de tilos y mirtos dulces. Es el poema transparente y tenue de su empcionario.

Gonzalo Escudero tiene la tonsura oficial: un cargo diplomático, pero no llegará al monumento ni al cuadro al óleo. Es demasiado grande para llegar a estas grandezas. No quiero que llegue. Sólo deseo extenderle brazos fluviales para alargar mi emoción hasta su océano.

Quito, Junio de 1933.

POEMAS

MAX JIMENEZ

NUEVA YORK

Para Benjamín Jarnés

Estas luces . . .
Este ruido . . .
Estas gentes que olvidaron
el sentido de la vida.
En que no existen virtudes
porque hay leyes.
Y perdieron,
los pecados de los padres
que era el único contacto
que tenían con el mundo.
Estas gentes,
que subieron hasta hacer reír los cielos
pero que andan por las calles
sin su alma.

Hicieron de su tiempo
un alquimista,
que también se está cansando de dar oro.
Así va
este mar de hombres,
este esclavo del progreso,
que se ha atado de dos manos.
Nueva York,
hueso sin carne,
que perdió allá en las alturas
el contacto con lo humano . . .
¿Y la vida?
Unas luces . . . Este ruido.

LA TARDE QUE ES MIA

Para Enrique Azcoaga

El ánimo sin jugo,
cuando todo es lo mismo . . .
Cuando el sol nada prende
ni la noche hace noche;

cuando vamos con cáscara
que no siente pulpa;
cuando el árbol no habla
de su oro de otoño . . .
Cuando todo es lo mismo:
en el propio sembrado
regar la semilla,
dejar la cosecha.
Ni tedio ni humo,
ni llanto ni canto.
Los gestos en urna
que no dan palabra.
No ir tras los días;
dejar que en el tiempo
nos bañen las horas . . .

NIEVA

Esta tierra negra
contrae esponsales,
por ella los cisnes
se están desplumando.
A esta tierra negra
los cisnes del cielo
le dan de su pecho
las plumas más blancas.
Acaso Natura empuña su brocha
y cal está dando.
Aquí, en el Retiro,
al árbol de invierno
le asiste alma blanca.

Hay duelo en el parque,
mas, es duelo blanco . . .
La luna envejece,
el templo se ha puesto
cabellos de anciano.
Yo sé que esta noche
le caen a la tierra
en copos de nieve
¡mil años!

LA ESTRELLA DE TODOS

Por alma las pasiones
que ya no tocan tierra,
y carne hecha de carne.

Los ojos son de lago
y orillas invernales.
Riberas que se juntan
y ocultan los pecados
que guarda el infinito . . .

Labios eternamente abiertos
en humedad de trópico.
Labios con ritmo de montañas
que beben en los cielos
los besos de las tardes.

Cabellos,
con vida en tempestades
y rizos en los vientos.
Melena en que dejaron
las huellas digitales
grabadas las pasiones.

Y como si un páramo
al fin da una corola
que nunca enjendra el fruto,
los senos,
que nunca serán pechos.

Ojos, con niebla de los lagos
y negros cortinones,
que caen sobre el cansancio
de todos los pecados
que oculta el infinito . . .

Costa Rica.

UN CENTENARIO DEL FILOSOFO MONTAIGNE

LUIS BOSSANO

Francia y el mundo intelectual celebran en este año, el cuarto centenario de Miguel de Montaigne, filósofo y literato de universal renombre y precursor, ya en su tiempo, de trascendentales orientaciones, que, luego, habrían de significar, además, el punto de avanzada que iba a alimentar en variadas rutas, múltiples inquietudes del pensamiento para la comprensión e interpretación de la vida.

Nacido en Bordeuax, en 1533, época en que estaba involucrándose un movimiento de sustanciales rectificaciones espirituales, Montaigne evidentemente hubo de responder, como Pascal quizá, como Voltaire, como Renán, como Remy de Gourmont, en momentos diversos, a aquellos apremios de la mente insatisfecha, en que ciclos de rudo batallar provocan un removerse de las conciencias, las cuales, tras un abrumado debatirse de incertidumbres, nos abren al fin las puertas de la duda creadora y de fundamentales críticas.

Trasmontando aquel período de la Edad Media que fué sin duda un gran letargo de incubaciones, el mundo se desplazaba en una nueva corriente filosófica, bajo los impulsos de una liberación espiritual que se iniciaba y de la contemplación ya real y humana de la existencia. El Escolasticismo, eje y sustentáculo de la Cultura medioeval, auspiciada por el manto de las disciplinas eclesiásticas y cerrada en el marco de las especulaciones de la fe, empezaba a declinar su papel preponderante, y en su lugar surgía avasallador un nuevo empuje de sucesos e ideas, cuyo contenido global se resolvía en el llamado Renacimiento, foco, a la vez, de amplias proyecciones.

Montaigne asoma, el primero, para representar el Renacimiento francés, con vigoroso movimiento renovador. Se le ha catalogado como jefe del movimiento escéptico de su tiempo y se le ha denomi-

nado, además, esceptico, sensualista, merced a la dirección general que primó en sus doctrinas, explanadas a través de sus inmortales *Ensayos*.

En realidad, se presenta con calidades de observador profundo de mil matices de la realidad, impregnado por lo general de un espíritu de crítica razonadora y a menudo destructora. Desde el primer instante va perfilando el relieve de su personalidad rebelde y curiosa, capaz por sí sola de sobreponerse al ambiente moral y religioso de su época, imprimiendo una fisonomía diversa sobre los conceptos establecidos del mundo circundante.

La visión severa del analista, la inquieta penetración y la duda permanente, inspiran sin cesar el tono que domina en la generalidad de sus estudios. Tratando de definir el significado esencial y el influjo de la religión sobre la vida humana, comienza deslindando el valor de lo que puede reputarse como norma revelada y lo que representa la imposición arbitraria establecida por lo convencional. Sustenta entonces que sólo en la trascendencia moral radica la necesidad religiosa, ya que plantea de modo preciso el valor circunstancial y relativo de los criterios de moral a través de los tiempos y de las localidades. Y así, desde este punto de vista, el filósofo nos ha esbozado una base de comprensión de la moral moderna, fundada en las condiciones sociológicas específicas y las necesidades de los grupos, y que marca en definitiva la relatividad cambiante de las orientaciones éticas para amoldarlas a las líneas positivas de convivencia, frente a la dirección apriorística de las doctrinas metafísicas y a la doctrina kantiana de la razón.

De un modo general, Montaigne, en sus múltiples mirajes de la realidad, en su agitado discurrir sobre el enigma de la vida interior, y sobre el panorama del teoricismo dominante en el espíritu de sus contemporáneos, contempla los humanos avatares poseído sistemáticamente de un elegante escepticismo. En sus finas disquisiciones nos ofrece así, con frecuencia, ingeniosos atisbos para consideraciones valiosas de actualidad.

El genial precursor del moderno ensayo, está saturado, sin embargo, de una marcada tendencia hacia un individualismo a menudo de desdeñoso acomodo, que ha motivado especialmente acerbas críticas. Más, en medio de todo, supo sembrar un rumbo espiritual de humana utilidad que a través de discípulos o continuadores, ha llegado a perpetuar, en la inquietud ascendente del hombre, el noble contenido de la duda serena, estimulante y fecunda.

POEMAS

ANTONIO MONTALVO

TENTACION

Ya sin ansias de amor, desamorado
y en un breñal de santidad perdido,
rasgó mi alma su vuelo hacia el dorado
retiro de la paz, perdido olvido.

Ni labio rojo, ni pecho enamorado,
ni torso de mujer, no requerido:
nada en mi noble silencio ilusionado,
ni en mi vivir muriendo, florecido.

Cuando, de pronto, en el vitral rosado
de un ángelus fatal, no presentido,
un rostro de mujer nunca soñado.

Y de nuevo el deleite fementido,
y la gloria maldita del pecado
en mi albo corazón arrepentido.

SUEÑO DE AVIADOR

En un avión de bruma, en rauda vuelo,
partir, explorador, bravo piloto,
al polo de la luna, el blanco loto
del oriental jardín azul del cielo.

Ya en el éter de Dios, con sol y hielo
perdido el mundo mío, en lo remoto,
y mi alma oyendo, absorta, el alboroto
del mundo de Pitágoras, en celo.

Ah, sueño, grito loco! . . . fugitivo
al huerto de la noche arrancaría,
ebrio de luz, la rosa de una estrella.

Para, ya en mi aerodromo sensitivo
prendería sobre el virgen seno de ella,
estrella matinal, la novia mía.

MADRIGAL DEL HASTIO

Ay, Elvira Montalvo, hermana mía
y prima de la luna y gavillera
de ensueños y de risas, en la era
dorada y tornasol de la alegría.

Ve, buena de ti, radiante y pía,
si es que los galgos de tu primavera
le dan caza feliz a esta agorera
blanca torcaz de mi melancolía.

Estoy, ya ves, con los sombríos
soles, sin luz, del tedio, en la ribera
viuda, sola y fatal de una ilusión.

Ve cazadora si tu primavera
ahuyenta, selva adentro, los hastios
que comiéndome están el corazón.

Quito

MATERIAL DEL HABITO

LA POESIA ECUATORIANA

JESUS LEA NAVAS

Un pueblo como el Ecuador, dormido en la cálida primavera de los Andes, nos hace pensar en sus secretos, íntimos y específicos, del Arte.

¿Existe la poesía en el Ecuador?

Un pueblo enamorado de la Naturaleza, que crea una fiesta para cada flor que se abre; gente india que deja el trabajo para contemplar las llamaradas del Tungurahua, Chimborazo y Cotopaxi en las tropicales sombras de la noche; seres que pasan las horas muertas escuchando ese arpegio sin igual, con que los añosos cedros de los bosques sagrados nos cuentan sus antiguos recuerdos y nos hablan de las generaciones que fueron; hombres que por confesión propia descienden de los dioses y que por creer en todo no creen en nada, tal pueblo y tales hombres han de ser por necesidad poetas, ora por su belleza tropical, ya por los profusos motivos de inspiración. Son escritores regionales que pintan la idiosincrasia y costumbres vernáculas, alegres o tristes, según las mudanzas, lánguidos y frívolamente amorosos.

Todos son poetas en el Ecuador. Para ellos la poesía es la expresión verbal de las distintas emociones del alma! Todo lo que vive tiene su encanto y produce su poesía.

Así como la rosa y el incendio del monte aseguran la futura cosecha del trigo que se siembra en las cenizas, limpias de yerbas y brosa, del mismo modo, del juego y humo de la guerra surge la resurrección de las letras y las Artes. Tras del período de la Independencia de España, la poesía ecuatoriana va enriqueciéndose con innumerables composiciones de ostro levantado y patriótico. Son debidas a sus intelectuales, contagiados con las modas latinas, singularmente castellanas, espíritus fáciles a toda innovación, almas rebeldes que ansían el cambio y que tratan en pleno dominio y apo-

teosis del lenguaje clásico, de hacer una revolución... en los versos

La alternativa de los versos, sus cadencias, cesuras, rimas y pies, es lo que dá melodía al lenguaje poético; la rima, la consonancia, la asonancia, le añaden música, lo mismo al exámetro que al alejandrino; al retumbante verso de arte mayor, que al modesto octosílabo de más humilde linaje.

Acentos, pronunciación grave y aguda, cuanto exige el álgebra de la fuga y del acompañamiento, cuanto la oreja humana, ese criterio exigente separa de la caótica e informe masa del ruido y pone, acumulando vibraciones, en los resonantes tesoros de la armonía, lo inventaron los hombres para separar la poesía de la prosa.

Las canciones, poemas, endechas y epitalamios, cuanto engendra la poesía para satisfacer el sentimiento, tienen siempre la misma métrica, versos de siete y cinco sílabas combinados, que son los versos de nuestras seguidillas.

Hay que alabar en la poesía ecuatoriana, la brevedad. Apenas—salvo un juego festivo especial—existe una cantilena que llegue a veinte versos. ¡Un verdadero encanto! Y sin abusar de la pirotecnia versificante.

Un conocido escritor me dijo, acerca de la poesía ecuatoriana: «Hay que oponer la sonrisa a las tristezas de la vida y conservar-la en los labios, como las bailarinas, aunque se esté cansado y casi muerto».

Por ello, la poesía ecuatoriana es acaso la que va a la vanguardia de las restantes de América e incluso de Europa. Magnífico axioma que el Ecuador goza entre todas las demás manifestaciones del Arte.

[Madrid, España]

LA CASA PATERNA

MANUEL MORENO MORA

Para la Revista AMERICA

¡O casa solariega, dulce morada mía,
muy pronto, para siempre, te diré adiós, adiós!
Siento, al abandonarte, que dejo entre tus muros
algo de mi propia alma, mi mismo corazón.

Contigo quedan todos los más caros recuerdos
de mi vida pasada, que nunca volverá.
Aquí amé y fui amado; aquí soñé mis sueños;
aquí lloré mis lágrimas: ¡No te podré olvidar!

Era allá en la terraza, que ahora ya no existe,
donde íbamos, de niños, bajo el alba a jugar.
Ahora ya no existe. Hasta las muertas cosas
mueren y en su pos dejan silencioso llorar.

Allá en la austera sala, jugando con mi hermana,
—tenía yo seis años— me eché un día a gemir.
Sin querer sollozaba. Desde entonces, acaso,
Sentía la tristeza de soñar, de vivir.

Bajo esta misma lámpara, a solas con mi amada,
otro tiempo estuvimos amándonos los dos.
Entre los dos, ahora, ha puesto su partida,
hecho de espacio y tiempo, el horrible espesor.

Bajo el nogal, dorado por el pluvioso otoño,
en donde el viento fresco venía a murmurar,
despertaban cual aves mis nostalgias de niño
y querían al campo, a la hacienda volar.

Aquí en sus corredores, al declinar el día,
a través de las frondas se proyectaba el sol
en redondeles trémulos, y el alma de la tarde
su dolor contagiábame con su triste arrebol.

Aun vagan por la casa las sombras inasibles
de seres tan amados que viven más allá.
¡Cuántas veces percibo su insensible presencia,
y mi alma se entenece, colmada de saudad!

Casa de nuestros padres, dulce morada mía,
fuieste para mis años remanso de quietud;
al salir de tu techo, para siempre al dejarte,
a la ruina suprema se va mi juventud.

¿Quién vivirá mañana en nuestra dulce casa?
El tiempo nuestras huellas un día ha de borrar,
pues pronto cambia todo, pues todo es pasajero:
seres y cosas huyen en parenne fugar.

En donde hemos gozado y en donde hemos sufrido
otros vendrán mañana a gozar y sufrir.
Si mañana volviera a visitarte, oh, casa,
ya no podré sentirte, ya no me has de sentir.

Resonará en tus cuartos otro nuevo murmullo
que en él habrá pagado los susurros de ayer,
esos suaves rumores de caracol marino
cual frufnú misterioso, cual besos de mujer.

¿A dónde nos arrastra la vida inexorable?
Mi alma, débil, se rinde sin esperar, sin fe.
Canta en el techo un pájaro en tanto yo sollozo;
mis ojos van al cielo, y el cielo no me ve.

Casa de nuestros padres, suave y grata morada,
hoy al abandonarte, cuando te clamo ¡adiós!,
me imagino que somos hojas secas de otoño
que dispersa en la vida el funesto aquilón.

Antes que abandonarte, mejor hubiese sido
que salga yo entre lágrimas dormido en mi ataúd;
alguien hubiera dicho sobre el yerto despojo:
"El amado del cielo muere en su juventud".

Cuenca, Ecuador.

DON MIROCLETES

FERNANDO GONZALEZ

Un nuevo libro de Fernando González es un verdadero acontecimiento. Quien ha leído *Viaje a pie*, *Mi Simón Bolívar*, concepciones magistrales, buscará con empeño todo cuanto salga de la pluma de este escritor, cuya literatura son tratados de filosofía y de enseñanzas renovadoras. El capítulo que ofrecemos a nuestros lectores pertenece a *Don Mirócleles*, libro escrito con la verdad ruda de nuestras miserias.

Trataré de la personalidad. Trataré duramente, porque yo quiero ser hombre duro y que mi Colombia lo sea. Lo dulce, la literatura, es de mujeres. Quiero ser duro, porque en realidad soy blando. Odio la literatura, porque en realidad soy poeta alcohólico e inconexo; yo nací con dientes y mordí a mi madre, que murió por eso. Colombia es dulzona, rábula, poetisa, alcohólica, nació con dientes y mordió al hombre duro, a su padre don Simón Bolívar. No me perdono esta imagen, digna de un bogotano, señores...

La personalidad es el conjunto de modos propios de manifestarse el individuo. Aquello que se manifiesta se llama individualidad. Siento vértigo de grandeza humana al contemplar lo perfecto de esta definición.

Yo tengo un primo que lee las novelas al revés, comenzando por el último capítulo, con el propósito de imaginar de qué comienzos pudo resultar ese fin. Este primo tiene per-so-na-li-dad para leer.

La individualidad es lo que se manifiesta: es igual en todos, pero más o menos dormida a causa de embolias psíquicas, como, por ejemplo, la herencia alcohólica.

Este estudio es de suma importancia. Eso que llaman algunos *garabato*, *gancho*, y que los yanquis llaman *it*, es la personalidad.

Desde tiempos remotos, desde que el hombre existe, la ciencia ha querido robar a la naturaleza el secreto de la personalidad. Los yanquis escriben y escriben acerca de ello. Hasta el zapatero más desgraciado se cree con derecho.

Lo que llaman buenas maneras son los modos propios de obrar los grandes hombres. Al verlos, fueron anotando: «Se debe caminar así, etc.» Un gran hombre comía cogiendo la cuchara con el asa sobre el dedo índice, falangina, y debajo del pulgar, y apuntaron: «La cuchara...» Las buenas maneras son los modos de obrar las individualidades fuertes. Advierto que en el curso de esta conferencia los términos personalidad e individualidad serán sinónimos.

Yo, señores, conocí al padre Elías, que usaba un pequeño sombrero; era un gorrito sobre su gran cabeza. Fué la primera vez en que vi cómo una prenda de vestir, fea de suyo, se hacía bella por la personalidad. El alma del padre Elías irrigaba el sombrero, echaba raíces en el sombrero. ¡Cuán bello iba el jesuita! Sentí deseo de usar un sombrero así... ¡Terrible error que todos cometemos! Lo bello es la individualidad, el soplo divino que al manifestarse por modos propios embellece todo lo exterior. En mi niñez leí que el poeta Byron se emborrachaba en sus banquetes hasta caer debajo de la mesa, y tal era la personalidad del inglés que eso parecía bello y durante un tiempo me emborraché hasta caer debajo de la mesa. Todos hemos caído en estas equivocaciones. Respecto de mi experiencia, os diré que mis parientes me sacaban de debajo de la mesa con ascos y desprecios. Entonces comprendí que era la grandeza de alma la que embellecía todo lo exterior, incluso los vicios. Cuando un joven comprende que el secreto no está en lo que haga, en lo que diga, en el vestido, etc., sino en la energía interior, está maduro para la filosofía. Os diré que una vez Tito Salas, que deseaba agradar al General Castro, le dijo: «¡Qué bello ese sombrero de Panamá! Ese sombrero es el que le trae a usted la buena suerte.» «Un momento—contestó Castro—: *yo soy el que le trae la suerte al sombrero...*»

Por lo tanto, señores, no creáis que por aprender los tratados de buenas maneras, por vestiros a la moda, seréis bellos o grandes. El secreto está en desarrollar la personalidad, y, una vez desarrollada, todo lo que hagáis será bueno; vosotros seréis entonces los creadores de lo bueno, de lo bello, y cualquier cosa que hagáis será buena...

A esto he venido a Bogotá. A decirlos que Suramérica es como el joven que pretende hallar la grandeza en los modos de manifestarse el padre Elías. Y el jesuita para Suramérica, es Europa

y son los yanquis. ¡No tenemos personalidad! Creemos que esto, será un gran continente el día que bebamos *whisky*, el día en que adoptemos las inversiones sexuales de allá, el día en que hablemos inglés o francés, el día en que nuestros pueblos se rijan por leyes europeas.

Ya dije que la individualidad es igual en todos, que en aquellos en quienes está dormida es a causa de embolias anímicas. Este concepto de embolias anímicas es creado por mí, y es esencial. Veamos una: yo bebo y fumo, y cuando estoy logrando vencer estas necesidades, cada una de mis células grita: «¿Para qué atormentarte? ¿Qué objeto tiene la vida?» Pero ese grito se extiende por todo mi ser, ocupa mi personalidad, poco a poco, hasta hacerse dueño de todo el campo mental y ser invencible, eternamente invencible. La embolia consiste en que soy hijo de Mirócleles Fernández alcohólico desde niño, que heredó de su madre un pequeño rayo de voluntad para la vida bella, pero de mi abuelo la tendencia alcohólica; mi padre hizo muchos y pequeños esfuerzos por salir de su vida viciosa, y siempre fue vencido; vivió siempre en el remordimiento de las caídas y me transmitió el convencimiento celular de la derrota; así, cuando mi amor por la belleza y grandeza humanas, que me acomete casi siempre en el cinematógrafo, al ver un actor de gesto fuerte, me hace aparecer en los ojos la chispa divina heredada de mi madre, y mis entrañas se conmueven al pensar en mi futura grandeza, corro al espejo y me aconsejo a mí mismo y adopto un método para salir del vicio: durante dos o tres días mi cuerpo es bello, todos me aman, parece que a todos les hubiera hecho un regalo o los fuera a emplear, La vida comienza a parecerme un paraíso...; pero las células principian a gritar, a exigir las sustancias en cuyo medio han vivido, y la nube de la tristeza va aumentando, va cubriendo mi campo mental, así como el vapor de agua se va condensando en negro nubarrón hasta cubrir todo el cielo; mi cuerpo se pone flácido; hablo y me no oyen; ordeno y no me obedecen; entro y no me ven... «¡Estos malditos criados se burlan de mí!» Corro a mi cuarto y voy al espejo para aconsejarme, y de repente se me aparece Mirócleles, o sean todas mis células envilecidas, y oigo un solo grito: «¿Para qué luchas? ¿Existe acaso Dios y te ha encomendado alguna labor? No te atormentes fuma y bebe, pues naciste con dientes y mordiste a tu madre y la mataste: eres el fruto que maduró antes de tiempo, el hijo de Mirócleles Fernández...» Ahí tenéis, señores, lo que es una embolia psíquica. Pido excusas a mi ideal por la forma literaria del párrafo anterior, pues me exalté. Mirócleles era abogado y tenía un es-

tilo florecido; fué compañero de parrandas del indio Uribe, y vivieron insultando a los gobernantes en una literatura de irritación menfígea. El párrafo anterior tiene forma hereditaria.

Otra embolia psíquica. Muchas veces me voy detrás de la gente para observarla, para buscar embolias. Cierta vez me fuí detrás de un negro joven y gordo. Caminaba moviendo los brazos únicamente del codo a la mano. Me fuí yendo e intuí el origen de ese caminado: era una embolia psíquica, a saber: un abuelo de este negro tuvo amores con una abuela de este negro, y un día, detrás de un barranco... y en esas se asomó por allí el amo del negro. ¿Comprendéis? Toda timidez, toda traba en la manifestación de la individualidad tiene su explicación en las embolias. ¿Cuánto me irá a dar el Gobierno de Bogotá por este descubrimiento?

Pues bien, Suramérica tiene grandes embolias que le impiden manifestarse, aportar algo al haber de la humanidad. La gran embolia, que las explica todas en nuestro continente, es el hecho de que fuimos *descubiertos*... Cristóbal Colón es el Mirócleles de América. Porque fuimos descubiertos, por eso no más, resultó que nuestros padres, los aborígenes, *vinieron de Asia*. Si nosotros hubiéramos descubierto a Europa, los europeos habrían ido de Venezuela, de Colombia o de Méjico. Porque nos descubrieron, todo lo nuestro es malo y lo europeo es bueno. Por eso son buenos los Congresos, y eran malos los Gobiernos patriarcales que teníamos. Eramos buenos amigos y enemigos buenos. Los Pizarros impusieron su moral: bueno es engañar... Continúad vosotros, queridos bogotanos, el desarrollo de esta tesis; yo no soy maestro de escuela; algún esfuerzo debéis hacer vosotros, y sobre todo no hagáis más sonetos, cerrad el Congreso y preferid vuestras mujeres a las europeas que vienen por el Canal de Panamá. Parece que Panamá está destinada, desde que fracasó el sueño de Bolívar, para ser el lugar y el canal de toda la bajeza extranjera... ¡Es tierra de latrocinio!

Ahora, ¿cómo se consigue manifestar por canales abiertos, sin embolias, la individualidad? Mediante métodos. Yo soy el hombre destinado para hablar de método. Cuando pronuncio esta palabra, salta dentro de mi alma, así como el feto en la preñada. ¡Qué bello y qué raro; pero cuán lógico: Fernández, el de las embolias, el que no tiene personalidad, es el nuncio de la personalidad y el destructor de las embolias! Es porque nadie en la tierra aborrece a otro como yo aborrezco al hijo del alcohólico Mirócleles, al hombre que nació con dientes, como fruto madurado en el alcohol, y que mordió a su madre en el pezón izquierdo...

El hombre ha vivido en la miseria y el vicio, ha abusado y rompido todos sus sentidos y músculos; ha logrado hasta conver-

tir la boca en vulva, hasta sentir placer en los hedores de la putrefacción. El hombre es hijo de Adán y éste era Mirócleles en el paraíso. Somos un enredo de embolias, semejantes a ovillos de hilo cuando un niño juega con ellos. Y resulta que nuestra bella individualidad no puede fluir por esos canales obstruidos. Hoy día, el hombre no manifiesta sino los vicios, las formas viciosas de obrar, y su alma está oculta, en espera de un libertador. El caso del hombre es el mismo de Manuel Fernández.

Nos libertaremos por medio de los métodos. Sométase cada cual a una disciplina; yo no deseo imponer las mías; las cuento como ejemplo. Método es modo de hacer una cosa. La virtud del método está en él mismo, en obligarse uno a vivir de un modo que no sea el heredado, aquel a que acostumbraron nuestras células los antepasados. ¿Qué me importan los antepasados? Yo debo autoexpresarme. En los actos a que estoy habituado se manifiestan Adán, Eva y Mirócleles Fernández; ahora me toca a mí. Por eso voy a darme un reglamento para hacer las cosas, aunque sea absurdo, aunque sea rezar el Padrenuestro al revés. Mi objeto es destruir en mí la costumbre, y, cuando lo haya logrado, mi alma se aparecerá y tendremos un niño nuevo, una danza nueva, y no estas eternas cosas viciosas, heredadas, imitadas. ¡Cuán terriblemente perjudiciales y necios son los descendientes de grandes hombres: no hacen nada; están ahí como retratos, haciendo caras y esperando que la gente vaya a conocerlos...

Un día, al salir del cine, sentí y escribí lo siguiente:

«He tenido el premio de un ritmo lento, las ventajas de la medida y de la propia posesión. A medida que practico este ritmo, voy siendo dueño en mí de todas las cosas buenas; ya comienzo a ser muy feliz y percibo a diez pasos la suprema felicidad que me abrazará cuando me posea totalmente.

«Quizá yo pueda anunciar al hombre un paso nuevo, una danza novísima. Quizá pueda suceder que yo sea un *anunciador*.

«A juzgar por las alegrías espirituales que amanecen en los días de mis treinta y seis años, *un niño nuevo* y risueño pisará otra vez la hermosa tierra, esferoide y tibia. *Un ruido alegre de cascos hiere mi oído.*»

Como veis, señores, el cinematógrafo, con sus novelas en que triunfa *el bueno*, ejerce sobre mí un poder excitante.

Mis métodos consisten en un gran cajón de fórmulas. Por ejemplo, irme yendo (notad la belleza de estas dos inflexiones verbales: el verbo *ir* en infinitivo reflejo y en gerundio, indica lentitud y voluntad de irse; irse es ir con toda el alma. Por ejemplo, si me insultan en mi patria y me voy disgustado, digo: Yo me voy...

Pero un agente viajero que va para Venezuela, dice: «Voy a Venezuela»); en irme yendo, repito, para Venezuela, la patria del Manuel Fernández que deseo llegar a ser. Venezuela es la tierra de Bolívar y todo suramericano es venezolano. Irme yendo para allá, en busca de Bolívar, la única energía del continente. Es el único americano que dominó a los extranjeros, que tuvo orgullo territorial y una concepción propia de gobierno. Me iré y en todo río me desmenuaré y cojeré de sus arenas tibias y me las restregaré en mi vientre para asimilarle energía cósmica y curarme así la parálisis de un segmento intestinal. Dormiré a la sombra de todo árbol apacible, y tendido boca arriba soñaré con la figura y modos del Fernández futuro, chorreante personalidad. Buscaré así mis universidades en Suramérica. Libertador no significa, ni Bolívar lo entendía así, aquel que suelta las pasiones de la canalla, sino el hombre fuerte en cuya presencia sentimos que la vida es hermosa; todo aquello que nos estimula, aquello que nos liberta de nuestras limitaciones y embolias es libertador.

Estáis oyendo la confesión del que busca vitalidad. Voy a leerlos de mis notas diarias las siguientes:

«10 de marzo de 1931.—Me admiro de mi cobardía. Anoche resolví vivir moderadamente. La resolución era firme, pues necesito comer, beber y fumar moderadamente. Tengo ardores estomacales.

»Ahora, a las nueve de la mañana, ya bebí aguardiente y fumé cuatro cigarrillos. Así no voy a ningún nirvana. La mixtura de sangres me hizo débil; tengo treinta y seis años; me faltan catorce para morir. ¡Un bachillerato! Ya puedo medir mis años probables por un bachillerato. ¡Qué terrible! Y, ¿qué aprende un hombre en catorce años? ¿Qué puede hacer un hombre en catorce años, los últimos, aquellos en que la sustancia nerviosa está degenerada y no reacciona? Porque yo soy prematuro y no pasaré de los cincuenta; los Fernández mueren pronto.

»En consecuencia, resuelvo: Para gozar y ver panoramas nuevos, seré desde ahora, nueve en punto del día 10 de marzo de 1931, un pequeño héroe, un pequeño hombre virtuoso. El método para conseguirlo: apenas me acometa una debilidad, apenas me susurre al oído los sofismas de «¿qué importa?», «no te atormentes»; apenas grite y babeé una debilidad, cogeré este libro de mi vida y paladearé las dulzuras y consecuencias de mi futuro heroísmo. Diré: «Cuán bello este heroísmo oscuro, familiar, consistente en no comer sino por ordenación y medida; en no pensar sino en lo que me ordeno; en no hacer sino lo mandado por el general en jefe de mi cuarto. El general en jefe es esta lucecita que titila dentro de mi corpachón, dentro de mis huesos, músculos y

vísceras alcohólicas. . . . No será vida virtuosa y heroica como para que hablen de ella en los periódicos, ni para merecer que guarden mi pelo y cartas y me hagan estatuas, sino para que muera serio (sin mucha seriedad tampoco), sin palabras jocosas y sin pánico.

»Porque si muriera hoy, sentiría que tengo un saco de tierra que me dobla y me contrae el gesto. Tal como estoy viviendo, llevo un guarúel como el del antioqueño, lleno de uñas, mecheros, piedras, centavos y mugre . . .

»Yo sé todo eso de que «el hombre no es libre», «no tiene la culpa», «Dios no le ha de castigar por ser como es», etc. . . . Pero *el hecho* evidente es que uno se critica, es un juez que habla recio y dicta la sentencia siempre que ocurre algo grave, como la muerte de un ser próximo, un rayo en la iglesia de San José o un viaje por caminos oscuros. El hecho es; uno vive y se juzga como responsable de sus actos; no importa que razone cien años en contra; y antes de morir hay un instante en que uno se juzga definitivamente. Yo soñé que estaba agonizando y que me juzgaba. Me dirán: «Eso es un instante.» Un minuto, psicológicamente, no existe. Si uno está gozando, los días son nada; si está sufriendo, un segundo son siglos. ¿Quién no ha esperado a la mujer deseada que prometió ir, o no ha esperado, enfermo, a que amauezca?

»Seré un obsesionado de mi idea. De este libro no me separaré. A él correré siempre que esté débil y diré: ¡Ay, ay, mamá, madre, mamá, socorre al fruto de tus entrañas, al alcohólico Manuel a quien persigue una fiera!

»Y también gritaré: ¡Venga, venga el padre que me creó, el formidable Mirócletes, que me persigue una debilidad y no *quiero* que se aumente el plato de la balanza en que van mis pecados!

»Ayer le di 0,05 a una mujer, a pesar de que mi tío Abrahán hace tres meses que no me da la renta, y dije: Oiga bien, usted, juez, conciencia que se ha de sentar al borde de mi cama dentro de catorce años o antes a hacer cuentas y liquidarme: No olvide el sacrificio de estos cinco centavos.

»El criterio es muy seguro. Lo que me deje contento después de hecho es bueno; viceversa, es malo. A lo que me sienta impulsado por costumbre ancestral, es malo; es bueno lo que perciba como tal mi razón, el hijo de Julia Uribe, sin que atienda al gusto del niño de los tres dientes. . . . Yo soy malo, pero en mí hay otro que sabe como debe manejarse *el bueno*.

»Los hechos me han conducido a esta resolución: *a*), mis experiencias anteriores, olvidadas aparentemente, pues la vida es unidad lógica; *b*), la muerte del perro de Jorge; *c*), la agonía de Epami-

nondas; *d*), mi madre, que vive en mí, y la parte mala de mi padre, que se hipertrofió en mí; *e*), un amanecer en que desperté como si hubiera tenido una conferencia con uno ya muerto; mi alma despertó como si la hubieran convencido. También influye la creencia de que tengo un cáncer en el duodeno.

»En fin, este libro es para mí. Las palabras serán únicamente las que expresen mis ideas; libro duro, de regímenes, no es para que me admiren. Es un cuaderno en que llevaré mi contabilidad, en donde cantaré mis triunfos y lloraré mis derrotas.

»Mi primo Ramiro, un niño de cinco años, puso flores al diablo en un rincón de la casa «para que no le vaya a quemar mucho en el infierno». Yo también quisiera comprar al juez que se sentará al borde de mi cama, veinticuatro horas antes de expirar, un día de estos catorce años siguientes, a liquidarme $1931 + 14 = 1945$. Entre 1931 y 1945 está ese día. El sol saldrá o nublado o brillante. Las mujeres cuchichearán, y, como no han tenido tiempo de bañarse y componerse, olerán mal; mi agonía y muerte aterrarán a mis amigos y parientes; tendrán la boca seca y al otro día estarán persiguiendo a las cocineras. Así es la cosa.

»Ayer me gustó mucho José Emilio, mi primo médico, porque me dijo que moríamos generalmente como nacíamos, inconscientemente. ¡Eso es! Que la vida mía en Medellín sea como una preñez y que me paran... Pero es claro que mi debe, mis pasiones, mis impulsos, deben saldarse. ¿Cómo diablos podemos ser iguales Santa Teresa y yo? No creo en el infierno, sino en la ley de causalidad, que es peor. ¡Yo seré mi hijo, o sea Manuel Fernández, que evoluciona hacia Dios, pero tan lentamente!... »

En fin, algún día publicaré mi diario y se podrán ver todos mis métodos.

Para terminar os diré que espero encontrar en la sinergia glandular del general Gómez, Presidente de Venezuela, en su mano fuerte y peluda, un estímulo.

Tengo esa esperanza porque hasta hoy no he conocido hombres, sino pedazos de humanidad, cabos de hombre, y sólo en el cine he encontrado estímulos. Un hombre grande, vivo... Vivir un mes al lado de un hombre de voluntad, ¿no me servirá para librarme de las embolias, para olvidar que nací en alcohol y con dientes, y que mi padre escribía con el indio Uribe literatura meníngea?



Esta conferencia me hizo admirador decidido de Manuel Fernández, mi paisano. En Bogotá convinimos todos los letrados en

que se trataba del gran psicólogo de América. Fui a visitarlo. Lo encontré borracho y fumando. Le manifesté mi admiración. «Usted, en el tablado del teatro, parecía un poseso, un fundador de religión; si yo pudiera, le seguiría a usted en su viaje.» Estas frases le disgustaron, me cogió del brazo, y, llevándome al balcón, me dijo:

—Yo soy un esbozo de hombre, bebo y fumo. Sólo por días, después del cinematógrafo, soy una lejana promesa. Mire cómo se pone el sol, solemne y lejano; bello por solemne y lejano. Estos criados no me oyen; por el teléfono no me entienden cuando fumo y bebo; parece que mi voz saliera muerta. Cuando salgo del cinematógrafo, todo es fácil. La vida se echa ante mí como pava en celo. Las mujeres me souríen. Pero después todo se va alejando; y entonces, las mujeres bellas a quienes desprecié durante mi grandeza, porque durante mi grandeza soy casto y duro como una definición bien hecha, huyen de mí y yo las busco. Y apenas éstas me desprecian, busco a las sirvientas del hotel y huyen horrorizadas; y bajo hasta las putas, y me tratan con apresuramientos. Y entonces me hundo en la suciedad, y apenas estoy ahito y herido me voy al cinematógrafo, y al ver una cara enérgica, una bailarina que baile con el alma en las piernas como alas, alcanzo a ver allá en el cielo a mi espíritu lejano y solemne y siento lo bello de la vida y lloro, y se iluminan mis ojos, y doy conferencias acerca de las cosas que yo voy a hacer y a ser, y se renueva el cielo... ¡Cuán bella y cuán fea es la vida! Me iré contigo a Venezuela.



DOS CAPITULOS DE HISTORIA NACIONAL CONTEMPORANEA

OSCAR EFREN REYES

I—EL ECUADOR EN 1924 II—LO QUE FUE EL GOBIERNO PLURAL

El rotativo *EL UNIVERSO* de Guayaquil ha comenzado a publicar una revisión de la vida nacional del Ecuador durante los últimos 7 años, o sea de la época comprendida entre 1925 y 1932.

Para explicar ciertos antecedentes del golpe militar de 1925, se habla también de la situación política especial que caracterizó el año de 1924, "fin de período".

El trabajo corresponde a la Redacción en Quito de aquel diario, a cargo de Oscar Efrén Reyes, autor de "Historia de la República" —1822-1925—, publicada también, inicialmente, en *EL UNIVERSO*, en su célebre edición del 14 de Agosto de 1930 y reimpressa después en el volumen aplaudido que la juventud ecuatoriana conoce.

Transcribe *AMERICA* los dos primeros capítulos del nuevo libro de historia —objetiva, precisa, realista—, de Oscar Efrén Reyes.

CAPITULO I

Lo político: las elecciones presidenciales

En el año de 1924 finalizaba el período presidencial del doctor José Luis Tunayo; y, como en todo fin de período, una agitación política intensa conmovía el país.

Era verdad que las rudas campañas contra ese gobierno—acusado principalmente de impopular y plutocrático,— iban declinando,

conforme él se acercaba a su término. Pero había, en cambio, el ardor de la pugna electoral, que iba a decidir la sucesión, y la inquietud por los resultados que se derivarían de esa misma pugna, tan fuertemente sostenida, desde mediados de 1923.

¶ Había prometido y garantizado el doctor Tamayo que no habría candidato oficial alguno; y al amparo de esa promesa—destinada a no cumplirse, naturalmente, y que no era la única, por lo demás, en la historia del país, desde la fundación de la República,—se organizaron diversas agrupaciones políticas, con sendos candidatos presidenciales.

En el momento de las elecciones, con todo, la multiplicación de votos por las Juntas Parroquiales en favor del doctor Gonzalo S. Córdova, y la violencia de los destacamentos de policía contra los ciudadanos que sufragaban por otros candidatos—violencia que culminara en reyertas sangrientas y en asesinatos de gente infeliz,—hicieron comprender que se había producido una farsa más en la vida republicana del Ecuador, tan llena de engaños.

El dolor correspondió a la magnitud de los entusiasmos frustrados. Se dudó o se odió todo, y se pensó que toda energía cívica resultaría estéril en cuanto las prácticas, los conciliábulos y los pactos secretos de los «políticos», para arreglar situaciones a la sombra y fijar hombres de su gusto en el gobierno, fuesen tan poderosos como en esos momentos.

Repugnaron, en su generalidad, los políticos.

Es verdad que, por entonces, tal aversión era también visible en muchos otros pueblos del mundo, como en Francia, de intensa vida democrática, donde, sin embargo, Louis Barthou tuvo que escribir un libro para demostrar la injusticia y lo improcedente de la aversión: *El político*.

Pero en el Ecuador había los datos recientes, hombres y hechos, que hacían inevitable el escepticismo popular, sobre todo aquello que venía denominándose, impropriamente, «política».

Se había desprestigiado y mixtificado tanto tal término, que con este nombre se conocían hasta los negociados, los trucos y las picardías más alevés.

En 1919 el doctor Gonzalo S. Córdova, que gozaba de inmenso prestigio como estadista valiente, radical y de grandes ímpetus reformadores, fué el candidato de una buena porción del país. Sus partidarios—intelectuales, profesorado, gentes de fortuna,—distinguíanse por calidad y por número.

Sin embargo, no llegó a ser candidato oficial.

Si hubiera sido, la «máquina» le habría sacado triunfante, con apoyo de jueces parroquiales, escrutadores y soldados. Pero mere-

ció la atención y la venia, entonces, un abogado guayaquileño que contaba con el voto decisivo de los señores Francisco Urbina Jado y General Leonidas Plaza Gutiérrez — el doctor José Luis Tamayo — y fué éste quien hízose cargo del poder «constitucional» en septiembre de 1920.

El Presidente Tamayo, quiso entonces ser autor de una gentileza: a su contrincante derrotado envió de Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno de Venezuela. Abí estaba el doctor Córdova, hasta cuando, en 1923, sus amigos volvieron a postularlo, para que suceda en la Presidencia al doctor José Luis Tamayo.

Había la fe sobre el político de gran virilidad y arrestos. Y había la esperanza de una nueva vida para el Ecuador. En seguida apareció el *Directorio Liberal de Pichincha*, y éste proclamó la urgencia de unión del partido, para contrarrestar los «avances del enemigo», del conservadorismo y de los frailes. Convocó una Asamblea del liberalismo nacional. Y las Juntas Provinciales, organizadas con la mayor diligencia y habilidad, enviaron sus delegados sin demora.

La Asamblea se reunió a principios de septiembre de 1923, en Quito. Se discutieron y expidieron un *Programa de Acción y Principios* y unos *Estatutos* del liberalismo. Pero como lo capital no era sólo la orientación teórica y la redacción de unos programas, sino la elección de candidato del partido, el 19 de ese mismo mes, en la memorable sesión de clausura, quedó fijado el doctor Gonzalo S. Córdova como el *candidato único*.

La artimaña tuvo su feliz éxito. Sin la resignación total, desde luego; porque los delegados del partido divergían, con sus respectivos candidatos, radical y tercamente.

Se laboraba, entre los liberales de toda la República, por multitud de candidatos; por Federico Intrigo, aclamado con fervor principalmente por las masas populares de Guayaquil, por Juan Manuel Lasso, por Moisés Oliva, por Enrique Baquerizo Moreno, por Gonzalo S. Córdova... El candidato realmente popular de la sierra y con programa de acción concreto y de aplicación inmediata era Juan Manuel Lasso. Córdova lo era de la juventud y de los izquierdistas de *élite*, de los del Directorio de Pichincha. De todos ellos, no obstante, el buen éxito podría lograrlo sólo quien contase con la voluntad oficial...

Vinieron los ajetreos y los negocios secretos. Porque el Presidente Tamayo no estimaba a ninguno de los candidatos: ni al Coronel Lasso por sus entusiasmos bolcheviques — pues llegó a ser el ídolo de los indios, de los campesinos y del populacho, sedientos de una etapa revolucionaria que acabe con los estancos de aguardiente y tabaco, con la Ley Moratoria y con los bancos, — ni el doctor

Córdova, por ser candidato de enemigos feroces del Gobierno, del tamayismo, del placismo y de otras fuerzas influyentes de entonces, y a la que se debía el Presidente Para el resto de candidatos —ya por sí mismos sin mucha fuerza,— tenía algo más el Presidente Tamayo: una decidida prevención.

Pero los del *Directorio Liberal de Pichincha* anduvieron incansables e indeclinables. Tras de fatigosas gestiones lograron interesar en el asunto a dos ministros de Tamayo: al de lo Interior y el de Hacienda, que se los suponía con decisivo ascendiente. ¡Se trataba del candidato del «partido» íntegro, representado solemnemente en una Asamblea!

Los señores Francisco Ochoa Ortiz y Alfonso B. Larrea, ministros, accedieron. Luego vencieron la resistencia del Presidente. Pero el Gobierno daría su apoyo electoral siempre que el doctor Córdova no pretendiese practicar sus ideas revolucionarias. . . .

Vino el pacto. Una comisión destacada del célebre *Directorio*, y compuesta por los señores Alberto Larrea Chiriboga, Manuel María Sánchez y Agustín Cueva, se entendió con el par de ministros amigos. Se suscribió (29 de octubre de 1923), bajo el discreto velo de la noche, un pliego de condiciones, redactadas de tal modo que todo no pareciese sino con fines patrióticos y de afianzamiento liberal, aunque entrañaran, en el fondo, un intercambio de satisfacciones e intereses personales o, apenas, de grupo. Por esas condiciones, el candidato del Directorio, sería, al fin, el candidato oficial; pero éste, una vez en el poder, se abstendría de emplear a enemigos del doctor Tamayo y del tamayismo en la administración. Y hasta para la formación de los próximos Congresos, en que debían preponderar senadores y diputados de confianza, obrarían entre las altas partes contratantes, siempre en un «leal acuerdo» . . .

Es preciso transcribir algunos artículos del pacto; pues éste como los que verbalmente acordaron, en la República, desde Rocafuerte y Flores en 1834, hasta los que suponíanse entre el General Leonidas Plaza Gutiérrez y don Francisco Urbina Jado desde 1914, tienen su especial interés para la interpretación de algunos hechos de la historia. Se hacía, pues, constar en el convenio escrito de 1923:

«1º La independencia en el régimen venidero de la fracción encabezada por el señor Enrique Baquerizo Moreno, fracción cuyos procedimientos se consideran contrarios a los intereses nacionales;

2º La prescindencia de aquellos hombres que, provocando desconfianzas y resistencias en el seno del Partido, sean un obstáculo para realizar la general aspiración de unir todos los elementos sanos y honrados del liberalismo; y

3º Un leal acuerdo entre el Gobierno actual y la entidad política a la cual pertenecen los tres últimos suscritos, en orden a una selección acertada de los ciudadanos que en el período presidencial próximo deben integrar los Poderes Legislativo y Ejecutivo ...» (1)

Además, según llegó a aclararse después, verbalmente parece que se convino en otras condiciones más concretas, como aquellas que fijaban, de una vez, los elementos a que aludía el art. 2º.

De aquí nació la Presidencia del doctor Gonzalo S. Córdova. A poco del convenio le eligieron, pues, según era deseo, agentes oficiales, o sea, el propio tamayismo dominante, multiplicando, según las viejas enseñanzas de la historia nacional, cínica y torrencialmente los votos, de vivos y de muertos ...

Principia el nuevo gobierno

En Julio de 1924 regresaba de Caracas el notable político, para tomar el poder, que tan diestramente le consiguieran sus adeptos. Pero éstos ya no eran sólo los de 1919, ni los que integraran la Asamblea cordovista de 1923; eran también, y de modo principal, los elementos del tamayismo en masa. Y como los ministerios y los empleos de la administración interna y del extranjero, no correspondían al número formidable de esta coalición de novísimos «amigos», resultó que los adversarios del doctor Córdova, y de los más implacables y ásperos, ya no estuvieron solamente en las filas del enemigo tradicional, sino también entre los más fervientes partidarios de ayer. ...

En la noche del 31 de Agosto de 1924, recibía el mando, con una pompa radiante y en medio de ovaciones casi frenéticas. Y en vez del político sugestivo y pleno de fuerza, sólo se alcanzó a observar un anciano pálido, de hablar difuso y algo tembloroso. De repente dió, en el público espectador y atento, la impresión más bien de un hombre ajado y poco firme. Sin embargo, tal detalle se atribuyó a emociones inevitables, propias de la hora; aunque no faltaran quienes denunciasen aquello como la muestra de que se trataba de un cardíaco, no muy bien curado en Venezuela, o con certificados de salud no muy sinceros. ...

[1] V. «Fragmentos del diario de memorias del ex-Presidente Gonzalo S. Córdova», en «El Día», de Quito—5 de febrero de 1926.— Núm. 3887. Y artículos de Agustín Cueva en «El Sol», semanario de la vida nacional, a partir del 26 de febrero de 1925, números 4, 5, 6, etc.

Desde la mañana siguiente debía comenzar el ejercicio de la Presidencia; prácticamente no comenzó nunca.

Los amigos de la víspera emplazaron sus baterías contra él. A la cabeza de ellos, nada menos que Luis N. Dillon, propuesto para Ministro de Hacienda por el cordovismo antibanquista y revolucionario, y aceptado por Córdova, en principio, pero en seguida rechazado con susto; pues Dillon resultó ser uno de los hombres de quienes había que prescindir. . . por resolución del tamayismo.

La oposición rugió por todos los lados. Las fracciones liberales, desde los periódicos, y los conservadores, armándose para una guerra civil que, apenas iniciada, tuvo, por impericia de sus dirigentes o por inaptitud guerrera de los mercenarios que traían, su trágico fin en el combate del *Ambi*, del 12 de Diciembre de 1924.

Pidió el Presidente «facultades extraordinarias». Con ellas tuvo que mantenerse los ocho meses de la totalidad de nueve que duró su gobierno.

Dentro del propio gabinete, en tan corto lapso de tiempo, no se dejaba de crear, como adrede, motivos de alejamiento o escisión. Se había nombrado a don José Rafael Bustamante Ministro de Relaciones Exteriores; pero a poco se produjo la discrepancia; pues el Gobierno tenía que pagar servicios en las elecciones presidenciales con plenipotencias de primer orden como la de Washington. Parece que repugnó al señor Bustamante la terrible sujeción a compromisos, y, a los ocho días, abandonó la Cartera. Pasó a ocuparla el doctor Alberto Larrea Chiriboga, que estuviera en el Ministerio de Gobierno, cumpliendo y haciendo cumplir aquel tratado de marras. . .

Y en lugar del doctor Larrea Chiriboga, blanco principal de los odios huracanados de las fracciones disidentes, el General Leonidas Plaza Gutiérrez candidatizó —y el Presidente aceptó en el acto,— a un periodista, de lucida actuación en la reciente campaña electoral; al doctor Pío Jaramillo Alvarado, el insigne *Petronio*. . .

No el escritor en sí mismo, muy apreciado y admirado, sino más bien el origen de su candidatura levantó un nuevo ciclón de enconos políticos; pues aquellas fracciones disidentes del liberalismo enunciaron que, decididamente, el doctor Córdova, con su personalidad decaída y sus muertos arrestos, ya no podía sustraerse, siquiera por orgullo personal, al influjo de la «vieja política». El General Plaza seguía ordenando. . .

El Presidente enfermo

La enfermedad del señor Presidente era otro aspecto sombrío del panorama político.

En ningún día estuvo sano el señor Presidente. Los últimos meses de 1924 pasó de aquí para allá, en busca de reposo y salud, y los médicos no se cansaban de estudiar los climas más convenientes: Cumbayá, los Chillos, San Sebastián, Cumungyacu, todos los terrenos más bajos y todos los terrenos más calientes de los alrededores de Quito. . .

La mayor parte del primer semestre de 1925, pasó entre Salinas y Guayaquil. A veces se creía que el Presidente no amanecería vivo.

La imposibilidad física del doctor Córdova para ejercer la Presidencia ya era conocida, desde luego, pues él, cardíaco, no podía vivir tranquilo mucho tiempo en la capital del Ecuador, o sea a una altura de más de 2.800 metros sobre el nivel del mar. Pero el cordovismo se puso ciego, y dió al país, aún apelando a la festinación de valores y a pacto escrito, un mandatario sin fuerzas, ya estropeado e inútil.

Ya en los primeros días de noviembre de 1924, se reunía en Guayaquil una Junta Liberal—Junta de Notables, se la dijo,—para deliberar acerca de la situación del Gobierno, «en peligro de acefalía» o en peligro, cuando menos, de ser asaltado por cualquiera, de un momento a otro.

El interinazgo

Y mientras se curaba o convalecía o descansaba el doctor Córdova, el *interinazgo*, a cargo del doctor Alberto Guerrero Martínez,—último Presidente de Congreso y por quien se laboraba, en esos mismos días, para que lo sea también en el de 1925,—le entretenía al país con intrigas sobre conspiraciones conservadoras, o con intrigas sobre la próxima reunión de las cámaras con sus senadores y diputados *ad-hoc*, con saraos *feéricos* o con esperanzas. También se apresaba, de cuando en cuando; se suprimían y perseguían, hipócritamente, pequeños periódicos de oposición. Y se atacaba y ridiculizaba sangrientamente a los adversarios del régimen desde semanarios costeados por el Fisco. Algunas veces los periodistas adversos iban a la cárcel, al excederse en sus críticas. . .

La ciudadanía, por su parte, pasaba por grandes alarmas. . . En Washington se había firmado, por los Plenipotenciarios de Perú,

Colombia y Brasil, el Acta Tripartita, que aseguraba la aprobación del Tratado Salomón Lozano, lesivo para los intereses territoriales del Ecuador. Habían firmado en secreto, sin contar para nada con el diplomático ecuatoriano. Por entonces era Ministro Plenipotenciario en Washington el doctor Francisco Ochoa Ortiz—el ministro elector del doctor Gonzalo S. Córdova, mediante el célebre convenio de 1923,—y éste tampoco se había dado cuenta de ese extraño «pacto», muy distinto de los que él hacía o conocía en su país...

Se escribieron artículos violentos. Se acusó a la incuria de la Cancillería ecuatoriana, a cargo, entonces, del doctor Alberto Larrea Chiriboga... Y se acusó a Colombia, Perú y Brasil de haber obrado sin consideración para con el país amigo, cuyos derechos en la hoya amazónica no podían ser desconocidos con todas las «actas tripartitas» del mundo. Pero con más ímpetu se acusó al Ministro Francisco Ochoa Ortiz, y se suscribieron peticiones públicas para su destitución... El que cayó más pronto, sin embargo, fue el canciller.

Hubo una oportunidad para que se luzca el interinazgo: desde febrero de 1925 ocurrían grandes desbordes del río Chanchán; hasta que uno de ellos—el de 21 de marzo,—destruyó en una noche como diez kilómetros de vía férrea. La comunicación entre la costa y la sierra, quedaba, desde ese instante, suspendida indefinidamente. La Compañía del Ferrocarril habló de un año de reparaciones, cuando menos, y del gasto de unos 2'000.000 de sucres...

El interinazgo se alarmó por la pretensión y desplegó energía. Pues esos trabajos los realizaría él. Nombró en el acto peritos e ingenieros, acumuló un ejército de trabajadores a lo largo de la vía descompuesta y se puso a remover montañas de lodo y piedras con un ímpetu de fiebre. Hubo, a tiempo, un colaborador, de excepcional espíritu de empresa; el caballero inglés Mr. Dobbie.

Las reparaciones de dos años que reclamaban dos millones de sucres de gasto, según la pretensión norteamericana, ya estaban terminadas, por el Gobierno del interinazgo, a la vuelta de un mes y medio y con la inversión de unos \$ 300.000...

El mayor accionista de la Compañía, Hartman, ofreció, entonces, sus acciones en venta, para que el Gobierno pudiese manejar el negocio ferrocarrilero por su cuenta. Se aceptó el ofrecimiento; se llamó al país, por medio de la prensa (*El Guante* emprendió en una «cruzada», como que ayudaba a *guerrervixar*, o sea, a prepararle la plataforma política al doctor Guerrero Martínez para la sucesión presidencial), a fin de que ayude con aportes; se le dió proporciones enormes al asunto, hasta que el Ejecutivo negoció las acciones con sus propios fondos; pues el Ministro de Hacienda, Miguel Angel Albornoz, había logrado ordenar con economía algunas

partidas del presupuesto, aparte de la energía con que procediera a la recaudación de las rentas fiscales.

La negociación se llevó a efecto el día 13 de abril de 1925. Era por 57.069 acciones, de los stocks común y preferido, en el precio de 600.000 dólares, o sea de \$ 2' 400. 000, al cambio de la época.

El presidente titular, mientras tanto, convalecía en una casa del barrio de Las Peñas, en Guayaquil. Ni siquiera se le consultó para realizar la operación, y cuando la conoció la desaprobó, y con una imprudencia que ya podía explicarse por el desorden nervioso por que pasaba el enfermo.

Habría el interinazgo podido dar su golpe de estado, declarando vacante la Presidencia de la República, conforme a la ley. Pero prefirió la renuncia. Renunció el Ministro de Hacienda. Y renunció también el Ministro de Gobierno, que pretendía «salvar la situación» con telegramas llenos de consejos al Presidente titular.

Quedaba la administración del Ferrocarril de Guayaquil a Quito nacionalizada; pero el guerrerismo cayó sin aprovecharla.

Vino la reorganización ministerial. En mayo el doctor Córdova se sentía, o simuló sentirse bien, y preparó las maletas. En Guayaquil mismo arregló los reemplazos de algunos ministros, y no sin volver a contar, desde luego, con el beneplácito de Francisco Urbina y del poder bancario de Guayaquil: Ministro de Hacienda fue designado don Luis Váscónez Bueno, Ministro de lo Interior sería el doctor José Vicente Trujillo. Los demás quedarían. Con ese Gabinete caerá unas pocas semanas después.

Se creyó que las «facultades extraordinarias» eran lo único que alarmaba al país. Por incitación del nuevo Ministro de Gobierno, las devolvió el Presidente al Consejo de Estado. Pero quienes respiraron, entonces, fueron ... los conspiradores.

El país no se interesaba ya por esos detalles de alta politiquería. Lo que le abstraía era el problema de su vida. Y si en los pueblos se politiqueaba, como en las altas esferas, era por hambre.

Regionalismo y hambre

Irritaba en las provincias la invasión de gente forastera, con que se reemplazaba, imprudentemente, la hambrienta burocracia nativa. Gobernadores, intendentes, comisarios y empleadillos de la administración venían desde Quito a las provincias, en falanges, en huestes cerradas, como langostas.

No se trataba sólo de cordovismo triunfante y acaparador, sino también de burocracia tamayista—el neocordovismo de botín,—que no podía ser desalojada. Los partidarios del doctor Córdova, en 1924, habían sido, no las masas proletarias ni el campesinado, sino políticos y terratenientes, de un modo principal. A los hijos, a los parientes, a los recomendados de todo este elemento había que dar cargos. Y se los daba en cualquier parte, digan lo que dijese los lugareños—*chugras*—de la sierra, o los *monos* del litoral....

Quien escribe estas notas, inició una dura defensa de provincias, contra el despectivismo centralista, atacado de una miopía desesperante. Los pueblos, aun más pequeños y lejanos, rugían. Y, extraña coincidencia, al descontento político, se unía, de un modo invariable, el agudo grito por la carestía de las subsistencias. En una crónica de 1924 se registran estas frases, que las transcribimos porque denuncian la verdad: «El curioso que tome un periódico cualquiera y sienta el deseo de revisar la información de provincias, se encontrará inevitablemente con dos cosas: que las subsistencias están por las nubes y que se da excesiva importancia a la política. Al rededor de estos dos temas, gira toda la vida nacional.

Es decir, el pueblo muere de hambre, mientras las *élites* hacen activa política...perurgidas también por hambre.

Las circunstancias nos han llevado a tal extremo, que ya no es posible desligar estos dos términos al hacer una revisión de la actividad nacional de la hora presente: politiquería y hambre.

En Esmeraldas, las masas han tomado por asalto los depósitos de leche, y han dejado correr por las calles el precioso líquido. En Cuenca—donde hay extensos cañaverales e ingenios de azúcar,—el azúcar vale a \$ 1,20 la libra. En las demás provincias ha encarecido todo.

Y paralelamente a esta escandalosa y cruel carestía de la vida, en las quince provincias ecuatorianas bulle un indescriptible politiquerismo.... El politiquerismo ha sido creado por la ociosidad mental y por el hambre».... (1)

Tales eran el espíritu público y la política en los tiempos mismos en que se iniciaba la conspiración.

El ambiente era propicio—más propicio que nunca,—para imponer un cambio, cualquier cambio. En los últimos meses de 1924, el doctor Córdova ofreció iniciar su política de salvación desde *Enevo*. Pero pasaron este y otros meses sin novedad, salvo el cambio

Saint-Cyr. En «El Guante», de Guayaquil, N^o. 5.033, de Julio de 1924, pág. primera.

de unos ministros. Y aun él y otros pequeños, se hacían, siempre, entre cierto elemento político que el país iba clasificado. Nada de colaboradores, en efecto, que fuesen extraños a la «trínca».

Verdad que la administración en su parte media e inferior podía depender de intrigas; pero en la parte superior, dirigente, sólo descollaban el pacto y la masonería. Parecía un gobierno para franc-masones

Lo económico: prosperidad bancaria y ruina fiscal . . .

Hasta el último día del año de 1924 la deuda pública interna del Ecuador ascendía a \$ 39'834.541,70.

De esta suma, cerca de \$ 37'000.00 correspondían sólo a los bancos.

Pero había uno de éstos, sobre todo, que, siendo el mayor y más poderoso emisor de billetes, era, a la vez, el mayor y más poderoso acreedor del Gobierno: el Banco Comercial y Agrícola, de Guayaquil. Hasta mediados de 1924, o sea, al terminarse la presidencia del doctor José Luis Tamayo, esa institución de crédito anotaba, en contra del Fisco ecuatoriano, la suma de \$ 21'772.253,27.

No era, por cierto, que todos estos millones los hubiesen recibido el Gobierno, de contado, en beneficio de la administración. Eran intereses compuestos—diestra e implacablemente capitalizados, al 30 de junio y al 31 de diciembre de cada año,—lo que, de un modo principal, había engrosado fabulosamente la deuda; pues el verdadero monto de préstamos concedidos por el Banco Comercial y Agrícola, en diferentes épocas de crisis fiscal, apenas ascendía a un poco más de \$ 10'000.000.

¿De dónde sacaba tanto dinero ese banco, para dar al Gobierno, siempre con *déficits* presupuestarios, siempre con deudas atrasadas que pagar perentoriamente y siempre con una multitud de servicios públicos mal atendidos? . . . ¿Y de dónde sacaba para atender, por otra parte, con gran diligencia y eficacia, las numerosas solicitudes de dinero que le hacían, desde los cuatro puntos cardinales de la República, los industriales—o los que por primera vez trataban serlo,—los comerciantes, los terratenientes, los constructores y hasta las empresas periodísticas que deseaban dar nuevos impulsos al diarismo, importando maquinarias nuevas, grandes rotativas? . . .

Pues lo sacaba de sus enormes depósitos . . . de billetes.

El oro y la plata exigidos por la ley, en un 50%, como respaldo de emisión, no alcanzaban, en las bóvedas del banco, ni a la

cuarta parte de los papeles que se encontraban en activa circulación. Pero era una verdad incontrastable que con esos billetes se compraban los dólares, se pagaban los jornales, se importaban las maquinarias y se levantaban los edificios. Esos billetes, pues, ya no valían casi nada por el oro metálico que los respaldaba; pero, durante mucho tiempo, valieron por este nuevo oro que ya estaba en uso intenso en el mundo: por el *crédito*.

Y es que las necesidades de la vida en el Ecuador se habían complicado mucho más de lo que fueran unos 20 años antes; aparecieron nuevas exigencias de progreso, y una mayor densidad demográfica pidió, congruentemente, un mayor volumen de circulante.

En agosto de 1914, al estallar la guerra mundial, todos los países se pusieron en guardia ante la amenaza de una posible emigración de oro. Decretáronse medidas de emergencia, y el oro se guardó en las bóvedas de los bancos.

El Gobierno del Ecuador, atento a esos movimientos, dictó también, apresuradamente, sus medidas. Acaso para la celeridad de adopción de ellas, no fuera extraña la incitación cautelosa de algún autorizado financista, de esos que ya entreveían una oportunidad para «salvar al Ecuador» de la crisis de circulante....

Advino, pues, la «Ley Moratoria». Ahora sí ya se aseguraba el oro, el pobre oro del Ecuador que no alcanzaba ni a \$ 10'000.000, cuando las necesidades del país demandaban, urgentemente, unos 40'000.000 ...

Don Francisco Urbina Jado, primer gerente del Banco Comercial y Agrícola, no vaciló: garantizada y exigida por la ley la inconvertibilidad, echó los billetes por millones afuera.

A partir de esa misma época de 1914, los *déficits* presupuestarios clamaban por dinero. Los gobiernos del General Plaza, del doctor Baquerizo Moreno y del doctor José Luis Tamayo, tampoco vacilaron: recurrieron al Banco Comercial y Agrícola en pos de préstamos, que, desde luego, nunca les fueron negados. Los billetes salían por cajones ...

De este modo, entre el prestamista y el deudor se establecieron vinculaciones, no sólo económicas, sino también políticas, poderosas. En verdad, cuando el banco inflaba con todas sus fuerzas para que la política gubernativa no le sea adversa, obraba lógicamente, porque defendía sus intereses. Pero cuando los gobiernos, encargados de fiscalizarle al banco y de supervigilar la economía nacional, le incitaban más bien a la emisión clandestina, hasta llegar a la inflación, y contribuían con su conducta de complicidad a la desvalorización monetaria y a la especulación, obraban sin el más mínimo sentido de responsabilidad.

Se exageró la emisión. Y se exageró el plazo dentro del cual cabía una prudente contracción del circulante ilegal, por lo menos en una gran parte, ya que volver al talón de oro, en la proporción del 50%, y a base de moneda revalorizada, era ya imposible.

Por cierto, dentro de todo ese lapso que duraron las emisiones de billetes, el Banco no cesó de comprar oro; pues hasta para simulación, en días de inspección fiscal, lo que conservaba de metálico era tan deficiente que el Banco del Ecuador—amigo o rival, según los casos,— una ocasión tuvo que trasladar en préstamo transitorio su oro a las bóvedas del Comercial y Agrícola, en la soledad de la noche, para que al día siguiente lo vean y palpen los fiscalizadores o el público.... (1)

Hasta 1920, sin embargo, casi ni fué advertida la situación peligrosa en que se habían colocado el banco y el gobierno del Ecuador. En los años de administración del doctor Tamayo fué observada y mereció voces de alarma; pero precisamente durante ese cuatrienio fué cuando mayor cantidad de billetes lanzó el Comercial y Agrícola al mercado; pues, de 8'893.334 billetes excedentes en 1920, alcanzaron ya, para fines de 1924, a más de 18'000.000 y medio.... (2)

La pobreza general, la subida del precio del dólar— a que no eran ajenos, por cierto, otros factores de depresión en la vida económica del Ecuador,— y el circulante pésimo, sin renovación, que se caía en migajas de las manos, hicieron volver la vista, amenazadora y airada, hacia el Banco Comercial y Agrícola y la «Ley Moratoria», mantenida esta última, porfiadamente por los congresos, por no sé qué misteriosa deferencia....

El máximo de depresión monetaria en el Ecuador se lo creyó ver en el año de 1922, cuando el dólar comenzó a cotizarse de \$ 3.00 para adelante. La harina y la manteca, importadas de EE. UU., valieron un poco más, y el pueblo de Guayaquil, alentado por políticos de la oposición, tomaron este encarecimiento relativo como el fundamento para una protesta monstruo, que la Jefatura de Zona Militar sofocó a balazos, en la tarde del 15 de noviembre.

Como el origen del malestar económico, en esos momentos, se indicaba en el precio excesivo del dólar, el Gobierno dictó una cu-

[1] V «Conferencias económicas», actas de sesiones, 2a., del 19 de Feb de 1926: exposición, del delegado del Banco del Ecuador, señor Rodríguez Bonín, pág. 37; y 3a., págs. 48, 49, 50.

[2] V «Mensaje del Presidente Provisional de la República a la Asamblea Nacional», 1928, pág. 26.—LUIS N. DILLON: «La crisis económico-financiera de Ecuador», ed. de 1927, pág. 38.

riosa medida de emergencia: la incautación de giros sobre el exterior para venderlos a precio bajo, fijado oficialmente. . .

En seguida se estableció una Comisión Ejecutiva Económica, encargada de regular la distribución de los giros incautados. La manteca, la harina y los tejidos de algodón podían, pues, ya pagarse con dólares que no costaban más que \$ 2.13. Se calmó un poco el griterío.

Pero como era difícil controlar toda la exportación, surgió una nueva calamidad: el contrabando y la especulación, «en la calle», con los giros sobre el exterior.

Se combatió la «incautación». Hasta el propio año de 1925, mereció los más acres y violentos reproches, por dar margen a los negociados, al favoritismo chanchullero, y, en suma, por inprocedente y anticientífico.

La misma Comisión Ejecutiva Económica—compuesta por elementos visibles de la banca y del alto comercio porteños, tales como los señores Víctor Emilio Estrada y José Joaquín de Icaza Nóbola,—dió a entender que la «incautación» no remediaba el mal de la depresión económica del país, sino un mayor volumen de ventas en el extranjero, y propugnó, editorialmente, en el N.º. 3 de su famosa revista: «Produzcamos más». . .

La solución era, pues, larga.

Otros detalles, alarmantes también, como la fuga de metálico—principalmente de la plata, hacia Colombia, donde se pagaba un alto precio por ella, sin que el gobierno se preocupase enérgicamente de impedir tal fuga, sea por la reacuñación de la moneda, sea por aplicación de medidas rigurosas sobre los contrabandistas;—como la inundación de moneda feble en el país— y ella era ya un negociado del propio gobierno,— de tamaños arbitrarios y de pesos distintos; etc. etc., vinieron a dar una extensión popular a la sospecha de que hasta el metálico de los bancos iba emigrando, y que lo único, verdadero, que había en el momento, respecto de la moneda, no era sino el régimen del billete inconvertible, en beneficio de una poderosa institución particular, cuyos gerentes y accionistas eran los únicos gananciosos, con la evidente complicidad oficial. . .

La apreciación de los políticos

En tal situación de recelo y de inquietud, aparece la obra de demolición y de exageración de los políticos adversos al régimen de Tamayo, primero, y de Córdova, después.

Las emisiones del Banco Comercial y Agrícola eran enormes, en verdad, como ya se anotó, y contribuían a la depreciación monetaria (en 1922, ya se pagaban por el dólar \$ 3.50, y en 1924 había que comprarlo, oficialmente, de la incautación a \$ 4.00, y «en la calle», a \$ 5, o más); y era cierto también que el gobierno, por su lado, nunca quiso adoptar una política económica— como la restricción enérgica de las importaciones suntuarias y el fomento de la producción nacional,— de modo que permita combatir, científicamente, el desnivel de la balanza de pagos y, por consiguiente, la especulación con la moneda extranjera.

Pero la «miseria nacional», y el estado de «quiebra inminente» y catastrófica— según se decía, por entonces en los periódicos de oposición y en las conferencias subversivas,— no dependían solamente de los billetes del Agrícola.

Se posponían, para la discusión, adrede, los otros factores de crisis económico-financiera, algunos de ellos de origen mundial. Y se olvidaban las condiciones de la producción en el Ecuador; pues es sabido que en un país no se especula con giros internacionales sólo cuando él los produce suficientemente.

La exportación ecuatoriana venía sufriendo un descenso casi trágico, desde 1918, en que las pestes de origen criptogámico comenzaron a desarrollarse asoladoramente sobre los sembríos de cacao. La «monilia», primero, y la «escoba de bruja», en seguida, arruinaron miles de árboles con celeridad asombrosa. De la hacienda Tenguel, por ejemplo, la más extensa, que en 1918 tuviera, en plena producción, cerca de 23.000 árboles, para fines de 1924 no habían quedado ni mil completos. Y la región toda de Balao, que en 1922 todavía alcanzara a producir hasta cerca de 150.000 quintales para la exportación, dos años después no podía dar ni 80.000...

En tanto, la sed de lujo de las clases medias y aristocráticas del país; las misiones extranjeras, militares, pedagógicas, o científicas; las inmigraciones parasitarias— burocráticas o religiosas;— los gastos oficiales en el exterior, el ausentismo de los ricos, que reclamaba insaciablemente por miles moneda yanqui o francesa, y los pedidos de artefactos y de arrequives para la vida suntuaria de las ciudades, absorbían y agotaban también las miserables reservas de una economía de suyo extenuada.

Los adversarios, pues, del régimen económico de esos días podían distinguirse por sus talentos y su gran pujanza combativa; pero es verdad que en más de la mitad de la campaña no eran justos o se movían en un plano que no era toda la realidad dolorosa. El tiempo se encargará de aclararlo cuando devaluada la moneda, otra vez con el talón de oro, unificado el billete bancario, extinguida la

«incantación de giros» y decretado el cambio libre, centralizadas las reservas metálicas y muerto el Banco Comercial y Agrícola, el dólar siga subiendo como la espuma . . .

Lo que no quiere decir, desde luego, que esa institución no debía caer bajo las sanciones legales, por la parte que le correspondía en la desmoralización económica y política del Ecuador. Lo que no merecía es la responsabilidad *total* que se le quería echar encima.

La hostilidad de los grupos de oposición a «los gobiernos del Banco Comercial y Agrícola»—Plaza, Baquerizo Moreno, Tamayo,—dejó de ser simplemente política, convirtiéndose en reclamos económicos, a partir del segundo año de presidencia del doctor Tamayo, coincidiendo precisamente con las protestas del pueblo de Guayaquil, silenciadas, como ya se dijo, con una matanza de muchedumbres, el 15 de noviembre . . .

Algunos políticos escribían, sobre sus firmas, no sólo protestas declamatorias, sobre el nacionalismo y el conservatismo o la ausencia de matiz doctrinario de la política presidencial, sino análisis crudos de la situación económico-financiera del país. Uno de ellos era Luis N. Dillon. Y éste, no sólo escribía, sino que daba conferencias. Las daba desde el memorable 5 de junio de 1922, cuando pidió, para el liberalismo, la incorporación de fórmulas socialistas que debían salvar al Ecuador de la preeminencia plutocrática y conservadora . . .

Mientras gobernó el país el Presidente Tamayo, Dillon fue un militante del cordovismo. Creía él también que sólo un hombre de las ejecutorias y de los arrestos del doctor Gonzalo S. Córdova, podría imponer rectificaciones profundas, «contando con la lealtad del ejército».

Advino el doctor Córdova a la Presidencia. Pero advino previo aquel arreglo de exclusión de elementos ingratos para el Presidente Tamayo, según se conoce. Esos elementos no deberían ni podrían colaborar en el gobierno del doctor Córdova: entre ellos se señalaba a Luis N. Dillon. . .

Producida, pues, la ruptura, Dillon volvió a alistarse en la oposición. Para él, el origen de los males de la Patria estaba, principalmente, en el Banco Comercial y Agrícola y su política financiera, ruïnosa para todos, y en los gobiernos que él, de acuerdo con el General Plaza, había hecho, de Baquerizo a Córdova. . .

En la tarde del 8 de julio de 1925, vísperas precisamente del golpe militar que daría en tierra con el gobierno de Córdova, Dillon, como Presidente que era de la Cámara de Comercio de Quito, tuvo una oportunidad para hablar otra vez de temas económicos. Y en esta última conferencia, persistió en señalar así las causas principales de la «aterradora» crisis reinante:

la inconvertibilidad del billete;
las emisiones sin respaldo;
la inflación.
Indicaba también otras causas «secundarias»:
especulación;
abuso del crédito;
superimportación;
desnivel de la balanza de pagos internacionales;
falta de control oficial sobre los bancos;
anarquía y rivalidades bancarias.

Todo esto lo había gritado ya desde los hebdomadarios de combate. Lo habían gritado también, aunque sin mucha precisión pontifical, algunos otros.

Es cierto que, en tales enumeraciones, a veces consignaban como causas capitalísimas lo que en la realidad sólo eran efectos. Pero, al fin, así llegaron a hacerse carne en un enorme sector de la opinión nacional.

Los oficiales de la guarnición de Quito, cerca del foco de propaganda antibancaria, se fanatizaron también con la insistente prédica. Apareció un término para designar la fortaleza de altos intereses que debía batirse: *bancocracia*, clase de señores de horca y cuchillo que habían maniatado al Gobierno, y al país, con papel moneda...

Y junto a la letanía, como plan de soluciones radicales del problema político-económico de la hora, se indicaba esta trinidad de liquidaciones implazables: 1) del Gobierno constituido, lo presidido quien lo presidiere; 2) de la influencia absorbente del General Leonidas Plaza Gutiérrez, que era el proveedor de presidentes y ministros de confianza suya y de su amigo don Pancho, de Guayaquil; y, 3) del Banco Comercial y Agrícola...

Ya veremos los efectos de la implacable lección.

Lo militar: la historia de las guerras civiles

Lo económico y lo político, problemas tan mal comprendidos y orientados, producían el descontento y la acritud del alma en el país.

Pero lo que minaba la moral del ejército, lo que deprimía el espíritu disciplinario y exaltaba, por lo menos en sectores de la oficialidad joven y recientemente egresada de los institutos militares, era más bien la propia situación del ejército....

Participaba éste de la desmoralización general; y en sus filas se sentía también el imperio de la injusticia y el fraude ...

No era, por cierto, insólito el mal; sino que se comenzaba a observarlo.

Desde que se inició la República existía. La fuerza armada era una fuerza explotada, ante todo. La explotaron siempre los hombres de presa, los matones con charreteras o los traficantes con la política.

Así, en vez de aparecer como una «garantía», aparecía más bien, para las instituciones democráticas, como un peligro.

A los revoltosos o conspiradores de oficio, a los ambiciosos y a los saltadores del poder público, siempre les convino mantener la corrupción del ejército. De aquí nacían generales o coroneles para dominar en la política, o de la política saltan de repente, coroneles y generales para explotar y refocilarse con la ignorancia, la miseria o la inconsciencia de las masas del ejército.

En las guerras de la independencia, por la necesidad o la confusión fué fácil que de facinerosos del Puffa o de negros feroces del Aragua se hicieran comandantes y coroneles. En la República independiente, las guerras civiles favorecieron y crearon las oportunidades para ponerle charreteras al matón.

Nada de educación profesional o técnica; bastaba con la audacia comprobada, la arrogancia o la faufarronería belicosa para asaltar un cuartel o para dirigir con alguna eficacia una masa de inconscientes.

En los primeros días del siglo XIX se fundó una Escuela Militar; pero esto no impidió en ningún momento que las breves escaramuzas con revoltosos conservadores o los golpes de estado de los propios jefes liberales, como el de enero de 1906, siguieran favoreciendo los galardones militares, no por eficiencia de técnica o por relevantes servicios al país, sino por adhesiones personalistas o por los méritos de alguna traición al adversario que se quiso deponer.

Estos galardones y preeminencias militares, ligados a la aventura política o al favoritismo caudillesco, serán, claro, de consecuencias funestas, no sólo en la vida política del país, sino, principalmente, dentro de la propia institución armada.

Para 1911, han pasado ya misiones militares chilenas por el ejército del Ecuador, se han enviado jóvenes oficiales a educarse en colegios militares de América o Europa y se ha intensificado la preparación estrictamente profesional de los soldados. Pero el 11 de agosto de ese mismo año, la guarnición de Quito derriba al Gobierno constitucional de Eloy Alfaro, y, cuatro meses después, la guarnición de Guayaquil, sublevada y encabezada por un exmontenero, el General Pedro J. Montero, provoca una de las más sangrientas y asoladoras guerras civiles.

De 1913 a 1916, la campaña de montoneras que se prende en Esmeraldas contra el gobierno del General Leonidas Plaza Gutiérrez, en nombre de las reivindicaciones alfaristas, requiere el sacrificio de una enorme porción del ejército, mal dirigido, mal alimentado, horriblemente tratado y sacrificado.

Después, ocho años de paz . . . En este período germinan y maduran los anhelos de reacción y rectificación, dentro del propio ejército.

Lo militar: las críticas de la juventud

Desde 1922, con la Misión Militar Italiana, la preparación de oficiales se intensifica; pues, es cuando aparecen los cursos de especialización, y la Academia de Guerra.

También se cuenta un mayor número de oficiales educados en escuelas militares del extranjero.

Pero, continúa la vieja costumbre: sobre el oficial preparado se entroniza el militar político.

Hay jefes militares que no saben otra cosa que chismes de politiquería.

Los jóvenes que han estudiado e iniciado, científica y honorablemente la carrera, encuentran casi imposibles los ascensos; pues las altas jerarquías militares son *palanqueables* o conquistables más bien por la aventura política o por la preeminencia social y de fortuna.

Algunos jefes, puestos al frente de cuerpos o institutos de alguna preparación moderna, daban espectáculos divertidos en días de ejercicios o cuando les tocaba ordenar algo o actuar personal y directamente.

El Comandante Mendoza apunta en sus memorias algunos detalles de lo que vió en los tiempos de Baquerizo Moreno y José Luis Tamayo:

*Era en la Escuela Militar, siendo yo capitán y estando de Director de dicho establecimiento el señor General Moisés Oliva— cuenta él.

—Capitán Mendoza, llamó el General.

—Ordene, mi General, respondí.

—Vístase con leva de visita, me dijo el General.

—No tengo esa prenda, mi General.

—¿Por qué no la tiene?, preguntó colérico el General.

—Porque no es reglamentaria para oficiales inferiores, mi General: es sólo facultativa.

—Pues mientras esté yo aquí será reglamentaria, yo mando y se acabó; yo soy aquí el reglamento.

—Creo que la ley está sobre su voluntad, mi General, respondió.

—Atrevido; y a su pieza arrestado!, fué la respuesta final del General».

Y observa Mendoza: «Los oficiales inferiores ponían alguna preocupación por instruirse; los jefes en su mayoría carecían hasta de rudimentarios conocimientos generales, no pocos militares, aún de conocimientos elementales. Sucedió con frecuencia el caso de demostrar mayor preparación un teniente o subteniente a un mayor o comandante y hasta coronel o general»..... «Agréguese que los jefes no observaban en la mayoría de los casos una conducta propia de educadores, de *conductores de hombres*. Muchos de ellos se recogían a altas horas de la noche y se levantaban ya muy entrado el día teniendo que ir a sus casas a despertarles los oficiales encargados de hacerlos firmar los vales, etc., presentándose los jefes aún en traje de dormir».....

Y había también explotadores con el hambre del soldado y la penuria del fisco: «La mayoría de los jefes disponían de los fondos de las reparticiones a su cargo como de beneficio de hacienda propia; los subalternos se daban cuenta de todas las *combinaciones*, negociados, chanchullos y hasta bajezas de sus jefes por acrecentar, por esos medios, sus rentas. Se defraudaba a la nación no sólo con las llamadas plazas supuestas o pipones, sino que en reparaciones de cuarteles y otros edificios militares, en provisión de equipos, capotas y otras prendas de vestir: se alteraba ya su precio como su cantidad.

El jefe era dueño de vidas y haciendas; los cuarteles eran pequeños feudos y el Gobierno, por compromisos políticos, los entregaba por un tiempo más o menos largo a determinados jefes de los más adeptos. El jefe podía sacar del cuartel a cualquier hora el número de individuos de tropa que él o un amigo o allegado necesitare para tal o cual faena. Así mismo disponía, *ad-libitum* de la banda de músicos..... El primer jefe invadía siempre las atribuciones de sus subalternos y especialmente se convertía en comandante de compañía en lo referente a castigos, permisos o licencias y anticipos de dinero»..... (1)

Con este elemento tenía que mantenerse en íntimo acuerdo el Gobierno, para sostenerse y para sostener las «campañas» electora-

[1] V. ILDEFONSO MENDOZA VERA: *La revolución de Julio y sus actores*, cap. I. Reproducción de "El Telégrafo" de Guayaquil en "El Comercio" de Quito, de 18 de setiembre de 1930; pág. 4.

les. Como el Ministro de Gobierno— que siempre, hasta ahora, en vísperas de elecciones garantiza públicamente la «libertad de sufragio» y niega «terminantemente» la existencia de candidatura oficial alguna, mientras en secreto ordena a los agentes del Ejecutivo de toda la República que llenen las urnas, por los métodos que quieran y que puedan, con papeletas señaladas de antemano,— el Jefe de Estado Mayor publicaba también «su circular», recomendando la abstención militar, en tanto que, en paquetes reservados, hacía llegar a los diversos comandos las cédulas que los soldados debían agotar en la gran farsa. Hubo tiempos en que no se quiso, por consecuencia o por delicadeza, prescindir siquiera de la Escuela Militar, donde tras de enseñar teóricamente una cosa noble se exigía, en seguida, que se practique una cosa indigna... «Una vez— cuenta Mendoza, profesor que fuera de ese colegio,— se me dió la orden terminante de ir con 20 hombres a echar en una urna 500 votos: me negué, y mi negativa me costó 8 días de arresto»....

Estos oficios y contradicciones en el ejército, no dejaban de impresionar vivamente en los hombres nuevos. Había un descontento agudo en la juventud militar. Lo prueban las críticas del comandante Mendoza, críticas que, para 1924, eran ya de un buen número de oficiales diseminados en los diversos cuerpos de ejército del país.

Las conspiraciones

No había transcurrido una semana de la posesión presidencial del doctor Gonzalo S. Córdova, cuando las conspiraciones comenzaron su labor por todos los lados.

Conspiraban los conservadores, defraudados en sus esperanzas de captación del poder con votos escritos; conspiraban los propios liberales ex-amigos de Córdova; conspiraban, desde las esferas mismas del Gobierno, junto a los escritorios ministeriales, los «personajes» que ya se daban cuenta de que el Presidente no tenía fuerzas ni para dar una orden.

La primera en estallar fué la de los conservadores, o sea la del «sijonismo», en el centro y en el norte de la República— conspiración armada y dirigida por bisoños. Hasta el 20 de ese mes de setiembre ya estaba liquidada sangrientamente. Los soldados, con toda disciplina, ayudaron a sostener el orden; pues no les aprovechaba el movimiento de los políticos católicos.

Los urteros que se movían en el corazón del propio gobierno afilaban únicamente sus armas de intriga, y, como conocían el desa-

sosiego ambiente y la antipatía para el régimen, procuraban no perder el contacto ni con el presidente amigo a quien iban a traicionar—y que acaso bien podría imponerse,—ni con los descontentos públicamente rabiosos—que acaso bien podrían triunfar....

Los militares comenzaron su conspiración en seguida. Comenzaron por aquel célebre cuerpo de artillería «Bolívar», que tan intensa actuación política desarrollará después, en los días más agitados de la vida nacional.

Hasta que en una tarde de octubre varios jóvenes oficiales se reunieron en una casa de Quito, para un banquete íntimo. Establecida la confianza y prendido el ardor juvenil procedieron a discutir sobre las grandes cuestiones de la Patria, del ejército, de la democracia y del gobierno que estaba por evaporarse. Acordaron formar una «liga». Esta debía tener, ante todo, una orientación salvadora, no de intereses de grupo, ni de personas, ni de casta. Sus miembros serían preferentemente jóvenes y seleccionados con la mayor sagacidad. El teniente Patiño sacó en seguida una banderita—que fuera obsequiado por su profesor Mendoza en el Colegio Militar,— y ante ella rindieron los asistentes su primer juramento solemne de fidelidad a la «liga».

Y como ésta perseguía finalidades de reconstrucción en lo político, en lo militar, en lo social y en lo económico, convinieron no complicar en ella a personal de aquello que ya iba a denominarse «el antiguo régimen».

Tácitamente se incluyó en el propósito la acción revolucionaria. Y como la revolución, para que tome caracteres profundos, debía ser realizada y sostenida por elementos radicalmente nuevos, sin conexión alguna con los explotadores de la vida nacional hasta esos momentos, parece que llegó a concretarse la prescindencia, para los efectos de la organización de la «liga», así:

- ni conspiradores civiles;
- ni jefes de ciertas fracciones políticas, sean liberales o conservadoras;
- ni francmasones;
- ni coroneles;
- ni generales;
- ni elemento alguno, en suma, de origen militar o civil que, en cualquier escala, tuviese o hubiese tenido vinculaciones con la «vieja política» ...

La propaganda secreta y el proselitismo se expandieron en seguida. Los «viejos», pues, iban a caer de un momento a otro.

Sin embargo, para 1925, o sea para la época del movimiento, ya los conspiradores habían aceptado como sus compañeros a dos

generales—el Inspector General del Ejército y el jefe de Estado Mayor General.—a varios coroneles, a algunos francmasones; y habían participado del proyecto a varios políticos...

Y no habían podido evitar tampoco—debiendo haber evitado necesariamente,—que camaradas indeseables del «antiguo régimen», muy duchos, plegaran rápidamente, al barruntar lo que se avecinaba, a los planes revolucionarios y la juventud, manifestándose, en aquello del descontento, del ideal depurador, moralizador y transformador, más papistas que el papa...

Es verdad que esto causará, en lo posterior, algunas desilusiones y no pocos fracasos. Pero el entusiasmo juvenil no se detiene mucho a considerar la contradicción, y continúa, persistentemente, en su afán: triunfar y acabar con la situación de esos tiempos.

9 de Julio de 1925

En la tarde del 9 de julio de 1925, un desconocido depositaba en las oficinas de telégrafos de Guayaquil el siguiente aviso:

«Señor Mario Salazar.—Quito, carrera Olmedo, número 60.—Van nueve cuadernos.—Juan Castagneto».

Era el aviso convenido de unos conspiradores. Aquel destinatario de la casa número 60 de la calle Olmedo era nada menos que el General Francisco Gómez de la Torre, Inspector General del Ejército y principal parte del Gobierno de la República. Y aquel supuesto dueño de papelería—Castagneto—era la oficialidad conspiradora de la guarnición de Guayaquil, en íntimo acuerdo con el Inspector General del Ejército.

Pocos minutos después, partidas de soldados armados brotaban de los cuarteles y se diseminaban, veloces, por las calles de la ciudad, en busca de las principales autoridades del puerto y de sus propios jefes, para capturarlos, o de las oficinas de comunicaciones, para supervigilarlas o controlarlas.

La «liga» de militares jóvenes producía el movimiento. Para esta época, ya la superioridad militar había también trasladado el cuerpo de artillería «Bolívar» a la plaza de Guayaquil... Y era el Sargento Mayor Idefonso Mendoza Vera, tercera jefe del Batallón Marañón, quien principalmente lo había precipitado, como Presidente de la Junta Militar de Zona, encargado de la dirección del golpe en Guayaquil.

Un episodio—de muy segunda orden en el movimiento mismo, pero de notoriedad para los soldados en rebelión,—se anotó en se-

guida: los oficiales de la artillería «Bolívar» fueron los primeros en lanzarse a la calle—una contra las terminantes órdenes que horas antes diera el Presidente de la Junta Militar de Zona,—dando caza febril a personajes militares o políticos, y constituyeron su cuartel como primer lugar de seguridad para seguir echando ahí a todos cuantos fuesen cayendo en sus manos. Los oficiales de esa unidad demostraron un empeño más sobre la celeridad de sus maniobras: el de que las principales capturas civiles—capturas ordenadas perentoriamente más bien por los conspiradores de la capital de la República, corriesen de su exclusiva cuenta... En algunas de las sesiones secretas, previas a la realización del golpe, uno de ellos había pedido, con exaltada pasión, en nombre suyo y de su batallón, el siguiente «honor»: la captura por él, personalmente, del banquero Francisco Urvina Jado, presa principalísima acordada y pedida desde Quito.

Lo que explicaba que, aun en los momentos mismos del golpe de estado, había ya un sector de conspiradores que se atenía preferentemente a órdenes sigilosas de sus camaradas de Quito, fanatizados con prédicas antibancarias, y que estaban dispuestos a preponderar y sobrepasar, en política persecutoria y revolucionaria, al propio señor Presidente de la Junta Militar de Zona, por si resultase moderado.

Los automóviles, cargados de militares en comisión o cargados de presos, silbaban por las calles, partiendo, ante el pasmo, la sorpresa o el susto de los vecinos de Guayaquil, como flechas o como exhalaciones.

Antes de las 7 de la noche ya no había un jefe de batallón que no hubiera sido puesto—con toda la suavidad, con toda la cortesía y compostura que nunca se observaran en trastada militar alguna,—a buen recaudo por sus propios soldados; y, a eso de las 2 de la madrugada, se completaba la obra con el desfile, entre un largo cordón de guardias y una multitud vociferante y exaltada, de una gran caravana de presos políticos, rumbo al cazatorpedero «Libertador Bolívar», iluminado espléndidamente, anclado en mitad de la ría y bello como para una fiesta.

Otro aviso telegráfico—del mismo *Castagneto* para idéntico *Salazar*, como el primero,—escrito, en plena precipitación febril, en una plaza, a la luz de una bombilla eléctrica y—oh, romántico detalle, no olvidado por el comandante Mendoza!,—«sobre la copa de un sombrero», informaba a Quito el feliz término de la fatigosa y emocionante jornada, con estas frases alegres, intraducibles para otro que no fuera el conspirador de la Inspección General del Ejército: «Hoy, a las cinco y media de la tarde, se firmó la escritura sin mayores contratiempos y con la alegría de toda la familia»...

El centro a donde convergían los entusiastas saludos del trastorno, era, pues, un alto Despacho del Gobierno, comprometido, curiosamente, con capitanes y tenientes, en una aventura de subversión y derrumbamiento militar y político. Debían ser conocidos también por otro alto miembro del Gobierno—el Jefe de Estado Mayor General del Ejército, General Moisés Oliva.

Pero ni el General Gómez de la Torre, que parecía el caudillo secreto y principalísimo del movimiento; ni el General Oliva, que andaba en fútiles tratos con la oficialidad conspiradora desde muchas semanas antes, secundaron pronto ni directamente la actitud de sus camaradas de Guayaquil. El General Gómez de la Torre se limitó a cumplir la obligación de dar a conocer el aviso de Castagneto a cuanto subalterno pudo de la guarnición de Quito, para que corriesen con la aventura. Luego partió hacia la Casa Presidencial, para ofrecer, en la emergencia, al Presidente señor doctor Gonzalo S. Córdova y su Gabinete—que tampoco, según parece, estaba muy convencido de la firmeza de la situación—los servicios que le correspondía como Inspector General... Ahí estaba también el Jefe de Estado Mayor y —curiosa conducta de conspirador,— siempre señalando a su compañero Gómez de la Torre como conjurado, para que lo capturen... y siempre y hasta última hora demoralizando y acobardando, por otro lado, a los conspiradores, para que postergen el golpe... (1).

En Quito quedó, pues, el golpe, a merced de unos pocos entusiastas oficiales de inferior graduación—tenientes, capitanes,—que tuvieron a su cargo la preparación de los batallones de la guarnición dentro de un plazo de tiempo que no llegaba a dos horas.

A las once y media de la noche, con todo, ya una comisión de 8 oficiales, presidida por el Sargento Mayor don Carlos A. Guerrero, ascendía lenta y solemnemente las escaleras de la Casa Presidencial y penetraba en el salón donde el doctor Córdova, con sus ministros, deliberaba—de acuerdo con las últimas sugerencias que acababan de dejar el Jefe de Estado Mayor y el Inspector General del Ejército, al escabullirse minutos antes,—acerca de la forma en que se debía aplastar el movimiento de Guayaquil, ya evidente para ellos, aunque sin detalles, a causa de la interrupción telegráfica.

(1). ILDEFONSO MENDOZA VERA: «La revolución de Julio y sus actores» Cap III. Pub. de 1930.— JUAN IGNACIO PAREJA: «Al margen de la revolución del 9 de Julio», en «El Comercio», de Quito, de 21 de Agosto de 1930, págs. 1—7. MARTENSE: «Los misterios de la vieja política» (declaraciones del doctor Alberto Guerrero Martínez, ex Encargado del Poder Ejecutivo), en «El Día», de Quito, 2 de Mayo de 1926, No. 3 961, pág. 2.

Al ver la comisión de militares, el Presidente y sus ministros se pusieron de pie. Guerrero, entonces, que llevaba preventivamente oculta una pistola, avanzó hasta el centro de la sala, y con voz pausada y enérgica, intimó, inesperadamente, al Mandatario de la República, más o menos de la siguiente manera:

—El Ejército de la República acaba de desconocer su Gobierno, doctor Córdova, y vengo a manifestarle, en nombre de él, que ha cesado usted en sus funciones. . . .

El Presidente—cuya salud era malísima desde muchos meses atrás,—al oír la audacia se dejó caer,—desfallecido y articulando apenas “¡pero, qué traidores!”— en su sillón. Luego hubo un brevísimo instante de silencio mortal, hasta cuando el Ministro de Guerra, sacando su pistola, reaccionó terriblemente iracundo:

—¡Miserables! ¡Traidores! ¡Camallas!

Y rastrilla el arma. Sagazmente, entonces, el Ministro de Gobierno, doctor José Vicente Trujillo, conspirador también hasta las vísperas mismas de ser nombrado Ministro, y que conocía más o menos perfectamente lo que se avecinaba,—le invita a su belicoso colega a la paz; pues los oficiales sacan también sus armas y amenazan con subir a los soldados, que les esperan fuera, y hacer en el salón una *massacre*. . . .

El Gobierno del doctor Córdova cae. El ex-Presidente quedará preso en sus propias habitaciones; y los ministros y demás acompañantes irán, pocas horas después, tranquilamente a sus casas, como si nada les hubiese ocurrido. . . .

La ciudadanía de la capital, nerviosa, asiste, durante toda la noche del 9 y la madrugada del 10, al proceso de esta caída, que no le cuesta una sola gota de sangre al país. . . .

En las primeras horas de la mañana del 10, una comisión de oficiales realiza otra captura—tan importante como la de los gerentes del Banco Comercial y Agrícola de Guayaquil:—la del General Leonidas Plaza Gutiérrez, traído de alguna de sus haciendas, e internado, transitoriamente, en la Legación Argentina, hasta que prepare, con la mayor celeridad, su abandono del país. . . .

Puesta a buen recaudo así, totalmente, la «vieja política», proceden los revolucionarios a organizar el poder. Constituyen una Junta Suprema Militar. Esta, a la vez, acuerda la organización de un gobierno civil, que se denominará Junta de Gobierno Provisional, y que constará de siete miembros: tres representantes de la sierra, tres de la costa y uno del ejército. Los de la sierra y del ejército quedan designados así, en la propia mañana del 10: don Luis N. Dillon, don José Rafael Bustamante, General Moisés Oliva y

General Francisco Gómez de la Torre. Ya vendrán los representantes de la costa.

Al publicarse por bando los primeros nombramientos del heptavirato, oyóse el nombre del General Moisés Oliva, y una pifia inmensa, ensordecedora y colosal brotó, atronadoramente, de las apretadas muchedumbres de la Plaza de la Independencia. Se silvó, se vociferó y se amenazó con insistencia frenética.

Conducta distinta se observó para con el movimiento mismo. Aclamado Dillon, salió éste a uno de los balcones del Palacio de Gobierno y arengó, fogosamente, a las muchedumbres. «Después de la destrucción de una gran farsa—dijo—sólo la Junta Suprema Militar y la Junta de Gobierno Provisional constan como las genuinas representaciones del pueblo y del ejército»

Las muchedumbres explotaron de entusiasmo; le exaltaron a Dillon hasta la locura y le vivaron hasta el vértigo

Parecía encarnar algo profundamente popular Dillon, por lo menos en esos instantes, ahí en Quito y en la sierra. . . .

¿Es que se confiaba que con él triunfaría la revolución?

CAPITULO II

El ambiente para los nuevos
hombres: la prensa
y las masas . . .

El golpe militar del 9 de Julio produjo verdaderos vértigos de entusiasmo y esperanza.

Los satisfechos no eran por cierto, solamente los políticos triunfadores, los enemigos mortales e implacables del cordovismo, por fin caído. Era el país entero, de norte a sur y de oriente a occidente—fenómeno de América no raro, desde luego, porque en ella después de cada convulsión o de cada revuelta afortunada, mueran o no «tiranos», suele verse siempre el principio de una nueva vida, radicalmente transformada y venturosa.

La prensa se apresuró a revelar esta impresión nacional, y al día siguiente circulaban los grandes diarios, no sólo repletos de informaciones detalladas en páginas deferentes, sino con editoriales alentadores y entusiastas. Hasta rotativos que, por antecedentes es-

pecialísimos, no podían alegrarse de la caída ni del señor Francisco Urbina Jado, primer Gerente del Banco Comercial y Agrícola, ni del último Gobierno apoyado por él, hicieron flotar su grímpola en lo más alto del mástil...

Sin embargo, "El Día", de Quito—que representaba la máxima de opinión liberal en la Sierra,—adoptó una posición excepcionalmente dubitativa y de espera ante los nuevos hechos; y fué, así, un interrogante enorme lo que, a guisa de saludo, llenó sus columnas editoriales.

El aplauso era, pues, con esa excepción—que no era, tampoco, una condenación,—casi unánime. En Quito, en Guayaquil, en todas las otras ciudades de la República, y hasta en los pueblos apartados, pequeños y pobres, latió optimista y animadamente el corazón popular.

Era verdad que, en esos tiempos, por todo el mundo recorría una como fiebre revolucionaria; odio a los viejos políticos, rencor incontenible hacia la inutilidad parlamentaria, y un agudo afán de absorción y centralización gubernativas, como medios capitales de eficacia, según se creía. Se propagaba que debía darse término a la farsa electoral, al mito de los valores irremplazables, a la charlatanería de los explotadores de la credulidad democrática. ¡Ah, cómo complacía el golpe de estado! Se aplaudía la aparición de los elementos nuevos de gobierno. Se aceptaban, por enérgicas y por ilegales, las dictaduras. Y se exaltaban el cuartelazo y la preponderancia militar, que despejaban el campo de un modo decisivo y violento.

En 1922 había captado el poder Mussolini en Italia; en 1923, Primo de Rivera en España; en 1924 el General Altamirano en Chile.

Algunos lo creyeron, y lo expresaron, aunque con mucho tino, que los militares del Ecuador habían imitado a sus colegas de Chile. Pero la constitución del Gobierno Plural, con elemento civil de gran prestigio y cierto matiz de gobierno suizo en la alternabilidad de la Presidencia, les disuadieron en seguida; pues los soldados del Ecuador no querían para sí mismos el poder. A tiempo, la publicación de los propósitos de la revolución, dió a saber que los promotores coincidían con viejos anhelos del país, agriado y prevenido, no sólo contra el gobierno «constitucional» último, sino contra toda una época de infelicidad gubernativa y una clase—la plutocrática— que pesaba formidablemente, con sus intereses egoístas, sobre las espaldas del país, desde hacía buen número de años.

Una breve prescindencia de masones, y el rumor de que el movimiento no reconocía el ascendiente de partido político alguno, de los vigentes en el Ecuador, metieron un susto general entre la vieja burocracia y provocaron un respiro de los conservadores, por largo tiempo vencidos y maltrados. El personal de los ministerios su-

frió una conmoción horrorosa, en los primeros momentos, y la Corte Suprema de Justicia, también aterrorizada—pues se llegó a imaginar que la revolución iría hasta las raigambres del podrido régimen judicial ecuatoriano,—suspendió temporalmente sus funciones.

Pero, en tanto, la literatura entusiástica—que culminó en el desborde y en la apología maníptica y sin reservas,—chisporroteaba por aquí y allá, de modo crepitante. Las adhesiones populares, en mítings callejeros y en hojas volantes, surgían por todos los ámbitos de la República.

Para el aprecio del movimiento, hasta se olvidó, entre las gentes ilustradas, el espejismo de las «reivindicaciones» en 100 años agitados de vida nacional. Y así, una de las adhesiones escritas, encabezada nada menos que por los ciudadanos Julio E. Moreno y Luis F. Borja, hablaba del nuevo golpe de estado, cuyos alcances no podían advertirse todavía, como de una grandiosa «obra sin precedentes en nuestra historia»!...

La supremacía militar

Al calor de los explosivos entusiasmos populares—espontáneos o a estímulos políticos,—y de toda esa marea elogiosa de papel impreso, que subía inconteniblemente de hora en hora, se incubó lo que, naturalmente, tenía que incubarse: el envanecimiento de los autores de la transformación.

El providencialismo de los caudillos quedó vencido y relegado. Pero surgió, por impulso de las propias muchedumbres, el providencialismo de los grupos militares.

Estos, en los primeros momentos, se juzgaron, con cierta exclusividad, hábiles para todo: para depurar y orientar la política; para fiscalizar las cuentas; para exigir e imponer la moral; para corregir las costumbres; para catequizar sobre la honradez; para proveer eficientemente los cargos administrativos; para hacer justicia... etc.

Ya no eran los iniciadores de una simple y aplaudida transformación política, sino—y así lo creyeron algunos ingenuos,—los creadores de una nueva existencia nacional.

¡El trabajo formidable que les habían echado encima a los transformadores! Aunque es verdad que ellos mismos, con oportunidad cualquiera, lo proclamaban con arrogantes aires. El 16 de julio, la Junta Suprema Militar tributaba un voto de aplauso a los oficiales Guillermo Burbano, Santiago Duarte, Federico Struve y Luis Sierra Paredes, que se distinguieron por su actividad y decidido in-

terés en la organización del golpe de Quito. Pero, en seguida, se hacía constar que ello era por la brillante actuación en «el memorable 9 de julio, con el fin de reedificar el demolido templo de la sociedad!»...

Esta reedificación exigió el contingente de nutridas comisiones militares: unas, para las tesorerías; otras, para ciertas dependencias del Estado donde existieran especies: algunas, para realizar investigaciones en las bodegas de los políticos caídos, y las demás, para hacer justicia al pueblo....

De las bodegas de la Casa Presidencial—que, por entonces, era el propio edificio del doctor Gonzalo S. Córdova,—sacaron, con gran alharaca, una formidable provisión de champaña y de licores finos que almacenara el Gobierno para uso oficial, en recepciones o, fiestas. «¡Cuánto robo—murmuraban las sorprendidas masas,—cuánto derroche para los *savaos*, cuánta desvergüenza!»

Y revisaron los contratos, «para sorprender los chanchullos ministeriales del cordovismo», y examinaron los internados de establecimientos de educación pública, y exigieron hasta el reintegro del papel que el gobierno constitucional empleara en sus hebdomarios periodísticos de defensa o ataque y no dejaron una sola sospecha o acusación—bien o mal traídas—sin tratar de confirmar....

Mucha reputación quedó en andrajos. Si en algo lógicamente en lo demás sin merecerlo.

Y establecieron los «Tribunales de Justicia Popular». Estos estaban presididos por un sargento mayor, un capitán o un teniente. Ahí acudían los acreedores, los estropeados, los defraudados, las vírgenes malogradas y las esposas en abandono, a poner su queja. El tribunal oía, practicaba una diligencia sumarísima y administraba la «justicia» en un abrir y cerrar de ojos...

En grandes porciones, naturalmente, la gente fué a parar en la cárcel; pues los bribones surgieron en abundancia increíble!...

Hasta que en Manabí causó y fastidió el novísimo sistema judicial, y hubo levantamientos y protestas.

Y como las demandas de justicia, y la acusación vengativa y la delación calumniosa, tomaban un incremento alarmante en toda la República, hasta hacer imposible la atención de los «tribunales», tuvieron éstos que retirarse con toda prudencia.

Esos pequeños fracasos no constituyeron, desde luego, un antecedente para que los autores de la transformación no sigan controlando, de modo absoluto, la dirección política del país.

Su intervención continuaba siendo decisiva, para demoler o para sostener. Quien fué Secretario General de la primera Junta de Gobierno, lo atestiguó, oficialmente, poco tiempo después: «Por fuerza

de las circunstancias, en los primeros meses de la Revolución, la ingerencia militar en todos los órdenes se reciente de alguna preponderancia, y desviaciones y extralimitaciones llegan a determinar cierta corriente adversa en la opinión pública". . . . (1)

Y tanto era el poder de la intervención militar, que, hasta en ramos tan lejanos a su competencia como en educación pública, si no se contaba previamente con su indiferencia o asentimiento no se podía siquiera remover un funcionario. Así, algunos listos del "antiguo régimen", gracias a la amistad o parentesco de un teniente, lograron salvarse en medio de la general catástrofe. Como, gracias a la recomendación de un capitán o un comandante, se trastornó no pocas veces, la escala jerárquica de los valores de la docencia nacional, y se realizaron las más sorprendidas improvisaciones, a pretexto de juventud, o a pretexto de nada.

Y esta supremacía militar durará algunos meses. . . . hasta cuando los políticos llamados por ella misma al poder se encargarán de darle la batalla, en una forma inesperada, como se verá después

La primera Junta de Gobierno Provisional

El Gobierno plural acordado por los dirigentes militares, tardó algunos días en constituirse.

Durante ocho días no existieron sino la Junta Militar de Guayaquil, la Junta Suprema Militar de Quito y los cuatro vocales tres en representación de la sierra y uno por el ejército—como gobierno del país. Entre los militares de Guayaquil y de Quito comenzaron a polemizar ya, con algún secreto, sin dejar de influir por cierto, decisivamente, en sus zonas respectivas, sobre asuntos de administración y de política y hasta sobre empleillos.

Para la constitución del Gobierno plural, los jóvenes de la «liga militar» residentes en Quito habían coincidido, con alguna anterioridad, en los nombramientos que debían hacerse. Por eso, a partir mismo de la madrugada del 10, ya se contaba con el concurso de los señores Dillon, Bustamante, Generales Oliva y Gómez de la Torre, en las carteras de Hacienda, Relaciones Exteriores, Obras Públicas y Guerra y Marina, en el orden indicado.

Pero en Guayaquil, el comandante Mendoza y sus compañeros no habían pensado en el personal costeño que debía integrar la Jun-

(1) JULIO E. MORENO: "Informe del Ministerio de lo Interior a la Nación", 1926-1928, pág. 18

ta de Gobierno. Hubo que buscarlo. Y el «pueblo» debía ayudar en el empeño.....

Se llamó, pues, a la ciudadanía para que elija, en una como asamblea popular.

Esto era ya cristalizar en hecho el viejo ideal democrático de los hombres buenos del Ecuador: ensayar, por fin, una elección plenamente popular, sin influencias plutocráticas ni gubernativas, libre y sin caudillos....

En la tarde del día 10 se reunía, en efecto, en el salón de actos del colegio «Vicente Rocafuerte», presidida por la Junta Militar del Guayas, gran muchedumbre.

Mendoza pronunció un discurso, exponiendo propósitos de la revolución. Luego invitó al pueblo de Guayaquil, ahí congregado, para que, en el acto, nombre su delegación en el gobierno.

Y aquí ocurrió lo inesperado. Personajes invitados y pueblo lintruso quedaron perplejos. Era difícil, en verdad, improvisar candidaturas así, tan intempestivamente, como querían los jóvenes militares!

Nada de políticos militantes ni de caudillos, habían recomendado los revolucionarios. Nada de banqueros también. Pero en el ambiente no había otra cosa y, tras de unos minutos de sorprendente silencio, alguien lanzó el grito inevitable: «Viva Federico Intriago!»

Los intriguistas llenaron en seguida el espacio con aplausos frenéticos. Pero la Junta Militar no se emocionó en lo más mínimo. Pareció como si no se hubiese nombrado nada.

Entonces un empleado del Banco del Ecuador—institución que se la suponía alegre por la negra perspectiva que se le ofrecía a su rival, el Comercial y Agrícola,—insinuó, con todo valor: «Pues será don Eduardo Game!»

—¡Nada de banqueros ni de especuladores de la plutocracia!, gritó un bolchevique

Y unos cuantos ojos de la Junta Militar se volvieron un poco, en esta vez, para aprobarle, furtivamente, al bolchevique.

Sí, nada de políticos militantes ni de banqueros! Pero en esos instantes la Asamblea popular no atinaba con la existencia en la ciudad de un hombre de gran fibra cívica que no fuese, lógicamente, un beligerante político, ni con la de un gran ciudadano que, sin ser un político, se sienta un antibanquista por excelencia.

En Guayaquil, por lo menos en esas agitadas horas de 1925, era demasiado problemático, demasiado complicado el pedido de los militares. Antibanquistas en la ciudad no se encontrarían sino entre el populacho, entre el pobre populacho del 15 de noviembre... Pero entre los «notables», entre los prestigios clásicos, imposible.

—¡Pues que elija la Junta Militar! opinó un grupo como respirando ante una solución salvadora.

Y fracasado el ensayo de elección popular—«libre, sin imposiciones, sin intereses creados y fuera de las nefastas influencias de banderías o de oligarquías»...—se disolvió, tristemente, la Asamblea Popular o el «Cabildo abierto», como denominó entonces un periódico de la localidad a ese motín.

Se puso la Junta a buscar el personal representativo por su cuenta. Propuso a diversos ciudadanos. Y uno a uno—¡quien lo habría creído, tratándose de «ilustres patricios»!—éstos iban excusándose. Algunos plantearon, como condición previa a la aceptación, la libertad de don Francisco Urbina Jado. Otros, hasta pidieron unas horas de plazo para la respuesta, hasta oírle en su prisión del cazatorpedero «Libertador Bolívar» las opiniones al respetado financiero....

Por fin, tras intensa labor, dieron los militares con tres hombres de arrestos: los doctores Francisco J. Boloña y Francisco Arfzaga Luque y don Pedro Pablo Garaicoa.

Era la representación de la costa. El 17 de julio pudo, al fin iniciar sus labores la Junta de Gobierno Provisional, ya completa. Para este tiempo, el General Moisés Oliva había encontrado un pretexto para despedirse sin mucho desaire; completándose el personal, por lo demás, con el señor Modesto Larrea Jijón, vocal encargado del Ministerio de Gobierno.

Se habían creado dos ministerios: el de Previsión Social y el de Obras Públicas. Estos y el de Instrucción Pública tomó la representación costera.

Pero todos ellos, dados los antecedentes de la revolución, vinieron a constituir apenas simples departamentos de lujo de la administración; mientras todo el esfuerzo mental y la gran tensión nerviosa de los siete miembros del Gobierno tenían que converger a lo capital: la «regeneración económica del país», el ordenamiento—previo a todo—de la Hacienda Pública.

Esta era, por otra parte, la tarea inicial y por excelencia, del vocal don Luis N. Dillon, la figura central del movimiento antibancario.

El Ministro Dillon

Había el señor Dillon tomado su ministerio casi desde los momentos mismos en que caía el gobierno del doctor Córdova. Por indicación suya, una guardia militar se posesionó de las dependen-

cias del Ministerio de Hacienda en la madrugada del 10, con la consigna de no dejar entrar una mosca, de no permitir la salida de un bicho, de no dejar escapar un papelito.

¡Quería sorprender al señor Fraude y a la señora Inepcia con las manos en la masa!

¡Y extraño caso! Con lo que se encontró fué, en primer término, con algo sorpresivo: el ministro Vázquez Bueno también se preocupara intensamente con la situación económica del país, y, precisamente en la tarde del 9 de julio, había despachado sendas circulares a todas las instituciones bancarias—inclusive a la Sociedad de Crédito Internacional, cuyo gerente era el señor Dillon,—e industriales y comerciales del país, invitándoles a una *conferencia*, para tratar, concretamente, sobre los siguientes puntos: 1) saneamiento de la moneda; 2) regularización del cambio; 3) protección agrícola; 4) desarrollo industrial, y «en general todos los diferentes asuntos que afectan a la actual situación pecuniaria de la nación y cuantos fueren propuestos por los miembros de la conferencia en relación con el incremento de la riqueza pública y privada»...

Y decía el ministro: «Al invitarles, el Gobierno contrae, ante ustedes y ante el país, el compromiso formal de cumplir fielmente todas las decisiones a que se llegaren»...

Esta conferencia de banqueros no era el remedio que estaba en la mente del señor Dillon para aplicar a los quebrantos del país. Los banqueros no harían sino defender sus intereses.

Todo lo expurgó y examinó, con febril anhelo, Luis N. Dillon. Una enorme porción de empleados del Ministerio de Hacienda le pareció cómplice o inútil y la despidió, catastróficamente.

Estraba y salía como un huracán, rechazando toda tentativa de acercamiento adulador, hasta inspirar espanto en palanqueros e informantes nocivos. Encerrándose en el despacho, desde muy por la mañana trabajaba con un empeño loco, revisando febrilmente legajos y anotando cifras y dictando proyectos.

Parecía poseído de una cólera permanente, estado de ánimo a que, por otra parte, no era extraña una enfermedad del estómago, que ya le corroía.

Y tenía una obsesión: las «medidas radicales», aplicadas a todo con ímpetu.

Cuando se reunió por primera vez la Junta de Gobierno Provisional, el 17 de julio, ésta tuvo que oírle y discutirle durante seis horas seguidas, de 3 a 9 p. m., y aprobarle, sin mucha retórica, tres o cuatro decretos «urgentísimos»:

el que creaba una Comisión Fiscalizadora de Bancos y de dependencias que manejan rentas del estado;

el que ordenaba la inmediata revisión de contratos del Fisco y de las Municipalidades de la República;

el que regulaba la negociación de giros internacionales; etc.

Con tales decretos, mucha gente—por fortuna, inútil en mayoría,—quedó fuera de la administración, inclusive un *consultor técnico*, norteamericano, Mr. Hord, que contratara el antiguo régimen «para el arreglo de las finanzas del país, la reorganización de la Hacienda Pública»... (Hord, por cierto, apenas había podido atreverse a aconsejar unos cuantos impuestos).

En los primeros días del nuevo gobierno, la obra fiscalizadora y demolidora de Dillon se imponía de modo absoluto.

Los compañeros de la Junta se limitaban a aprobarle o a discutir brevemente detalles. Los militares andaban regocijados. Y la prensa amiga de don Francisco Urbina, reaccionaba apenas en su favor, pidiendo—con cultas frases, desde luego, y limando mucho los términos,—que se le ponga en libertad, considerando «la eminencia de sus servicios al país»...

Incienso y mirra . . .

Todo parecía facilitar la obra de demolición y reconstrucción de la Junta de Gobierno.

Había la elocuencia que prestan los grandes odios políticos y la que da una grande y encendida esperanza.

Las masas proletarias se agruparon en torno de los nuevos hombres, para protestar, para denunciar o para pedir.

El obrerismo agrícola de la sierra, indios y mestizos, cuyos reclamos, principalmente en la administración del señor doctor José Luis Tamayo, fueran resueltos a balazos, en horribles *massacres*, pidieron y obtuvieron alguna atención a sus problemas con los grandes propietarios, como en la zona de Changalá. Poblaciones íntegras de la costa, como General Elízalde, Naranjito, Durán y Milagro, que se desarrollarían en latifundios pudieron pedir la nacionalización y la expropiación de los territorios que habían ocupado.

En Quito, los maestros de la escuela primaria, en los días mismos en que se constituía la Junta de Gobierno, formaban una «*Liga del Preceptorado Nacional del Ecuador*», para sus luchas reivindicatorias y la presentación solemne de un pliego de «aspiraciones» —que 1933 encontrará, por cierto, casi totalmente cumplidas y bastante superadas: representación funcional en el Congreso; precepto constitucional que garantice el incremento de los fondos destinados a la enseñanza pública; ley de escalafón profesional; creación de un

departamento técnico en el Ministerio para la orientación y organización de la enseñanza común; publicación de una revista oficial de cuestiones pedagógicas, aumento de asignaciones para los trabajadores de la enseñanza, en relación con el costo de la vida en las diferentes regiones, etc., etc.

Pero era verdad que el momento no sólo alentaba los anhelos de justicia, la sed de progreso o de reivindicación.

Se mostraba propicio también para la indisciplina, confundida con la iconoclastia mental; para la insurgencia y la intriga, a la vez que para las demostraciones de increíble adulación y para el calco.

Todo se elogió e imitó, con frenesí, de la transformación política. Desde la forma plural de los directorios, hasta la «liga». Desde la apología irrestricta de la «juventud», cualquiera que ésta fuese, y la condeñación inexorable a los «fósiles», hasta la indisciplina y el golpe sorpresivo sobre todo cuanto estuviese constituido.

En Guayaquil se fundó, el 23 de setiembre de 1925, la Sociedad General de Empleados, como resultado de uno como golpe de estado contra la «Asociación» de esa ciudad. La forma plural de su directorio consistió en la designación de nueve u once miembros que debían alternarse, semanal o mensualmente, en el ejercicio de la presidencia. . . .

En colegios y universidades y hasta en los institutos normales hubo revueltas, griteríos del alumnado y deposiciones fulminantes de profesores o rectores. El «Vicente Rocafuerte» y la Universidad de Guayaquil pasaron días tan agitados y terribles, que su clausura temporal tuvo que imponerse como una necesidad de orden público. Y en el Normal de Señoritas «Mannela Cañizares», las alumnas echaban—con la complicidad, naturalmente, de grupos parciales de profesorado,—afuera a las directoras, una tras de otra. . .

En la noche del 28 de julio, la «juventud de Quito», que no era sino una desconcertante coalición de elemento diverso—académicos, escritores, periodistas, terratenientes, banqueros, liberales, conservadores, pretenciosos *pelucones* y representantes de la *crème* capitalina,—daba, a la Junta Suprema Militar y a la Junta Provisional de Gobierno, uno de los banquetes más regios y más opíparos de que puede haber memoria en los anales de la gastronomía ecuatoriana.

Por cierto, muchos de esos «pelucones» y prominentes miembros de los más diversos y antagónicos sectores gremiales, ya aprovechaban la ocasión para «darse a conocer», para recomendarse como hombres útiles ante los novísimos dueños de la situación. El servilismo de «aristócratas»,—que es siempre un servilismo peligroso, por lo que tiene de circunstancial, de farisaico y de felón,—se rendía para

defender posiciones y privilegios económicos, o para conseguir todo cuanto diese aquella vaca lechera que es, para esa clase parasitaria y succionante, la Cancillería, con sus cargos en el extranjero.

En Guayaquil, el incienso era más bien popular. Es verdad que cuando, al destacar de su seno el Gobierno Provisional una respetable comisión para que auscultara la ciudad y resolviera algunas de sus complicaciones en la Universidad y en el sublevado colegio Vicente Rocafuerte, na fué la *élite* extraña al entusiasmo y a la deferencia hacia esa comisión. Pero esa *élite* bien pronto personalizará su actuación, haciendo toda la abstracción posible del movimiento; pues su verdadera posición ante éste no puede ser sino de una simple expectatativa.

Lo que persistía era el incienso de las masas. Subía como un vaho, desde el fondo del proletariado, atacado de los ímpetus de una fe tropical que daba vértigos.

Todos querían y anhelaban conocer y tratar o pedir justicia al Comandante Mendoza. A las redacciones de los diarios llegaban sfutesis biográficas, anécdotas y referencias del Comandante Mendoza.

Las sociedades obreras, las escuelas públicas le recibían como a un Mesías prometido. El atendió, naturalmente, los primeros homenajes. Pero al complicarse la acción gubernativa —pues, como se anotó ya, entre la Junta Suprema Militar de Quito y la Junta Militar de Guayaquil y luego, entre esta última y la Junta de Gobierno Provisional, no duró mucho tiempo la armonía en cuanto a opiniones y actos,— el Comandante Mendoza pareció zahareño.

Aclamábasele, insistentemente, las muchedumbres. La vanidad, así, podía satisfacerse. Pero esto no era lo capital y, por otra parte, los excesivos entusiasmos populares, como los excesivos odios, siempre entrañan complicaciones.

Mendoza se encerró. Buscó un salón casi inaccesible en la Jefatura Militar de Zona, y puso guardias en las puertas. ¡Cuán difícil resultó, entonces, obtener el honor de unos minutos de audiencia del ilustre Comandante!

«El Guante» mereció por aquellos días una entrevista. Al publicarse los sensacionalísimos detalles del reportaje, el cronista, pícaramente, comenzaba así su trabajo: «Se ha dicho del Comandante Mendoza que es el Lenine, que es el Trotsky del Ecuador . . .»

Pero el Lenine de esos días —inaccesible, recóndito, misterioso,— no quería o no podía ser, con todo, un conductor enérgico, un dictador.

Se decía que la guarnición íntegra de Guayaquil, lo acataba —excepción de la Artillería Bolívar, sobre la que se sospechaba, y a la que siempre habrá que extirpar, con cualquier pretexto,— y que

el pueblo lo adoraba. ¿Cómo, pues, no alzarse, de una vez, con el poder, para "salvar el país", de acuerdo con los grandes planes que él tenía en la cabeza?....

Comienza la batalla:

Banco Central;

Derechos consulares. . . .

Pero la atención sobre el desarrollo que tomaba la obra del Ministro Dillon en el seno de la Junta de Gobierno tuvo que intensificarse ya desde agosto.

Leyes y decretos iban pasando rápidamente. De una plumada se arrebató la administración de los estancos de aguardientes y tabacos de poder de empresas explotadoras particulares; pues se alegó que estas empresas, —y en la costa, la Compañía Cesionaria de Estancos del Litoral, cuya gerencia corría a cargo del señor don Juan de Dios Martínez Mera, — habían extinguido, por codicia o por crueldad, toda posibilidad de bienestar de los pequeños agricultores, restringiendo o anulando los cultivos de caña y tabaco, arruinando un sinnúmero de industriales pobres, y conculcando garantías constitucionales con la más cínica impunidad.

Además se calculó la enormidad que el Fisco perdía, por no administrar directamente, pues lo que las empresas abonaban por el año apenas ascendía a \$ 2'783.333,33; cuando bien podía obtenerse, como renglón líquido de ingresos, unos \$ 10'000.000,00. (En el año de 1926 se obtuvieron, en efecto, 11'500.000, deducidas hasta las gratificaciones). . . .

Podía ser esa liquidación de compañías cesionarias una maravilla para el Fisco. Pero los «empresarios» no perdonaron nunca ese golpe de la revolución.

Luego vino la "Ley de Impuestos Internos", que afectaba mayormente a los grandes terratenientes del litoral, pues el impuesto establecíase progresivamente y previo un nuevo avalúo «científico», tomando en cuenta, ante todo, la producción.

Esto se consideró «regionalista»; pues, que los sembríos serranos—maíz, papas—valían muchísimo menos que los cacaotales, la caña de azúcar, el café y el algodón.

Aún advinieron, con otras leyes y decretos —como la centralización absoluta de rentas, que daba un golpe mortal a juntas, colectores y tesoreros especiales,—la ley de Derechos Consulares y el decreto de alza de esos derechos— que debían pagarse *ad-valorem*, el 20% y en moneda del país de origen de la mercadería. . . .

Los avisados comprendieron la intención; pues con los fondos en oro, cobrados, judaicamente, por los cónsules, se trataba nada menos que de acumular reservas para ayuda del Banco Central.

¡El Banco Central! Era la obsesión pertinaz de la Junta de Gobierno y era, a la vez, un escándalo y un motivo de alarma para ciertos bancos de emisión, no sólo de Guayaquil sino también de Quito, sobre los cuales la Junta ya comenzara a fijar gruesas multas por emisiones fraudulentas. Sobre el Banco Pichincha — que dió la gran batalla en su defensa con nutridos alegatos jurídicos que absorbían, vorazmente, columnas íntegras de los diarios de la capital,—recaió, de repente, la multa de \$ 55.276,50, correspondiente a la décima parte del medio millón y pico de billetes no autorizados.

Y el 3 de septiembre, don Luis N. Dillon presentaba contra el Banco Comercial y Agrícola un informe horroroso, sobre su estado de «quiebra» y sus «fraudes increíbles» —entre los que se señalaba la célebre partida de «gastos generales» en la contabilidad del banco (cerca de \$ 200.000), partida que se la suponía destinada al cohecho y a la cotización de miembros del gobierno y de los congresos del antiguo régimen, para sostener las situaciones que favorecían y garantizaban las poderosas especulaciones del Comercial y Agrícola. Dillon señaló hasta los sueldos y primas fabulosas de los gerentes; pues don Francisco Urbina Jado —cuyo sueldo mensual era ya de \$ 8.000,—y don Rogelio Benítez Icaza, habían llegado a percibir, sólo como gratificaciones de fin de año, \$ 192.000 y \$ 144.000, respectivamente!...

Era que las ganancias del Comercial y Agrícola sólo se podían concebir entre las maravillas de un cuento de hadas. La Junta de Gobierno lo sometió a una expurgación pavorosa:

debía pagar el banco \$ 2'200.157,10, por sus transgresiones;

debía reintegrar \$ 754.645,89, por impuestos no abonados al Fisco, desde luengos años atrás;

debía renunciar, para siempre, la pretensión de cobrar intereses al gobierno sobre préstamos realizados en billetes sin respaldo;

debía, según el consejo rotundo de Dillon, liquidarse en el acto, dejando expedito el camino para la fundación del Banco Central —cuyas principales condiciones viniera estudiando el Ministro de Hacienda desde mediados de julio; y,

debía, al fin, aceptar «la responsabilidad civil y criminal de los gerentes y administradores, así como de los Ministros de Hacienda otros funcionarios que hubiesen autorizado las emisiones ilegales»... (1)

(1) LUIS N. DILLON: «La crisis económico-financiera del Ecuador», Feb. de 1927, pág. 249.

El Banco Comercial y Agrícola, con todos sus elementos de ataque y defensa, y cuantos se sintieron amenazados con la nueva ley, se aprestaron, pues, a la gran batalla.

“Frente a frente” . . .

Crugió todo el andamiaje de la política: ahora sí se desenmascararon los hombres: se evaporó el entusiasmo unánime, y cierta prensa hasta perdió el respeto inicial y el miedo a los soldados.

¡Ah, el Banco Comercial y Agrícola no estaba sólo en la arena! Le pertenecía casi medio país; pues sus billetes—como préstamo, como generosidad o como paga,—se habían filtrado por todos los centros vitales de la nación: por poderosas empresas industriales, por almacenes, por bancos, por haciendas, por fábricas, por sociedades obreras y por clubs sociales y hasta por grupitos políticos y empresas periodísticas . . .

El señor don Francisco Urbina Jado—gerente de banco desde 1902, no descollara sólo como un financiero de fuerza, sino también como un político vivaz y cauteloso. Había querido que su institución asumiera y controlara todas las fuerzas económicas y políticas del Ecuador, sin vacilar ante los medios, sean los que fuesen. Lo había logrado durante mucho tiempo, cerca de 15 años . . .

Las simples fuerzas políticas de la oposición no se le habrían enfrentado abiertamente; pero la revolución militar ofrecía un campo de batalla inesperado. Había, sin embargo, que luchar con todas las armas. Debían de luchar sus compañeros, sus amigos, todos cuantos hubieran dependido de su poder.

Es verdad que don Francisco Urbina Jado se encontraba preso y estrechamente vigilado en el crucero «Cotopaxi». Pero esto, en vez de constituir un obstáculo, constituía más bien otro pretexto para la batalla: se invocaría, como acto de aprecio y respeto para Guayaquil, su libertad.

Se propagó que la fundación del Banco Central tendría que realizarse con la destrucción y la amputación de todas las arterias económicas de la costa y con la ruina de la ciudad. Se insistió—procurando levantar por todos los medios la prevención contra la sierra,—en que la sede de ese Banco Central no iba a ser Guayaquil, sino la Capital de la República—¡cosa monstruosa y nunca vista!—y que por lo mismo el oro «de la costa» iban a cargarse los serranos . . . Y al fin que «Dillon encarnaba el odio a Guayaquil», y que sus proyectos «no tenían sino a anonadarla y hundirla» . . .

No era que el Banco Comercial y Agrícola significase en esos momentos ya un grave peligro para la economía nacional sino que el «regionalismo serrano» quería su desgracia...

Un incidente vino a poner de relieve esa táctica insidiosa.

Y era que, a mediados de septiembre, la Junta Militar de Guayaquil y el Gobierno Provisional de Quito acordaron que el Ministro de Hacienda, como paso previo a la creación del Banco Central, se trasladase a Guayaquil, para que ahí advierta personalmente la situación política y económica y llegase con los banqueros costeños—cuyas instituciones debían ser principales accionistas del nuevo organismo,—a un entendimiento amigable.

Dillon llegó a Guayaquil el 15 de ese mes.

Un ambiente de encendido rencor y de envenenada hostilidad se le había preparado. «El Guante», económicamente, se debía al Comercial y Agrícola.

El saludo editorial de este periódico se titulaba así: «Frente a frente», es decir, Dillon y la «ciudad».

Sin embargo, no pudo ocultar en el texto, lo esencial del estímulo para el combate: el deseo de servir a la institución bancaria que le había apoyado y a su gran hombre todavía incomunicado en el crucero «Cotopaxi», íntimamente identificándolos y ligándolos, y sincronizándolos adrede, con el ritmo vital de la región.

«Si con ánimo sereno viene—decía dicho editorial, muy célebre, por lo demás, en los anales del periodismo guayaquileño,—si con ánimo sereno viene, la libertad de su víctima será la primera manifestación de respeto a Guayaquil, la ciudad sin afrenta»...

Conmovió a la ciudad el saludo, y agradó a los sectores interesados, comidos ya de agudo empeño ultrajante para la sierra. Pero las muchedumbres y los soldados lo leyeron con odio, conceptuándolo criminalmente ofensivo y dañoso para el resto del país.

Las masas—de aquellas que fueran asesinadas el 15 de noviembre de 1922, a insistente clamor precisamente de especuladores y judíos,—no podían concebir que el señor Urbina Jado y su banco constituyesen una enseña sagrada, el símbolo de todo un pueblo, o de una ciudad, en que no sólo moraban, ciertamente, prestanistas o traficantes, sino también—y en mayor número,—inmensas multitudes desvinculadas de toda fortuna, y miles de hombres sin «interés»...

La «Confederación Obrera del Guayas» y otras asociaciones menores, declararon el *boycot* del diario. Y en el mismo día del aparecimiento del editorial, muy por la mañana, se presentaba en la Dirección de «El Guante» una comisión de tenientes y capitanes

para expresar sus sentimientos por los nuevos rumbos que iba tomando el diario—defensor antes de los derechos y de los intereses de la nación,—y por lo que el ejército tendría que hacer con él, tomando medidas que las circunstancias perentoriamente exigían...

Al día siguiente, en las mismas columnas editoriales en que se publicara «Frente a frente», apareció una explicación precisa de la verdadera intención del periódico, que no era señalar a las otras ciudades del Ecuador como «con afrenta». Pero desde ese momento la inminencia de clausura del periódico, por los militares, quedó ya transparente.

Por su parte, Luis N. Dillon—recibido por lo demás de la prensa guayaquileña con alguna cortesía,—no tomó revancha alguna. Hizo declaraciones cordiales; no aprovechó de la adhesión y la solidaridad de los batallones para tomar medidas de violencia que se esperaban y que hasta se justificaban, y a los banqueros trató con amabilidad—con una amabilidad que no era la habitual en el impetuoso ministro,—y acordó con ellos la organización del Banco Central; aunque sin dejar de comprender, un instante, que actuaba y hablaba en un ambiente de inseguridad y de cóleras.

Dillon estuvo más de un mes en Guayaquil, o sea hasta fines de octubre, discutiendo. Los representantes de los bancos asistían a las conferencias de muy mala gana y, en cada vez, en menor número. Hasta que en una tarde no asomaron por ahí sino unos dos, y el vacío le hizo comprender al ministro que debía marcharse, fracasado.

En Quito la Junta de Gobierno había cambiado muchísimo en opiniones y en ímpetus. Hasta los soldados parecían vacilar, creyendo ya impracticable el Banco Central, dada la formidable resistencia.

Dillon, cargado de indignaciones tormentosas, planteó, entonces, dilemas rotundos. El Banco Central o el ruidoso fracaso de la Junta de Gobierno. Las medidas radicales o la inutilidad de la revolución.

Fue un tónico. El Gobierno volvió a la carga. Y las fuerzas reaccionarias, también.

Sucesos periodísticos y políticos

Desde fines de octubre comenzaron a contarse, en la prensa y en la política, los días febricitantes y ásperos.

Se dijo, primero, que el Gobierno Provisional y los militares clausurarían los diarios «banquistas» o que, sistemáticamente, por pasión regionalista se opusiesen al establecimiento del Banco Central.

Y como confirmando estos rumores, el Gobernador del Guayas, de repente, dirigió a los periódicos una circular enérgica, pidiéndoles su abstención en las discusiones sobre ese banco. Los periódicos reaccionaron en seguida; aunque fuera verdad que esa actitud legítima, como protesta ante una restricción irrazonada de la libertad de pensamiento, venía a constituir una barricada más, explotable por los enfurecidos «intereses» en campaña.

Aun no se había aplicado ninguna medida dictatorial, cuando «El Guante», en su edición del 30 ya trafa dos columnas editoriales en blanco, bajo el título de «El Banco Central y sus aspectos».

El 31 los periódicos de la ciudad acordaron clausurarse voluntariamente, hasta cuando se restablezcan las libertades, tan seriamente amenazadas. . .

En efecto, el 1 de noviembre la ciudad no tenía un diario que leer; pero en esa misma noche los directores y gerentes de los periódicos de Guayaquil—reunidos amigablemente en el salón principal de «El Guante»,—eran gratamente sorprendidos con la visita del Intendente de Policía teniente Virgilio Guerrero, que, «en nombre suyo y del comandante Mendoza, Jefe Militar de Zona», venía a saludarles y garantizarles la libertad irrestricta; pues el señor Gobernador no había obrado propiamente de acuerdo con ellos, los militares. . .

Triunfaron los periódicos. Al día siguiente, en conmemoración del suceso publicóse una edición conjunta, a razón de una página por cada uno, de «El Telégrafo», «El Universo», «La Prensa», «La Opinión Pública», «El Intransigente», «La Idea», «El Herald» y «El Guante».

Periodísticamente, con esta publicación y con el banquete que siguió a ella, pudo haberse dado por terminado el incidente. Pero, en la política, tuvo sus repercusiones; pues, para el Gobierno Provisional de Quito, la actitud del Jefe Militar de Zona—dictando contraórdenes o poniendo veto a disposiciones gubernativas,—no estaba muy clara.

Pedidos de constitucionalidad;
relaciones con Colombia;
“federación económica” . . .

A tiempo, otras atenciones absorbían a la Junta de Gobierno. En Quito y en Guayaquil principió a hablarse, con excesiva esperanza, de «próxima Asamblea Constituyente», y a plantear reformas jurídicas.

Se había creado una Comisión Revisora de la Constitución y Leyes de la República, presidida por el ex presidente Baquerizo

Moreno, e integrada con elementos políticos de valer: el doctor Rafael M. Artzaga, don J. Federico Intriago, Dr. Homero Viteri Lafrontera y Dr. Manuel Cabeza de Vaca.

Este personal trabajaba entusiastamente, cotejando leyes extranjeras y analizando las leyes fundamentales propias, que el Ecuador se diera, nutridamente, en su azarosa vida republicana.

Hasta se llegaron a diseñar proyectos de Constitución que la supuesta "próxima Asamblea" aprobaría; pero que las realidades y aventuras políticas del momento arrinconarían más bien, inexorablemente, al cesto de papeles sin pronta utilidad.

Y al mismo tiempo, surgía otra preocupación, inesperada y grave: las relaciones con Colombia, en inminencia de romperse.

Y es que, por esos mismos días de noviembre, en el Congreso de Colombia, se daban las últimas lecturas del Tratado Salomón-Lozano sobre límites entre ese país y el Perú, celebrado a espaldas del Ecuador, el 24 de marzo de 1922.

La Cancillería del Ecuador, atenta a sus intereses por el Putumayo y en el Amazonas—no previstos en aquel tratado,—pidió explicaciones y datos al Gobierno de Colombia. Este se negó orgullosamente a darlos, por una parte, y el Ministro Escallón, en Quito, por otra, con chocarrera jactancia, daba muestras de menosprecio al Ecuador.

La ruptura, por lo menos, de las relaciones diplomáticas, vendrá, pues, como consecuencia inevitable.

Y era con esto que se entretenía la atención del Gobierno y de medio país, en los mismos días en que un grupo de banqueros atizaba el incendio de la oposición en Guayaquil y resucitaba, en su beneficio, la antigua idea federalista. Por su lado se propugnaba la «federación económica», como una aspiración de primer término. Y por otro, manos ocultas de políticos que no querían desembozarse demasiado, entregaban a jóvenes escribientes o reporteros, para la propaganda, programas y planes de autonomía y desvinculación, y algunos poetastros echaban a la calle canciones denigrantes tanto para la sierra como para el proyecto de Banco Central, complicándolos, como si en la sierra no se demostraran también idénticas fuerzas económicas en un idéntico empeño de oposición y de campaña para esa institución.

La "guardia cívica"

En una mañana de noviembre de ese memorable año de 1925, el mendocismo, guayaquileño—porque ya desde entonces había men-

docismo,—despertó sobresaltado con una grave y espeluznante noticia, que traían, en gruesos caracteres, los diarios.

Se trataba nada menos que del asesinato del ídolo; es decir, de un asesinato que iba a realizarse; pero que, felizmente, fuera descubierto a tiempo.

Los conspiradores contra la vida de Mendoza no estaban, por cierto, ni entre los banqueros y periodistas—sus amigos—ni entre las muchedumbres trabajadoras—su feligresía.

Estaban, ¡quién lo hubiera creído!, entre los soldados de su propio batallón—del batallón que, por seguirle ciegamente a él en la aventura de la tarde del 9 de julio, le desobedeciera, en sus propias barbas, al querido y admirado primer Jefe, coronel Enrique Rivadeneira!

Afortunadamente, Mendoza salvó de la acechanza; y, pocos minutos después de descubierta ésta, se presentaba ante el batallón íntegro, formado en el patio del cuartel para decirles a los «traidores» que él estaba ahí, listo, para morir en ese mismo rato . . .

La tropa se quedó atónita y patidifusa con el discurso del comandante; pues ignoraba el proyecto. Surgieron más bien protestas de lealtad y adhesión, en seguida.

Pero el amenazado jefe conocía perfectamente los elementos, y avanzando a las filas fué sacando personalmente, uno a uno, a los comprometidos en el proyecto nefando.

Estos hombres terribles eran un grupo de 20 o 30 serranos cariacontecidos. Habría podido fusilarlos Mendoza—se permitía comentar un repórter exaltado de cierto diario,—«pero su pecho generoso les salvó la vida».

En seguida se interpretó el origen de la actitud subversiva de ese grupo de serranos, y se lo encontró en la labor revolucionaria de los «comunistas» y en la de los camaradas de la Artillería «Bolívar», que hacía muy poco fuera devuelta a la capital, como un saco de bichos peligrosos . . .

Mendoza quedaba libre. Verdad que no todos creyeron ni en la tentativa, ni en las conspiraciones, ni en los bolcheviques. Afuera del mendocismo ortodoxo, lo que tomó fuerza fué más bien la opinión de que el Lenine o el Trotzky del Ecuador había llegado al límite de su capacidad como político: o estaba ya con vértigos, o sufría alucinaciones persecutorias, o era la reacción pícara que estaba preparando su golpe, so pretexto de conspiradores serranos de los batallones y de obrerismo bolchevique de Guayaquil . . .

Sea por lo que fuera, la situación política tomó en el puerto caracteres inesperados. Se robusteció notablemente la oposición al Gobierno Provisional; se hizo visible el decaimiento de la energía

revolucionaria en los «julianos» de Guayaquil, y el recurso de la federalización del país o de hacer, en último término, de Guayaquil un puerto libre, como ciudad hanseática, se discutía, entre ciertos grupos políticos, acaloradamente.

En seguida asomaron las tentaciones y los merodeos por el ejército. El amenazado poderío bancario podría aprovechar, de inmediato, el omnímodo gobierno del comandante Mendoza en Guayaquil y atraerlo a su causa... Mendoza se rebelaría, con toda la guarnición y los cuerpos de voluntarios cuya reunión no sería difícil—tal como se rebeló, aunque con desgracia, el General Pedro J. Montero en 1911,—y daría al traste con todo ese gobierno antibanquista de Quito y con toda esa odiosísima *preponderancia serrana*, acaudillada por Dillon!

Parece que hubo ofertas de dinero y perspectivas de poder. Pero el dinero—que principalmente debía salir de las arcas emisoras de papel moneda,—no se representaba por aquellos tiempos sino con *cheques circulares*—un nuevo papel impreso que vino a sustituir, en fuerza de la pavorosa «falta de circulante», a los billetes escondidos.

¡Ah, con simples *cheques circulares* resultaba una desvergüenza, ciertamente, la intención cohechadora! ...

Se organizó, no obstante, una *guardia cívica*, con armamento del Estado y so pretexto de que el populacho bolchevique ya iba, de un momento a otro, a asaltar las instituciones de crédito, los almacenes y la propiedad en general. ¡La ciudad iba a ser presa de los ladrones!

Una distinguida juventud—que por primera vez en su historia se presentaba con todo gusto para carne de cañón, y cuantos hombres robustos pudieron dar de sí cientos de hogares asustados, y hasta empleadillos de empresas editoriales, almacenes y oficinas, tomaron los fusiles y se ejercitaron en las «rondas» nocturnas y en las fatigosas marchas.

Sin embargo, estos bravos defensores de la propiedad amenazada por los bolcheviques, no llevaban una enseña burguesa, como distintivo, sino un emblema separatista de la época de la emancipación: un botoncito en el ojal de la solapa, decorado con la bandera prócera del 9 de octubre de 1820 y con esta leyenda, que debió de hacer cavilar muchísimo a los «bolcheviques» a quienes iban a escarmentar: «Por Guayaquil independiente»....

Por el mismo tiempo el comandante Mendoza se ponía más agrio y más enérgico, en sus objeciones, con el Gobierno provisional de Quito....

Tuvo, por fin, un gesto decisivo: dijo que, si para imponer el Banco Central era necesario el concurso de la fuerza, *no se cuente con él...*

El Gobierno, entonces, decidió imponerse, y jugaría el todo por el todo para someter a Mendoza y al grupo reaccionario. Se planteó ante sí dos soluciones: o una simple orden de disolución de aquella «guardia cívica» y de traslado de Mendoza a otro destino; o las guariciones militares de la Cordillera, bajarían, en el acto, con el argumento de sus ametralladoras.

Por fortuna, bastó la simple orden.

El Ministro Boloña—entonces Ministro de Guerra y Marina en reemplazo del General Francisco Gómez de la Torre, que ya se había escabullido del Gobierno,—acompañado de la Junta Central Militar se dirigió al pueblo, y aun antes mismo de llegar a la ciudad, desde una de las estaciones del tránsito, ordenó a Mendoza, telegráficamente, que disuelva en el acto la «guardia cívica» y recupere las armas del Estado.

Mendoza obedeció como un sauto. Y los dirigentes de la guardia cívica—que, por lo visto, tampoco se sentían dispuestos a arriesgar el pellejo,—aceptaron con celeridad los sanos consejos de unos cuantos hombres prudentes, que no querían ver a la juventud de su ciudad estérilmente *massacrada*,—y soltaron en seguida las armas y se pusieron en cobro.

Ahí terminó el intento de reacción armada.

Pero el despecho tuvo sus explosiones crepitantes: se protestó agriamente, «poniendo a la Nación por testigo»!, por este otro hecho nefando de la disolución pacífica e incruenta de un cuerpo de voluntarios, no autorizado por la superioridad civil ni militar—¡porque, sin duda, el Gobierno estaba en la obligación de apoyar el incremento de las fuerzas que le eran adversas y dejarse derrotar como un inerme!,—y llamóse, al mismo tiempo que a los contrerráneos Arízaga y Garaicoa, «hijo ingrato» de Guayaquil al doctor Francisco J. Boloña, el ministro....

Es verdad que el odio político ofusca y enceguece a los hombres; pero, con esta convicción y todo, no deja uno de asombrarse al ver, publicadas en los diarios de Guayaquil y al pie de escritos sin lógica, hasta firmas valiosas, dignas de aprecio por su ecuanimidad y patriotismo de muchos años.

La segunda Asamblea Liberal; la época de violencia

La vida política del país siguió, con todo, en admirable tensión.

El 10 de diciembre se reunía en Guayaquil la segunda Asamblea Liberal (pues la primera fué la de 1923, la electora del candidato

presidencial Dr. Gonzalo S. Córdova), y, en interés de la unión del partido, ocurrió una coalición de fuerzas, hasta ese momento antagónicas: los *líderes* Enrique Baquerizo Moreno y J. Federico Intriago se dieron un abrazo y ellos, con el doctor José Peralta, formaron, por elección entusiasta de los representantes provinciales que habían asistido (por que algunas provincias, como la de Tungurahua, se abstuvieron, explícitamente, de enviar los suyos), el triunvirato dirigente del Partido Liberal Radical del Ecuador.

No salió, o no pudo salir, ningún candidato presidencial de esta Asamblea; y las discusiones en ella se concentraron más bien a puntos del Programa de Acción y Principios que debían o merecían ser ampliados.

En el ambiente caliginoso, se anotó, sin embargo, una audacia: un representante propuso que «el liberalismo proclama la unidad y la indivisibilidad de la patria ecuatoriana, oponiéndose, por tanto, a toda intención federalista o separatista»

Y el representante por Esmeraldas, Dr. Trujillo, sofisticó hábilmente: que esa era una ponencia que entrañaba un problema político digno todavía de estudio y que convendría la ponencia aplazar.....

Y los colegas la aplazaron en seguida, con gran celeridad, en medio de los aplausos de la concurrencia.

Tras otros breves debates, se dispersó la Asamblea Liberal Radical, convocando al partido para una tercera reunión en Quito—reunión que no podrá ocurrir, desde luego, sino muchos años más tarde, y en vísperas de campaña electoral.

Casi por el mismo tiempo se daban, por otra parte, los previos pasos para organización de los primeros núcleos socialistas del Ecuador, pues este partido ya comenzara a demostrar su existencia casi a raíz de la transformación política de julio, con reuniones públicas de afiliados . . . en el paraninfo de la Universidad Central, y presididos por el doctor Francisco Pérez Borja. Tres meses después, en marzo de 1926, se inaugurará la primera Asamblea Socialista del Guayas. Y el 16 de mayo del propio año, la primera Asamblea General del Ecuador, con unas 45 representaciones de todo el país, en la capital de la República.

Por cierto, muchos de estos socialistas no tardarán en plegar más bien al bolchevismo franco, organizando núcleos combativos, principalmente con revolucionarios obreros: Ricardo Paredes, Rosendo Naula, Luis Maldonado, etc.

Vibraba, pues, el civismo en el país, aunque sin declararle la guerra al Gobierno Provisional.

Sin embargo, desde los últimos días de diciembre, la Junta de Gobierno había entrado en un período de intensa agitación y violencia.

Comenzó a desterrar. Y los destierros la preocuparon durante una semana íntegra—precisamente durante la semana en que dirigía la Junta el ministro F. J. Boloña.

Expulsó del país a políticos y periodistas en masa. Y eran los directores del Partido Liberal Radical, cuya Asamblea acababa de clausurarse, quienes presidían la gran caravana de expatriados. Iban también los dirigentes conservadores. Luego siguió el personal de la dirección y de la gerencia de "El Guante", y además dos colombianos del cuerpo de redacción de este diario.

Por lo que respecta a este periódico, parecía una táctica tomada adrede, al despojarle de su elemento directivo y dejarle abandonado de repente, en manos de una verdadera hampa de escritorzuelos, atrevida, soez e irresponsable. Todo cuanto se publicó de inhábil, de torpe o cauallesco en ese periódico—inclusive la famosa "galería de los viles",—a fines de diciembre y primeros días de enero de 1926, en vez de alentar y robustecer la oposición al Gobierno, es verdad que la desacreditó terriblemente. . . . (1)

Pero las propias medidas violentas puestas en vigencia por la Junta de Gobierno; aceleraron su caída. Aquí es preciso advertir un detalle: es verdad que, para este tiempo, ya no obraban en la Junta más que cuatro vocales: Boloña, que la presidía, Dillon, Garúcoa y Arízaga Luque.

La Junta Central Militar comenzó a oponérsele, hasta que, objetado Dillon por sus proyectos inaplicables—o aplicables sólo mediante violencia,—la crisis de gabinete se impuso necesariamente. Cayó, por fin Dillon. Pero cayó arrastrando consigo a la Junta íntegra.

Esto sucedía ya el 10 de Enero de 1926. . . .

La Segunda Junta de Gobierno: hechos políticos y militares

Del personal de la primera Junta de Gobierno, no quedó un solo ministro.

En cambio, quedó el Secretario General de ella; aunque—para el momento de organizarse el exvirato de 1926,—no ya para con-

(1). V. JAVERT. D. Carlos A. Saavedra, ex-redactor de «El Guante»: *Lo que fue «El Guante»*, comentarios a unos artículos de «El Universo». Publicaciones de «El Día», de Quito, a partir del 2 de diciembre de 1929. *pasim*.

tinuar precisamente como tal, sino para ocupar el Ministerio de Gobierno. Los hechos políticos posteriores a 1925, seguirán pues, con alguna ilación, por lo menos en cuanto al plan «antibanquista», unitario y de franca violencia.

Acaso fuera él mismo, en gran parte, el inspirador del nuevo gabinete, extraído, casi en totalidad, de sectores intelectuales: el Dr. Isidro Ayora, Rector de la Universidad Central, y ya con fama de saber llevar muy bien puestas las bragas, irá al Ministerio de Previsión Social; el doctor Homero Viteri Lafrontera, profesor universitario, director de "El Sol", y entusiasta por los problemas educativos del Ecuador, al Ministerio de Instrucción Pública; el doctor Humberto Albornoz, profesor universitario también y banquero—banquero como Dillon y rival de éste,—al Ministerio de Hacienda.

La dirección política, que tendrá que ser, inevitablemente, más bien actividad demoleadora y despotismo dictatorial que despeje y aclare el camino, correrá, pues, de cuenta del señor don Julio E. Moreno. Su estratégico puesto de la Secretaría General, será ocupado por otro elemento, más o menos homogéneo, ministro de reserva, el doctor Pedro L. Núñez.

Los intelectuales agrupados en torno de "El Sol", periódico del cordovismo desengañado que fuera, y una infinidad de médicos y cirujanos—como que se trata de operar sabiamente sobre el cuerpo de un paciente agónico,—captarán, en seguida, los reductos principales de la administración pública.

Los demás componentes del gabinete, deben venir de la costa. Pero el caso del 9 de julio, se repite, y es sumamente difícil encontrar ministros guayaquileños; pues los candidatizados del grupo de «patricios» escurren por lo general el bulto, y es preciso acudir a la juventud, todavía no pachequizada. Y así, por otra parte, resulta más ventajoso para el ideal republicano de la alternabilidad; porque los aportes costeños van siempre renovándose y evitando que el ejercicio político de la nación caiga, unilateralmente, en los genios⁸ clásicos, e insustituibles, que producen ciertas zonas sociales, ciertas tribus políticas y burocráticas de la serranía, donde todos los «ilustres» viven en un mundo aparte, formando un solo cordón, difícil de romper para los valores nuevos que surgen de zonas distintas... y en cuyo beneficio se han establecido las altas dignidades de la República, como por derecho divino.....(1)

[1]—Debe notarse, a este propósito, que hasta la propia "revolución de julio" que bresumía en los primeros instantes, de haberlo cambiado y trastornado todo, y de haber impuesto en el gobierno del país un elemento radicalmente renovado, no había acudido, en verdad, sino a los propios elementos del cordovismo depuesto, ale-

A fines de enero, con todo, puede integrarse la Junta de Gobierno con dos ministros que han podido conseguirse: el ingeniero don José Antonio Cómez Gault, destinado al Ministerio de Guerra y Marina, y el doctor Adolfo Hidalgo Nevares, médico, escritor y profesor universitario, que irá al Ministerio de Instrucción Pública; pues al doctor Viteri Lafronte, en quién el magisterio primario de la República ya ve un elemento especializado en ese ramo, le traspasará a la Cancillería, que nadie quiere aceptar.

Y advienen los primeros hechos. Una amnistía parcial para desterrados y perseguidos de la primera Junta; aunque manteniendo vigentes las principales deportaciones, que son: la del ex-Presidente Córdova, que ha hecho de Paíta su lugar de convalecencia y su mirador —pues por ahí pasarán, saludándole, con sus amigos, otros deportados también, de los que fueron adversarios implacables o de los que contribuyeron, con toda el alma, para su caída; la del General Leonidas Plaza Gutiérrez, que se dedicará a la educación de sus hijos en Norteamérica; la de don Enrique Baquerizo Moreno, el inquieto *fakir*, el conspirador irreductible, que pasará sus días grises de nostalgia en su vieja y ya muy traficada «hospedería» de Lima; y la de don Francisco Urbina Jado, expatriado por primera vez, e inconforme con su destino, en Valparaíso, donde día tras día le irá agotando la tristeza, hasta que en una tarde —en la tarde del 20 de enero de 1926.— de vuelta de encontrar a un amigo en el puerto, caerá, —así, lejos de la amada ciudad donde su nombre fuera una enseña,—inesperadamente fulminado por un ataque cerebral.

De los que retornan a sus lares, no pocos traen renovados ímpetus combativos. Otros, considerando que en pleno régimen dic-

jados de su núcleo transitoriamente y por motivos que no importaron nunca ni al país, ni siquiera al «partido».

Desde los ministros y generales de la sierra, hasta los altos funcionarios que los seguían, ya habían sido elementos de la «vieja política». Los aportes de la juventud no asomaron ni por las subsecretarías —¿En donde estaban, pues, los «hombres nuevos» de la revolución?...

Un hombre nuevo habría sido Mendoza, ciertamente; pero a él no le hicieron ministro, porque se consideró, sin duda, que le faltaba la plataforma de pantorrilla nobiliaria, que es condición *sine qua non* impuesta por el aristocratismo colonial y la superstición crónica de las turbas de la altiplanicie.

Para varios presidentes, cuyo origen estuviera en clases medias, no se creó el ambiente de hostilidad y menosprecio acusándolos y deprimiéndolos principalmente por «zambos», como a Roca, o por «indios» como a Alfaro?... Y ahora mismo, en estos momentos de fiebre revolucionaria, los reformadores agrarios y los plebeyos con sed de justicia ¿no buscan, como sus jefes en la lucha, a pelucos farsantes que son, a la vez, gamonales auténticos?...

tatorial rebelarse es dar coces contra el aguijón, se meten resignadamente en su concha.

Un detalle viene a poner alarma en los grupos liberales: el regreso de Jacinto Jijón y Caamaño, jefe del conservadorismo; regreso triunfal y magnífico, saludado y bendecido con entusiasmo vertiginoso por muchedumbres apretadas y exaltadas, como nunca se han visto; aclamado desde todos los balcones — bellamente adornado de flores y mujeres. — bajo los cuales Jijón pasa como empujado por un torbellino de gloria.

Pero es verdad que todas esas emociones populares se esfuman rápidamente.

Otros espectáculos vienen a distraer la atención.

En cada mañana la ciudad despierta con rumores de trastorno. Los militares se dividen, a cada minuto, visiblemente, debilitando la esperanza que inspiraron; y hay batallones en que se inicia ya la formación de una nueva, poderosa «liga»; pues se conceptúa que aquella que dió al traste con el gobierno constitucional, en el 9 de julio de 1925, ha sido rota y traicionada, por el sórdido interés personal de muchos afiliados, por el espíritu acomodaticio o la mala fe.

Pero entonces el Gobierno Provisional persigue sañudamente y reprime con fiereza todo intento de constituir «liga», buena sólo en cuanto se tratara de echar a Córdoba...

Al Comandante Mendoza, que fuera arrancado de Guayaquil, aparentemente con destino a la Jefatura de la Primera Zona, le habían señalado un puesto en la sección de Servicios Técnicos, en el Estado Mayor. Disciplinariamente se sometiera; pero los recelos de sus camaradas seguían atizando el incendio de la escisión.

Los ministros Moreno y Gómez Gault quisieron que esa situación termine con un abrazo. Y una noche se reunieron ellos, el personal de la Junta Consultiva Militar (en los seis meses transcurridos, la Junta *Suprema*, y, luego, la *Central*, habían desaparecido una tras otra), y unos 40 oficiales de los diversos repartos de la guarnición. Hubo interrogatorios y explicaciones. Mendoza se ratificó en su desinterés y patriotismo y que jamás había pensado ni soñado en presidencia o dictadura alguna. Y en medio de júbilo general, todos los militares se dieron el abrazo solicitado por los ministros, quedando el ejército, desde ese momento — según se dijo entre el humo de los cigarrillos y una que otra copa de champaña, — sin enemigos internos que le preocuparan ni disociaran nunca...

Sin embargo, a la noche siguiente de estos gozos en la capital, o sea el 7 de febrero, el batallón «Marañón» — que había sido, como Mendoza, prudentemente arrancado de Guayaquil y acantonado

do en Ambato,— se declaraba en franca rebelión, pidiendo, perentoriamente, tres cosas: 1) reorganización de la Junta Consultiva Militar, porque su personal no le satisfacía; 2) sus propios antiguos jefes, o sea Mendoza con todos sus tenientes; y, 3) cumplimiento de «los ideales de julio», que ya observaban, sin duda, frustrándose...

Se movieron los batallones «leales», de norte y sur, para aplastar a los insurrectos. Algunos de éstos hablaron de vender muy caras sus vidas, y cargaron febrilmente fusiles y ametralladoras. Pero las amistosas proposiciones de paz, primero; y los cañones y el número superior de los otros, después, acabaron por disuadirles del empeño; echaron las armas, y se desbandaron pavorosamente por todos los ámbitos de la República.

Ahí terminó la sublevación del primer cuerpo «juliano». Pero no la saña sobre Mendoza. Pues poquísimas horas después del desbande del «Marañón», un pelotón de soldados se presentaba en el domicilio del comandante, en Quito, y lo conducía, apresuradamente, al panóptico, y de aquí, en la misma noche, a un automóvil que debía partir velozmente hasta dar con un tren que lo condujera, con la celeridad del rayo, hasta el primer vapor que se encontrara; pues se lo echaba fuera...

Estos triunfos del Gobierno Provisional, le dieron bríos para seguir aplastando, poco a poco, «pretensiones militares». La propia Junta Consultiva tuvo que limitar sus atribuciones, declarándose simple cuerpo encargado de proveer gabinetes civiles, conforme se produjesen las posibles crisis..... Así, el «julianismo», propiamente, desapareció.

Por lo demás, el 24 de mayo próximo— día fijado, en solemne decreto, para el ansiado retorno a la «constitucionalidad»— itan auténtica y muy distinta de las dictaduras desembozadas, en la historia de este país!,— la Asamblea Constituyente tomaría el poder, y ahí finalizarían el Gobierno Plural y la Junta Consultiva Militar, con todas sus preocupaciones...

Los hechos políticos y económicos

El Ministro de Hacienda, doctor Humberto Albornoz, propuso como medios de paz, algunas concesiones.

En los últimos días de 1925, la oposición acentuó su protesta, manifestando, principalmente, su inconformidad con la violencia adoptada contra políticos y periodistas, haya o no razón; con el presu-

puesto *monstruoso* aprobado para 1926, y con los derechos consulares, que debían cobrarse *ad-valorem*, el 20% y en oro.

El presupuesto de ingresos fuera fijado en \$ 61'572.000; pues Dillon alegó que la moneda se había depreciado hasta la mitad de su primitivo valor, y que no había motivo para que sólo el Estado se resignase a la pérdida cuando todas las mercancías, todos los arrendamientos e inmuebles habían subido, adaptándose a la situación monetaria del momento. Y había hecho cálculos que a los contribuyentes de entonces parecieron fantásticos: sólo por derechos consulares se resolviera obtener \$ 15'000.000, y sólo como producto de los estancos de aguardiente y tabaco (que en 1924 no llegara ni a \$ 3'000.000), se había determinado el ingreso de \$ 17'280.000).

Presupuesto, alarmante, en verdad.

Pues la nueva Junta de Gobierno le rebanaría unos \$ 20'000.000; suprimiendo los derechos consulares, tan temidos y odiados; rebajando las partidas exageradas, y cercenando los elevados sueldos...

Y para discutir sobre la cuestión monetaria, y el Banco Central o lo que más conviniese, ya no se recurriría a las prisiones y los destierros, sino más bien a una reunión amigable de banqueros.

Pocos días después, así se hacía, en efecto.

Reformado el presupuesto, y aplacadas las cóleras de los importadores con el retiro de los derechos consulares; y en un ambiente de relativa paz política, aunque no periodística, el ministro invitó a los banqueros del país para unas *conferencias* en su despacho.

La banca porteña, con mucha suavidad, le invitó, a su vez, al ministro, para que venga a Guayaquil para las conferencias...

Pero Albornoz se mostró perentorio. Y los representantes de los bancos tuvieron que ascender la cordillera.

Las conferencias económicas se inauguraron el 18 de febrero y se clausuraron el 8 de marzo, presididas por el Ministro de Hacienda. Y casi termina, de este modo sencillo, el dato histórico...

Hubo en tales conferencias acusaciones y reproches, y de cuando en cuando se encontraron los ánimos. Una de las cosas que obsesionaban al gobierno de entonces, era el particularísimo fenómeno que había aparecido en el puerto, como síntoma gravísimo de miseria monetaria: los cheques circulares, o *cheques de emergencia*, que diversos bancos —a cuya cabeza figuraban el Banco de Descuento y el Comercial y Agrícola,—habían echado sobre la ciudad, en reemplazo de los billetes, adrede ocultos.

Guayaquil, durante unos cuatro meses, padeció lo increíble con la falta de circulante, hasta que los billetes mugrientos de la época inspiraron verdadera nostalgia... Los salarios pagábanse en cheques: se iba a cobrar el cheque, y en las ventanillas le pagaban con

otro cheque: de modo que el tráfico de los tenedores, a lo largo de la calle Pichincha, y de un banco para otro, se hizo intenso y fatigoso hasta la exasperación.

En el fondo se conocía la táctica: provocar pánico en el ambiente comercial; levantar descontento público, y si no conseguir una autorización gubernativa para realizar una nueva emisión de billetes, obtener, por lo menos, una justificación para las emisiones ilegales y eludir las multas y reírse, homéricamente, de las "pretensiones serranas".

Una ocasión el Ministro planteó el problema del inmediato retiro de esa nueva forma de papel moneda, con que se explotaba eficazmente al público, en plena "revolución".

Como un resorte saltó, entonces, el representante de una de las instituciones más activamente empeñadas en el negocio, y—usando la vieja arma, de tanta eficacia contra Dillon,—en vez de defender el chanchullo de los cheques circulares, «defendió a Guayaquil», como si esa explotación fuera negocio y actividad de la ciudad entera. . .

Entonces el ministro gritó desde su asiento estas frases, que explican, históricamente, toda la actitud gubernativa de ese tiempo:

«La caballerosidad exige que no se tergiversen conceptos para luego levantar la voz airada de protesta. Jamás he dicho que Guayaquil, la ciudad de Guayaquil, sea la responsable de la falta de circulante ni de las emisiones de cheques de emergencia. La ciudad de Guayaquil sufre las consecuencias de todo ello, pero no tiene ninguna responsabilidad, nada tiene que ver en este debate. Para Guayaquil, para esa ciudad correcta, mi homenaje; para esa ciudad de limpios antecedentes, laboriosa y honrada, mi respeto, para esa ciudad que con tanta galantería siempre me ha tratado, todas mis consideraciones; pero para los intereses creados, vergonzantes y vergonzosos, que no son ni honrados ni limpios y que tratan de escudarse con el nombre de Guayaquil, porque no pueden exhibirse limpia y valientemente, ni mi homenaje, ni mi respeto, ni mis consideraciones, sino todo el peso de la ley, lo severo de la autoridad y el oprobio de la opinión pública» (1)

Hubo más calma y respeto en lo sucesivo.

Pocos días después el ministro enviaba una terminante amenaza de clausura para el Banco de Descuento, el más rebufo en obedecer las órdenes del Gobierno y el que más cheques lanzara al mercado.

(1)—V «Conferencias económicas», actas de sesiones., 9^o, pág. 154.

Pero no se llegó a solución definitiva alguna en lo demás de la crisis económica y de la gran cuestión monetaria.

Para retirar algo de los cheques circulares, lo único que la Junta de Gobierno pudo alcanzar es que el Banco del Ecuador se hiciera cargo de la recolección, previa autorización para emitir hasta \$ 1'000.000, con el respaldo de dólares que el gobierno le proporcionaría.

Hubo otros asuntos—unificación del billete, amplitud y elasticidad del circulante, arreglo de la deuda fiscal a los bancos, etc.—que merecieron acaloradas discusiones en las conferencias, conociendo proyectos, buscando fórmulas, fantaseando.

Surgieron puntos en que cabía una amplia discusión nacional. Y así, en algo se hizo intervenir a periodistas, jurisperitos de prestigio, políticos y otros elementos de la ciudadanía ilustrada, como cuando se trató de la revalorización o la devaluación de la moneda; pues este asunto,—o sea si la libra esterlina se volvería a pagar a \$ 10, o si, aceptando los hechos consumados, se la fijaba en 20 billetes,—no era fácil resolver por ese grupo de ecuatorianos solamente.

Y este entretenimiento duró algunos días. Hasta que llegó el momento de tomar las maletas.

Quedaba un resumen de hechos, muy simple: habían triunfado los banqueros otra vez, y el Gobierno había salido derrotado nuevamente, ahora entre amables sonrisas y exuberantes expresiones de cortesía.

Se dió un paliativo final: se llamaría a la Misión Kemmerer—misión técnica que adquiriera prestigio en su obra de reorganización fiscal y bancaria en Colombia y en Chile y que se preparaba para un viaje a Polonia,—y ella arreglaría los problemas pendientes..

Fin del Gobierno Plural

A fines de marzo, una nueva crisis de gabinete se anunciaba..

El doctor Humberto Albornoz puso la renuncia; pues que la licencia de su banco llegaba a su término. Y también renunciaron los ministros costeños Hidalgo Ne ares y Gómez Gault; pues que el «retorno a la constitucionalidad» en mayo—que fuera la condición de su aceptación de las carteras,—no iba a ocurrir...

Hasta que, la mañana del 1° de abril de 1926 le traía una sorpresa al país. La Junta consultiva Militar admitía las renunciaciones de los tres ministros y nombraba un Presidente Provisional, con facultades...

tades omnímodas para que reorganice el gobierno como guste... Era la dictadura.

Ahí terminó el Gobierno Plural, conceptuado sin eficacia.

Sin eficacia, en cuanto a los resultados inmediatos de su labor, no en cuanto a esta misma: pues en otro orden de consideraciones, en los ocho meses de Gobierno Plural, cada uno de sus miembros y, singularmente el Ministro de Hacienda, tuvieron siempre sobre sí el peso de un trabajo inagotable y admirable.

Cuando se disolvió la primera Junta de Gobierno, un diario—«El Comercio» de Quito,—hablaba de esa labor intensa y definida, como la de «unos diez años de congresos».

Cercenando un poco la exageración, queda, con todo, a favor de ese Gobierno el prestigio de su consagración formidable, de sus empeños febriles, de su arrollador afán por reformar y renovar—en lucha abierta con los todopoderosos intereses creados, y con la rutina y el odio,—los cauces fundamentales de la vida ecuatoriana.

MIRADOR BIBLIOGRAFICO

ANTONIO MONTALVO

"DON MIROCLETES"

Y FERNANDO GONZALEZ (1)

Por tercera vez hemos sonreído, con regocijada sonrisa desde luego, ante un capricho muy literario, un capricho que nos empeñamos en verlo medio romántico y lírico de Fernando González, el de dedicar sus libros. El primero de su trayectoria literaria, y desde el cual sólo le seguimos, su VIAJE A PIE (1929) —que le seguimos a pie también— está dedicado al General Tomás Cipriano de Mosquera; el segundo, MI SIMON BOLIVAR, (1930) al Mayor Santander y al General Páez; y el último, DON MIROCLETES (1932) que acabamos de leerlo, a las ceibas de la plaza de Envigado, en donde un día habrán de erigir su estatua, según oníricamente él, que en la actualidad vive su exilio —confinado de la Burocracia Consular de su país— en Marsella, sueña con la perpetuidad pétrea o bronceada de la gloria. Vemos, pues, en este su gusto por las dedicatorias, con el cual simpatizamos, por cierto, una, entre las muchas —que son todas— original modalidad espiritual de Fernando González. Y decimos espiritual y no intelectual, porque es su espíritu el que vive en frecuente intimidad con su pasado histórico y racial, que es también el nuestro, el de América, sin excluirse, por esto, del escenario de la vida actual. Mucho hay que admirar y que venerar, sin duda, en la historia americana; y él, que en sus estudios de sociólogo y gran filósofo ha hecho la cli-

(1) DON MIROCLETES.—Editorial "Le Livre Libre".—21 rue Servandoni, 21, — Paris. — MCMXXXII.

nica vivisección de ella, sabe por sí mismo lo que merece su recuerdo y su exaltación.

Esperábamos, después de habernos abismado en su admirable y originalísimo estudio sobre Simón Bolívar, la conclusión de aquel, que nos ofreciera; pero he aquí, que en vez de eso, nos llega su no menos interesante DON MIROCLETES.

Al leer este libro nos hemos afirmado en una idea que tenemos acerca de su autor, la de que Fernando González, es indudablemente un raro personaje; pero un raro personaje atormentado por otros personajes que viven en él, y de los cuales tiene que desplazarse, desenvolviéndose, a su vez, en ellos. Tal sucede con este Manuelito Fernández de su DON MIROCLETES. Una noche en París, mientras se enterraba en el *metro*, huyendo del asedio de una hermosa que le requería gritándole: "*pas cher! pas cher!..... quatre vingts francs avec la chambre*"....., estuvo a punto de volverse loco, y morir, tal vez, fastidiado por la sombra atormentadora ya de Manuelito Fernández. Fue entonces cuando decidió darle vida, humanizarle, "rodeándole de gente y de vida observada tiempos ha", allá en su Colombia de sus desazones, análisis y esperanzas.

A través de este personaje, con quien se identifica hasta la confusión de no poder precisar el límite en donde vive él en su autor y viceversa, es decir, en donde principia lo autobiográfico y en donde lo observado, —pues, personaje y autor se identifican absolutamente— nos muestra Fernando González —y se muestra él a sí mismo— un cosmos que, por la forma originalísima en que lo hace, nos vamos, poco a poco, descubriéndonos sociológica y racialmente, y descubriendo también el escenario de nuestra vida americana, con su paradigma en la vida de Colombia.

Pero singular, método éste de Fernando González —el hombre técnico de los métodos— de analizar el alma americana. Efectivamente es un prodigioso buhonero psicológico. Un hombre ha despertado su atención, le sigue, le persigue, le busca, le atisba en donde puede, logra su amistad, se interna en su vida, en su espíritu, y, al contrario de la especulación barbusseana, con actividad detectivesca, de su detectivismo filosófico, nos da, envueltos en la crudeza armoniosa de su lenguaje, en el ropaje claro de su visión analítica, el fruto de sus observaciones y experiencias.

Así es como en este regocijado, pintoresco y profundo DON MIROCLETES, afirmando modalidades de su personalidad ya reveladas en sus libros anteriores, vemos delinearse mejor a aquellas, destacando y definiendo la figura intelectual de Fernando González.

Tres características, las más esenciales, hemoslas visto afir-

marse ahora en este libro: la del sociólogo, la del filósofo y la del humorista. Y en todas estas tres características le contemplamos también, lleno de su personal originalidad, que aplaudimos y con la que tanto simpatizamos.

Dominador del escenario étnico e histórico de América y dueño de su cruda —por lo sincera y real— pasión analítica, extrayendo, a veces, de nuestro pasado racial un *sumum* ejemplarizante de experiencias, que nos da como un crudo también paradigma o estímulo para nuestra vida actual, Fernando González, sin arrogancias de vana patriotería, confirma, en esta vez más, su claro americanismo de estirpe, condenando en la forma maravillosamente atractiva y regocijada que él sabe hacerlo, la irrupción del extranjerismo devorador, —capitilista o pseudoculturizante— apadrinado por el ya clásico pastichismo o gregarismo americano, en el latino desarrollarse de nuestra vida.

Así nos muestra él, la realidad americana en sus diferentes aspectos político, económico y social, y vemos pasar ante nuestros ojos, ironizadas en la admirable fuerza cáustica y clínica de su humorismo, figuras de la actualidad política de América, en su situación frente al espejismo extranjero, y frente al propio espejismo de la situación de cada país americano. Vemos, y oímos aun, la espontánea y áspera exclamación —puesta en labios de Manuelito Fernández —que lanza al encuentro con un “gringo”: “Ah!, cómo fuman estos berracos!”, que bien puede ser un símbolo de su nacionalismo sincero. Vemos también, y esto es lo que más nos regocija, la pintura —sí, pintura, porque eso es Fernando González: un gran caricaturista, lleno de lirismo ironizante— en los trazos más perfectos, del medio y la gente colombiana. Así nos deleitamos en el retrato de don Abrahán Urquijo, el agiotista, que en nada se diferencia de los nuestros, prototipos humanos de la vasta sociología americana, y quien le sirve al autor como un modelo para sus incursiones filosóficas acerca del “judaísmo” antioqueño.

Al contemplar el detectivismo filosófico —“No soy filósofo propiamente, sino detective. Es mejor”— de Fernando González es necesario verlo a aquel, envuelto siempre en una cálida modalidad del buhonero psicológico que dijimos. En efecto, eso es él, un filósofo-sociólogo que también fuera a la vez, un originalísimo psicólogo; cualidades o armas con las cuales él, gran observador, como buen detective que es, sabe darnos, trasplantados del panorama humano o natural, y siempre en su elixir de ironía jubilosa y cínica, a veces; o, ya en la pintura de sus cuadros autóctonos trazados con pinceles de crítica humorística, como el de la muerte de Abrahán Urquijo, o en otros, adornados con el fuerte soplo

de su sensualismo estético, como en el de la descripción de las hijas de Urquijo, sus experiencias de detective filosófico.

Este y el buhonero psicológico se anen, cuando, por ejemplo, se interna en el alma americana, para darnos, frutos también de su especulación, sus conceptos de la "personalidad"; la génesis y exégesis de lo que es una "embolia psíquica"; y, también, lo que, en el campo étnico de América, es un vicio solitario, que según él, no es sino "toda manera de efectuarse la descarga nerviosa sin que sea excitada por la realidad".

Mas, es en la característica de su humorismo, humorismo originalísimo, lo repetimos, que no lo hemos sabido antes, y que por esto quisiéramos atribuirle el más genuino origen americano, en donde verdaderamente nos deleitamos y hallamos, en síntesis, resumida la fuerte personalidad de Fernando González. Es un **humour** muy latino este del autor de DON MIROCLETES.

Todo el producto de sus especulaciones psíquicas, filosóficas o sociológicas, está envuelto, saturado en la esencia urticantemente aromosa y jocunda de su humorismo.

Humorismo es en realidad y no diabolismo —ni el diabolismo huysmansino ni el del Conde de Lautreamont— el encerrado en esta confesión autobiográfica de Manuelito Fernández: "Nací en Bello, población de Antioquia, departamento de Colombia, en 1895; nací con tres dientes y mordí a mi madre, que murió por un cáncer que se le formó allí..." Pero esto no es sino un antecedente del cual se sirve para deducir después que si nació así, fue porque su padre "era alcohólico, y eso hace madurar pronto", y concluir de aquí, que el alcoholismo es un vicio americano también, —que él ridiculiza por actitud moralizante— funesto para el desarrollo y procreación de la raza.

Por donde quiera que se siga sus pasos —los de Fernando González o Manuelito Fernández que es lo mismo— hallámonos siempre con una inesperada pero súbita espontánea manifestación de esta su modalidad humorística, así cuando habla de su pasión cinematográfica, que tanto influye en sus estados anímicos y sensoriales; cuando nos pinta sus caricaturas humanas, que en esto es insuperable, como en uno de los retratos de don Mirócleles, padre de Manuelito: "Pequeño. Un metro con cincuenta. Grueso y sin cuello. La cara pegada a los hombros; caía sobre el pecho en varias secciones la papada o gordo de la barba, de modo que no había barba, sino una cara aplastada que ocupaba desde las manillas hasta el sombrero de copa. El vientre, el pecho y la papada eran tiesos, y así la cara era temblorosa de su autoridad, dirigida siempre al frente, al horizonte..." O, también en el que nos da de don Abrahán Urquijo: "Da la impresión de que es el culmi-

nar fisiológico. Lo más imponente es el chaleco, vistoso, florecido, con una cadena de reloj que subraya su ombligo propinquo. En su dedo anular derecho una piedra amatista, barrigona también. Pero quizá más que el chaleco, sobresalen los ángulos de la chaqueta, que caen unos veinte centímetros más que la parte de las nalgas. Un bastón grueso, bigotes rectos, largos y perilla canosa; cara desafiante, miradas horizontales. Un porte marcial, parece ministro de Estado español. En España había ministros así, parecidos a Abrahán, o Abrahán se parece a los Ministros de España?"

Así fluye el humorismo de Fernando González, a través de este miroclético libro, sutil, jugoso de una ironía lírica, —lírica por lo alegre y optimista— pero cáustico a la vez, mordaz y lleno de sinceridad desconcertante. No sólo le gusta ironizar, satirizar lo que de censurable hay en el ambiente histórico, étnico y natural de la vida americana, más aún, con admirable intuición —freudiana la llamaríamos si no supiéramos que ella es el fruto natural de su contextura psíquica— científicista, penetra en la amalgama de nuestra alma, para descubrir en ella sus defectos y taras ancestrales. O, asimismo, le gusta, como a nuestro admirable y original también Pablo Palacio, con quien en este punto hallámosle un parecido, —sin querer establecer comparaciones, peor aún señalar influencias, ya que ninguno de los dos las tienen, y afirman en diferentes latitudes, la originalidad de sus personalidades intelectuales— ejercitar su humorismo, no sólo como función de análisis y de crítica, sino, como función clínica de los actos humanos. Vemos cómo su fino y vivo estilete humorístico, a la vez que esculpiendo en mármol de realidad, va tajando, con veleidades de sadismo regocijado y cínico, las figuras sociales de nuestro medio racial americano, y extrayendo de ellas, a la vez, pero dorándolo con el oro de su humour trascendental, lo que hay de ridículo, de repugnante, tal vez, en sus costumbres, sus actos humanos de la vida cotidiana.

Constructor, humorismo, pues, en fin, este de Fernando González. El se filtra hasta en la elaboración de su arte literario, y es por esto que también tenga aquel el sello personal de su originalidad. Acaso un exceso de rancia austeridad académica, quisiera tachar aquellos que pueden parecer caprichos de su expresión verbal, de su obra artística, que, no siendo sino los reflejos de la estructura estética de su espíritu, y de la realidad de donde se extrajo aquel arte, se presentan naturalmente con toda la crudeza y la sencillez que tienen en su existencia real. Es interesante, por ejemplo, penetrar en la significación semántica que él sabe dar a la inflexión verbal de: "irse yeno", usada, por lo demás, también,

por nuestro gran Remigio Romero y Cordero, en la clara música de imágenes y de ritmos de sus alejandrinos. Además, las "palabras vulgares y los versos negros" que intimidan a su editor, bien trasplantados están y bien escritos en la gracia de su arte literario y en el vaho capitoso de su recio humorismo hispanoamericano, que tan alto destaca, en las alturas de la intelectualidad continental, la figura y obra literaria de Fernando González.

M O L I E R E (1)

No justamente un retorno, un retorno en su sentido de gravitación actualista, en su forma de resurrección y presencia en el movimiento artístico contemporáneo; —la Comedia Francesa, el 15 de Enero, fecha del bautismo de Juan Bautista Poquelin, celebra el aniversario del ilustre comediógrafo— pero si un viaje, o, mejor, un *tour d'émotion* a lo largo de Molière, es lo que nos hace realizar, generosamente, desde luego, esta simpática y moderna biografía del gran clásico francés del siglo XVII.

Y retornamos a Molière —así, de un modo singular: él, volviendo del pasado, y nosotros, yéndonos del presente— plácida y complacidamente. Volvemos a él con la delectación estética que nos inspiran las verdaderas obras artísticas que crearon una cultura, y en las que se eternizó el genio humano. Hay en estas nuestras aberraciones retrospectivas algo así como el gusto sensualista de beber un buen vino añejo, o, el más hedonista aún de descubrir, en la pátina herrumbrosa de una daga, las huellas historiadas y petrificadas de una tragedia. Nos place, cuando como ahora hay ocasión para ello, zambullirnos en las aguas dormidas —dormidas con el propio encantamiento de sus bellezas— del pasado, que por serlo tal, es una fuente —tan encantadora y misteriosa como pueden serlo nuestro presente y el futuro— de emociones y de descubrimientos estéticos. No creemos como ciertos Pontífices creadores de la "cultura nueva", del "nuevo espíritu" y de la "nueva sensibilidad", que haya en ello un motivo de excomunión literaria, un signo de ultramontanismo, de esporadismo artís-

(1) Biografía por Ramón Fernández.—Traducción de Luis Cernuda.—Editorial "La Nave".—Director: D. Humanes.—Madrid.

tico. Antes bien, al incurrir en estas retrospectivas, placenteras, repetimoslo, lo hacemos en vía de estudio, de exultación y de exaltación artísticas, y luego, para afirmar nuestra conciencia de arte, nuestras ideas y nuestros gustos estéticos, armonizados íntimamente con el ritmo y las floraciones culturales de nuestro tiempo. Verdad que, ante las urgencias de la civilización contemporánea, tan urgida de prisa constructiva, ya no nos es posible retroceder —retroceder para construir— pero, también es verdad que no podemos derrocar, con la pica demoledora de sólo nuestros pujos de rebeldía "novista", de lo nuevo, o, de nuestras audacias —verdaderas o apócrifas— creadoras, los estratos inderruibles de los viejos valores y de las viejas culturas; porque éstos, a pesar nuestro —y he allí el destino, demiúrgico si se quiere, del pasado, en sus genios y en su arte— hacen su irrupción, cuando menos lo pensamos, en nuestras flamantes actividades renovadoras, gracias al eterno devenir del espíritu humano que se renueva en la evolución de todos los tiempos.

En París, el 15 de Enero de 1622 y en la iglesia de Saint Eustache fué bautizado Juan Poquelin.

Sabemos que los Poquelin, originarios de Beauvais, eran una familia de la "burguesía ascendente" de París. El padre de Molière, al tiempo de nacer éste, ya era "Maestro tapicero de la Casa Real" oficio que más tarde habría de heredar Juan Bautista. Niño aún, su abuelo materno lo llevaba frecuentemente a las representaciones del Hotel de Borgoña, y es de aquí de donde nace la hipótesis, descifrable por cierto, de creer que arranca de este episodio, el origen de su pasión teatral que ha de conducirle un día, a través de una constancia infatigable y de una fe irreductible, a constituirse en el "verdadero creador de la comedia francesa".

Más tarde, entre los catorce años, lo vemos a Molière de interno en el Colegio jesuita de Clermont. Es un colegio para la clase acomodada, sin duda. Allí es donde Molière, que si no pertenece a la casta de los "gentilshombres", no por esto deja de tener como ellos, criado y habitación particular, hace su educación elemental, alternando sus estudios de matemáticas, física, química, danza (que mucho le serviría más tarde para la elaboración de sus "bailables") y esgrima. (Encantadores aquellos tiempos muertos, en los que se aprendía "didácticamente", ese que podía llamarse —y se llame tal vez aun— el Código de la dignidad y de la varonía!)

Fuera ya del Colegio es cuando estudia con el filósofo provenzal Gassendi, la filosofía de Epicuro. Pero es allí, en el Internado de Clermont, por los espectáculos que los "reverendos" ponen al alcance del joven Poquelin, por la posesión que éste tiene del latín, que le permite deleitarse en las comedias de Plauto y de Terencio, en donde se descubre, con evidencia, la verdadera vocación teatral de Molière. Luego, matriculado en Derecho, y con un curso de ¡un semestre!, obtiene su licenciatura en Orleáns. Debíó haber aprovechado mucho, sin embargo, en estos estudios, ya que, críticos y biógrafos de Molière, creen advertir grandes conocimientos jurídicos en sus comedias: **Pourceaunag**, de la cual Faguet dijo: "esta obra escrita para el Rey, es un espectáculo para lacayos", las **Travesuras** y **La Escuela de las Mujeres**.

Es entre los meses de Enero a Julio de 1642, después de acompañar en una expedición de Narbona a Perpiñan al Rey Luis XIII en representación de su padre, que Juan Bautista que ya conocía anteriormente a los Bejart, una tribu medio titiretera y errabunda de comediantes, se relacionó íntimamente con ella, atraído por las afinidades artísticas y la "amistad sexual" que Molière contrajo con la más bella e inteligente cómica del grupo: María Magdalena Bejart. Esta mujer, mitad poetisa y mitad cortesana, pero gran actriz indudablemente, y rodeada de una mitología trágica, a quien, en un retrato de la época, la miramos madura y opulenta, de bellos ojos devoradores, es la que, en íntima alianza con Molière, ha de impulsarle a éste, no sólo a la construcción de su fortuna, sino también, a la construcción de su gloria artística.

Mas, por esa época de la amistad con Molière, María Magdalena Bejart, era ya, mucho antes, la amante de un raro personaje, Messire Esprit-Raymond de Moirmoeron, conde de Móneda, chambelán del duque de Orleáns, de quien probablemente tuvo una hija en 1638. Nos parece de mucha importancia este episodio, ya que, comentaristas de todos los tiempos, han bordado graciosas leyendas alrededor de él, por haberse casado más tarde Molière con esta hija de Magdalena, cuando él estaba por los 40 años y Armanda en los 18. Acaso sea, pues, este el más deslumbrante y pintoresco tópico de la vida del comediógrafo, y la fuente, más o menos probable y real, donde extrajo los motivos de sus comedias. Al efecto, se cree que **L'ecole des maris** (1661), inspirada, al parecer, en **Los Adelfos** de Terencio, la escribió para decidir el amor de Armanda que evidentemente se le resistía. Este amor que algunos se empeñan en verlo incestuoso, o de dudosa endogamia, parece ser, en el turbulento o moderado erotismo sensualista de Molière, la única y la más pura pasión de su vida.

Siguiendo, pues, la trayectoria biográfica de Juan Bautista Poquelin, sabemos que el 30 de Junio de 1643, mediante una acta formalista firmada ante el notario Fiffié de París, con los elementos de su anterior compañía de aficionados, que por esto daban sus representaciones gratuitamente, cuyos nombres —Dionisio Bey, Magdalena, Genoveva y José Bejart, Jorge Pinel, Germán Clérin, Nicolás Bonentula, Magdalena Malinge y Catalina Désurlis— de románticas sonoridades, nos traen no se qué rancias evocaciones, se organizó el célebre "Ilustre Teatro". Es entonces cuando Juan Bautista, adopta, su ilustre nombre de gloria: **Molière**. Pero es entonces también cuando éste, en lucha desesperada por sacar a luz e imponer su compañía, rodando en pasos ascendentes del Juego de Pelota de los Aparceros al Hotel de Borgoña, de éste al Marais, hasta el Juego de Pelota de la Cruz Negra, tiene que ponerse a prueba, contemplando su derrumbe económico, comprometiéndose otros capitales, y, por consiguiente, endeudándose hasta el punto de ser encerrado, por vía judicial, en el Chatelet.

Mas, de esta experiencia, que es una dura lección, sin duda, surge Molière con mejores bríos y con más fortaleza para emprender su lucha artística. Es allí cuando inicia su éxodo por provincias. Se lo ve, aliado a la compañía de du Fresne, de la cual moralmente es su director, recorrer el Languedoc, Bourdeos, Toulouse, Albi, Carcasonne, Nantes, y hacer sus "visitas", a los castillos ducales, como aquella que realiza al del duque de Cadillac. Luego más tarde, —1652-1655— lo vemos anclar en Lyon, cuya tradición artística y su autonomía teatral frente a París, le daban ya su jerarquía cultural.

Es hacia el año de 1658, ya instalado en París, que la Compañía de Molière, ayudada con los favores reales, debuta en el Petit-Bourbon, de la calle des Poulies, vecino al claustro de Saint Germain l'Auxerrois. Pero si este acontecimiento constituye un relativo éxito para Molière, no lo es evidentemente hasta el momento en que se estrenan **EL ATURDIDO** y **EL DESPECHO AMOROSO**. Los resultados económicos de estas representaciones son estimuladores: "catorce mil francos de beneficio; setenta pistolas para cada actor".

Mas, es a raíz de este suceso y con la creación y representación de **Les Precieuses Ridicules**, de donde arranca, se inicia y se define al mismo tiempo, la genial virtuosidad de Molière, que, por lo demás, encuentra su recompensa en el aplauso espontáneo del público, de la crítica y de los círculos intelectuales. Esta es la comedia que talla, en la más rotunda de las consagraciones la grandio-personalidad de Poquelin. En ella irrumpe de una manera formal la

nueva técnica, las características originales que determinarán la fisonomía y concepto de la verdadera comedia.

Hémonos abstraído oníricamente en el recuerdo de aquellas "preciosas". Se refería la comedia, en verdad, como se cree, a las locuelas preciosas del Hotel de Raubouillet; o, mas bien, encerraba ella el análisis general del mundano "preciosismo" parisién? Cómo amarían las empelucadas y "acrinoladas" preciosas del siglo XVII? Si Molière era ante ellas "el instinto urgente, la precipitación ante la frialdad que retarda, ante la ingeniosidad que suspende", ¿qué era lo que exaltaba, al ironizar y humorizar, en el preciosismo? Un perfume de romanticismo póstumo, de rancia emoción sensualista, deja, en las aguas de nuestros espíritus —tan siglo XX!— el vuelo inasible y encantador, sin embargo, de estas evocaciones.

Ya con el patrón de **Las Preciosas**, y para consolidar el triunfo adquirido con esta comedia, después de poco tiempo, sube Molière a la escena su **Sganarello ou le cocú imaginaire**. Es esta comedia, en la que él mismo hizo de Sganarello, y cuyo éxito económico fue tan grande y redituoso como el de **Las Preciosas**, la que acabó por poner de moda, ante la Corte palatina y el mundo parisién a Molière. "La Corte y la ciudad, los mariscales, los consejeros, todo el mundo le invita. Le llaman para comer, le hacen que realice imitaciones —lo mismo que los comerciantes de Languedoc— y, algo más precioso para él, le llenan de datos e historietas acerca de las manías y costumbres de la gente", que él sabrá explotarlos magníficamente en beneficio de su arte.

¿Hasta qué punto puede ser esta obra, como se pretende, esencialmente autobiográfica? ¿Cómo pudo, preguntámonos, adelantar Molière, antes de casarse con Armanda Grasinda Clara Elisabeth Bejart, —cuyo verdadero parentesco con Magdalena, la antigua *maitresse* de Molière, será siempre un enigma— su pensamiento y su visión hacia su propio futuro? Adivinó, a través de su pasión por Armanda, la infidelidad cierta o improbable de ésta? Como quiera que sea, el "**Cocú Imaginaire**", acabó por llenar a Molière de fama y de consagración, aunque, más tarde tenga que experimentar fracasos, entre ellos, el de "Don García de Navarra".

Después, en medio de una lucha contra la avalancha de rivalidades artísticas y de plagiarios cínicos que, en realidad, sólo consiguen exaltar la formidable personalidad original de Molière, éste va en ascensión siempre, creando con tenacidad genial el acervo invaluable de sus obras, desde "**L'Ecole des Femmes**" (1661) hasta el "**Malade Imaginaire**" (1673). Y es justamente al finalizar, con esta obra, su carrera literaria, que finaliza también su admirable vida dinámica, movida y asombrosa.

En efecto, el 17 de Febrero de 1673, gravemente enfermo ya, y a pesar de las instancias condolidas de Armanda, Molière concurre al Palais Royal para tomar parte en la representación de "El Enfermo Imaginario", en cuya función pudo sostener hasta el final su papel de Arnag. Sin embargo, durante la ceremonia mismo del enfermo imaginario, sufrió una ruda convulsión que pudo disimularla inteligentemente con una risa forzada. Y este es el principio de su agonía. Conducido moribundo, del teatro a su casa de la calle Richeliu, no tiene más tiempo que el de pedir y saborear un pedazo de queso de Parma, para instantes después, al sufrir nuevamente un acceso de tos, que lo baña en su propia sangre, agonizar en los brazos caritativos y eucarísticos de dos hermanas de la caridad.

Imaginámonos ver el cortejo fúnebre bajo la fúnebre noche parisién de entonces: "cuatro sacerdotes sostienen la caja de madera enlutada con el obscuro paño de los tapiceros"; amigos de Molière rondan el éxodo funeral, alumbrando el camino con la luctuosa luz de las antorchas; "seis niños vestidos de azul portan cirios en candelabros de plata", mientras una multitud entre curiosa y condolidada, acompaña el paso del cortejo.

En el cementerio de Saint Joseph, nace la eternidad de Juan Bautista Poquelin.



Interantísima y original biografía ésta de Ramón Fernández, de la cual, a *vol d'oiseau* destacamos incipientemente estos episodios. No es ella una cronológica ordenación de la vida de Molière solamente. Es eso y mucho más. Con dedicación que revela refinamiento de gusto literario y estético, con un profundo sentido analítico y crítico —situándola naturalmente, en el tiempo y en la distancia— se estudia la vida y la carrera artística del genial comediógrafo. Qué venero de tradición cultural, de estudio, de sugerencias, y de emoción artística encarna ella para la sed de nuestras delectaciones literarias!

NOTAS DE LA DIRECCION

Homenaje al poeta Remigio Romero y Cordero.—El 11 de Junio, un grupo de poetas, escritores y artistas rindió al poeta de América, Remigio Romero y Cordero, un sentido y cálido homenaje, consistente en la imposición de "El Cóndor de los Andes", insignia creada por el comité para discernirlo, anualmente, entre escritores hispanoamericanos que se hayan distinguido por sus obras americanistas.

La fiesta, organizada en pocos días, con la sencillez que el caso requería, resultó hermosa, de grata recordación en los fastos de la cultura nacional.

Al llamamiento del comité organizador de las fiestas, acudieron, por medio de sus representaciones, los municipios provinciales, las empresas periodísticas, centros culturales; y poetas y escritores de la República con sus adhesiones entusiastas.

El Grupo América, que da al público la edición de su revista correspondiente a Enero-Mayo, le dedicará al eximio poeta, próximamente, páginas en homenaje de admiración y cariño.

Bienvenida.—Acaba de llegar de Europa, después de visitar las principales capitales del viejo continente, el poeta y escritor quiteño Jorge Carrera Andrade.

Su retorno es muy grato y significativo para los intelectuales ecuatorianos, que se han aprestado a saludarlo.

Jorge Carrera Andrade, que honró al Grupo representándole en España, regresa cargado de laureles. Altos exponentes de la cultura hispanoparlante le han tributado homenajes admirativos por su obra original y vigorosa.

Nuestro cordial y fraterno saludo al poeta y amigo.

Saludo cordial.—También, procedente de Europa, regresó nuestro dilecto amigo y representante de AMERICA en Suiza, el distinguido pedagogo y escritor señor don Luis F. Torres, que fué a Ginebra a perfeccionar sus estudios profesionales.

Sus amigos le saludan fraternalmente.

Un amigo del Ecuador.—Desde Antofagasta, población marítima de Chile, nos escribe el distinguido pedagogo señor don Carlos Sarmiento Ferré y nos obsequia algunas obras chilenas, cuyo envío valiosísimo agradecemos mucho.

En la carta que nos dirige el señor Ferré aletea el espíritu de concordia, que tantos bienes ha de reportar a Hispanoamérica, cuando los vínculos raciales se encaucen por senderos mejores; y cuando, sobre todo, los gobiernos quieran pulsar el sentimiento de los pueblos que crecen y progresan afanosamente no para fomentar la discordia a través de fronteras absurdas, sino para crear nexos de verdadera cooperación espiritual y material.

Agradecimiento.—Nos es grato consignar en estas letras nuestro sentido agradecimiento al actual Ministro de Educación Pública, Sr. Dr. Dn. Catón Cárdenas, por el apoyo que ha prestado para la reaparición de AMERICA.

A nuestros compañeros y colaboradores.—Sentimos de veras no publicar todo el material que teníamos preparado para esta edición por la estrechez de nuestras páginas, ofreciendo hacerlo en el número próximo.